

D. GRASS
LENGUA
INDÍGEN
AMERICAN


1

COMPENDIOS

NOVA

DE INICIACIÓN CULTURAL

15

OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

PIERRE GUIRAUD
LA ESTILÍSTICA

JAMES B. CONANT
LA CIENCIA MODERNA Y EL HOMBRE ACTUAL

RAÚL H. CASTAGNINO
TEORÍA DEL TEATRO

HERMANN SCHNEIDER
ÉPOCAS DE LA LITERATURA ALEMANA

JULIO E. PAYRÓ
PICASSO Y EL AMBIENTE ARTÍSTICO-SOCIAL CONTEMPORÁNEO

S. W. WOOLDRIDGE Y W. G. EAST
SIGNIFICADO Y PROPÓSITO DE LA GEOGRAFÍA

EDWIN R. A. SELIGMAN
LA INTERPRETACIÓN ECONÓMICA DE LA HISTORIA

WITT BOWDEN
EL GREMIALISMO EN LOS ESTADOS UNIDOS

GILBERT HIGHET
PODER Y LÍMITES DE LA INTELIGENCIA

CARMELO M. BONET
LA TÉCNICA LITERARIA Y SUS PROBLEMAS

CHARLES HOWARD MCILWAIN
CONSTITUCIONALISMO ANTIGUO Y MODERNO

ROMUALDO BRUGHETTI
GEOGRAFÍA PLÁSTICA ARGENTINA

OSVALDO F. A. MENGHIN
ORIGEN Y DESARROLLO RACIAL DE LA ESPECIE HUMANA

M. A. ROBINSON, H. C. MORTON, J. D. CALDERWOOD
INTRODUCCIÓN AL RAZONAMIENTO ECONÓMICO

DICK EDGARD IBARRA GRASSO
LENGUAS INDÍGENAS AMERICANAS

FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA
PUEBLOS Y CULTURAS DE AMÉRICA

GINO GERMANI
LAS IDEOLOGÍAS POLÍTICAS

GILBERT CHASE
MÚSICA AMERICANA CONTEMPORÁNEA

DICK E. IBARRA GRASSO 5

LENGUAS INDÍGENAS AMERICANAS

Renato Nicolai

1958



EDITORIAL NOVA
BUENOS AIRES

IMPRESO EN ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINA

INTRODUCCIÓN

Se ha dicho muchas veces, y nosotros lo repetiremos para mantener la costumbre, que el estudio de las lenguas indígenas americanas empezó en los primeros días del descubrimiento de América. Creemos, sin embargo, que tal estudio no nos ha proporcionado todos los frutos que hubiera podido dar, ya que los resultados que se han obtenido hasta el momento no permiten una exacta clasificación de las lenguas indígenas, y menos una segura ubicación del lugar de origen de las mismas.

En este sentido, el estudio de las lenguas indígenas se halla casi en el mismo estado de confusión, o quizá mayor, en que se encuentran las demás disciplinas que estudian humanísticamente al hombre americano. No hay en los trabajos de lingüística americana una obra que se pueda comparar con las que se han escrito sobre lingüística de Europa o del Cercano Oriente.

La explicación de esto la encontramos echando una mirada general sobre el estado en que se hallan las otras disciplinas que estudian al hombre americano. En antropología no sólo no se ha conseguido presentar una clasificación completa de las razas americanas aceptada por los principales investigadores, sino que ni siquiera se ha tratado de aislar los problemas fundamentales de la cuestión. Por ejemplo, se sabe que, en los comienzos del neolítico, los pueblos braquicéfalos invadieron por primera vez en grandes masas el territorio europeo. Con respecto a América, es aceptado por todos que los pueblos más primitivos del continente son dolicocéfalos, luego el Nuevo Mundo se llena de braquicéfalos que llegan a ser su población dominante. ¿En qué momento se produce esta invasión? Este problema tan impor-

tante apenas si ha sido tratado, y por cierto que todavía hemos de esperar para que se aclare de un modo satisfactorio.

Lo mismo pasa con las culturas americanas; cada autor tiene, cuando tiene algo, su propia clasificación de las capas de cultura existentes en América, ocurriendo lo mismo con el concepto que se forma sobre lo que son en sí esas capas de cultura. En algunos casos la población indígena ha sido distribuida, la más de las veces con un criterio puramente geográfico, en una veintena de áreas, distintas y sin relaciones entre sí, sin entender que algunas son formas anteriores fosilizadas, y no producto todas ellas de evoluciones distintas debidas al medio ambiente. Otros autores distribuyen la población americana en ocho o nueve 'ciclos de cultura' también enteramente distintos entre sí, pero constituyendo formas de cultura estables, sin evolución, de las cuales las más primitivas conservan aspectos arcaicos y fosilizados. También encontramos la teoría de los estudios culturales sucesivos, en la cual todo no es más que un estado temporal en tránsito hacia otro superior.

Si tal es el estado en que encontramos estos estudios, no es de extrañar que en el campo de la lingüística americana ocurra exactamente lo mismo. Y no se trata de una actitud pesimista sobre este particular: en realidad no hay un solo punto en que estén de acuerdo los principales investigadores del pasado americano, y esto en cualquier orden de estas disciplinas.

En el estudio de las lenguas indígenas americanas hay que partir del hecho de que no conocemos, ni aproximadamente, su número. En efecto, las cifras que encontramos son extraordinariamente variables, elevándose muchas veces hasta dos mil (de lo cual resultaría que la mitad de las lenguas del mundo se hallarían en América) y otras veces bajando hasta unas ochocientas lenguas, y aún hasta cuatrocientas.

Una de las razones de esta inseguridad estriba en que la lingüística —y no sólo la americana— no posee aún los medios para dictaminar sobre lo que es una lengua y lo que es un dialecto. En las lenguas no escritas, y todas las lenguas americanas lo son, las variaciones locales de una misma lengua son fáciles de acentuar. El número real de las lenguas indígenas americanas depende pues, en gran parte, del criterio del inves-

tigador, que a veces ve lenguas donde no hay más que dialectos y dialectos donde sólo hay lo que podríamos llamar 'hablas' o 'jergas' locales.

En lo que se refiere a los lugares de dispersión de las lenguas, debemos reconocer que nos hallamos en mejores condiciones, aunque no siempre. Por ejemplo: en un principio se suponía que el quichua se había extendido por todo el norte argentino, y que el cacán o calchaquí era un dialecto quichua; posteriormente nuestro gran lingüista Samuel A. Lafone Quevedo demostró que el cacán era una lengua completamente distinta del quichua y que éste no se había hablado originariamente en la región Calchaquí; todavía en la actualidad los que se ocupan de lingüística aborigen siguen poniendo a la lengua quichua como hablada originariamente en toda la quebrada de Humahuaca. Basta una lectura de Garcilaso para convencerse de que el quichua no sólo no se ha hablado en la Argentina, antes de la conquista incaica, sino que tampoco se hablaba en Bolivia, en donde su imposición por los Incas y posteriormente por los misioneros españoles ha hecho desaparecer a otras lenguas anteriores, de las cuales ni el nombre nos ha quedado.

Ello nos lleva a otro problema de fundamental importancia para el estudio del origen de las lenguas americanas. Ha habido una multitud de lenguas indígenas que han desaparecido desde mucho antes del descubrimiento, sin dejar el menor rastro, pero de las que no podemos dudar que hayan existido. En las regiones en donde la pala del arqueólogo desentierra culturas que han desaparecido hace dos mil años, y que, en sus manifestaciones culturales, a la vez que en sus razas, son completamente distintas de los pueblos que habitaban el lugar en el momento de la conquista española, es lógico imaginar que también las hablas se han perdido, así como desaparecen en nuestros días multitud de lenguas y dialectos.

El número de estas lenguas desaparecidas ha debido ser muy elevado, tal vez mayor que el de la totalidad de las lenguas que encontraron los conquistadores; lo mismo ha debido ocurrir en los otros continentes, y sobre este particular tenemos algunas noticias de Europa. Todo esto no significa que, en algún momento del pasado, el número de las lenguas indígenas que se hablaban en el continente fuese mayor que en el momento del descubrimiento, pues a la vez que unas lenguas se perdían

otras se descomponían en dialectos, los cuales, a su vez, se iban diferenciando cada vez más y transformándose en nuevas lenguas.

El número de las familias lingüísticas, también varía extraordinariamente según los autores. Müller redujo todas las lenguas americanas a veintiocho grupos madres, pero casi todos ellos con gran acoplamiento de lenguas extrañas, agrupadas sólo en mérito de su proximidad geográfica. Unió, por ejemplo, el cheroquí a las lenguas del grupo muscogi, porque se hallaba junto a ellas y separada de las del grupo iroqués, a las cuales verdaderamente pertenece, lo cual puede comprobarse al más ligero examen. Por otra parte, algunos de estos veintiocho grupos no comprendían exclusivamente lenguas emparentadas, sino simplemente reunidas para facilitar la clasificación.

El número de las familias lingüísticas americanas actualmente reconocidas alcanza en algunos autores a más de ciento cincuenta; Paul Rivet considera ciento veintitrés en un trabajo en el cual reúne lenguas en grupos que no aceptamos, por ejemplo la unión del uru y el puquina a las lenguas de la familia arawak.

Con esto no pretendemos decir que el número de las familias lingüísticas es mayor; lejos de ello, estamos convencidos de que en el futuro han de disminuir mucho, pero ello tampoco quiere decir que, en un afán exagerado de reducir el número de los grupos lingüísticos, se deban admitir como definitivas comparaciones insuficientes a todas luces, por no decir arbitrarias, ya que se hallan en abierta contradicción con los conocimientos existentes en antropología y etnología.

En lo que se refiere al origen de las lenguas indígenas, nos hallamos en la misma situación: es muy poco y muy discutible lo que sabemos. Para tratar esta cuestión es necesario que consideremos primero el punto de vista con que se contempla al conjunto de las familias lingüísticas americanas; si se las considera parientes entre sí o si por el contrario se piensa en ellas como formando grupos independientes desde su origen.

En 1838 se publicó en París una obra de Du Ponceau sobre las lenguas algonquinas de Norteamérica, en la cual, al estudiarse las diferencias gramaticales de ese grupo de lenguas indígenas americanas con las lenguas europeas, las semíticas y el chino, se demostraba hallarse frente a una estructura gramatical nueva. Todo esto estaba muy bien y era cierto, probablemente, para las lenguas algonquinas pero no para la totalidad de las lenguas indígenas americanas. Mas ocurrió que, de acuerdo con las teorías en boga, de que todos los americanos pertenecían a una misma raza y tenían un origen único, desde el principio y antes de que ningún trabajo lo demostrara, se supuso que todas las lenguas americanas tenían la misma configuración gramatical; los trabajos que lo probaron —a satisfacción de sus autores— vinieron después, y en la mayoría de los casos se las declaró con tal tipo de gramática en base a unas pocas analogías y sin hacer caso de multitud de contradicciones. Luego se probó la unidad de la raza y del origen de los americanos mediante el 'hecho' de la unidad de origen de sus lenguas.

Esta supuesta unidad de las lenguas americanas, con la frecuente excepción del esquimal, se mantiene todavía en casi todos los investigadores, y los que no la siguen no la niegan, sino que la consideran de importancia secundaria, insuficiente para una estricta clasificación de las lenguas indígenas. La única manifestación en contra que se ha producido es la que ha llevado a algunos investigadores a postular que habían encontrado una lengua que no se ajustaba a esa forma gramatical, una sola, y eso se ha postulado para una veintena de lenguas distintas, pero en ningún caso ha entrado de lleno en las clasificaciones generales.

La tesis general de esta unidad, que recibe el nombre de grupo polisintético y también el de incorporante, es que todas estas lenguas se caracterizan en gramática por el hecho de reunir en una sola palabra, muy larga, toda la oración, a la vez que las palabras que ocupan el centro de la misma se apocopan y se alteran hasta el punto de quedar muchas veces reducidas a partículas irreconocibles.

Esto es verdad muchas veces, principalmente en las lenguas algonquinas, pero en otras muchas es completamente inexacto. Las lenguas americanas tienen, es relativamente cierto, de común entre sí el hecho de la aglutinación, como la mayor parte de las lenguas del mundo, pero aparte de que este concepto debe ser revisado, el que una lengua sea aglutinante no significa que sea pariente de otra por el solo hecho de que ésta también

lo sea. En caso contrario tendríamos que juntar, por ejemplo, al turco con las lenguas bantú de África y las malayo-polinesias.

Dentro de las lenguas americanas encontramos las mayores diferencias que se pueden encontrar entre las lenguas, al menos lo que nosotros personalmente consideramos como lo que marca las mayores diferencias entre las lenguas. En efecto: haciendo abstracción de las palabras, el quichua es una lengua sufijadora absoluta, es decir, que no admite un solo prefijo en sus palabras; lo mismo que en la gramática castellana recibe el nombre de preposiciones son allí postposiciones; la colocación del pronombre en la conjugación del verbo, la declinación, los pronombres posesivos, etc., todos son sufijos, de ninguna manera admite esta lengua un prefijo. El guaraní, en cambio, conjuga el verbo con los mismos pronombres personales antepuestos, es decir, prefijados y sin alteración alguna, en tanto que sus declinaciones son sufijadas.

Esto nos indica una diferencia absoluta, y si a ello agregamos las diferencias en la construcción de la frase[1] nos encontramos frente al hecho de que las lenguas americanas ofrecen entre sí tales diferencias, que es absolutamente inaceptable el unirlas a todas ellas en un grupo común.

En cuanto al origen de las lenguas americanas existen dos teorías básicas, completamente distintas entre sí; desgraciadamente ninguna de las dos ha pasado del estado de teoría. Como de costumbre, en cada una de estas teorías fundamentales se encubren numerosas teorías menores, personales de los diversos investigadores, las cuales llegan a presentar grandes diferencias y a veces son excluyentes entre sí.

En el primer caso encontramos las teorías que resultan del polisinteticismo, es decir, que todas las lenguas americanas resultan parientes entre sí y, por lo tanto, tienen un origen único, en Asia, a la vez que han pasado en un solo grupo, por Alaska, a poblar el continente. Variantes de esta teoría admiten el paso, en diferentes épocas, de pueblos pertenecientes a un

[1] El quichua, por ejemplo, nunca une el adjetivo con el resto de la frase, y tampoco une dos palabras independientes en la oración, salvo para hacer un nombre compuesto, cosa que hallamos en todas las lenguas.

mismo grupo lingüístico, que, cosa rara, no habrían dejado una sola lengua emparentada en Asia.

Las teorías pertenecientes al grupo contrario sostienen que algunas lenguas americanas proceden de Oceanía, en tanto que las demás tendrían el origen asiático generalmente admitido. Tal teoría debería haber postulado, en primer lugar, que esas lenguas no eran polisintéticas en su organización gramatical; pero todos los autores que han sostenido estas teorías descuidan esa premisa fundamental, e inclusive a uno de sus principales sostenedores se le ha ocurrido que las lenguas americanas, que compara con las de Oceanía, son también polisintéticas.

Otros investigadores han confrontado las lenguas de la Polinesia con diversas lenguas americanas, postulando unas veces que alguna de ellas (el quichua) era directamente un derivado de las lenguas polinesias, y en otras ocasiones que las lenguas polinesias se han difundido en forma difusa hacia América, al punto que apenas habría pueblos americanos que no tuviesen alguna palabra de esa procedencia.

No es este el momento de tratar los resultados de nuestros trabajos sobre la materia, que examinaremos más adelante; pero sí adelantaremos que, en nuestra opinión, existen lenguas americanas que proceden de Oceanía, muchas más de las que han supuesto los investigadores que se han ocupado del tema; pero no se ha visto ni se ha percibido la amplitud del problema.

El estado actual de los estudios sobre la agrupación de las lenguas indígenas americanas y sus relaciones con las lenguas oceánicas, que acabamos de esbozar, dista de ser pesimista. Por el contrario, es la sincera opinión de quien ha dedicado muchos años al examen de la cuestión.

Mucho hay que hacer todavía en este campo, el más descuidado de la americanística, si exceptuamos los ensayos sueltos y los pasatiempos filológicos. Pero después de haber leído cientos de trabajos de esta naturaleza, nos creemos autorizados a opinar que todavía hay que trabajar mucho para desenvolver esta madeja.

15

Capítulo I

NOTICIAS HISTÓRICAS

El material recogido sobre las lenguas indígenas, desde los primeros tiempos del descubrimiento de América, es extraordinariamente rico y variado; comprendiendo inclusive cientos de aquéllas que posteriormente han desaparecido; por lo cual constituyen tesoros verdaderamente preciosos. Desgraciadamente, muchas otras lenguas, que también pudieron recogerse en aquellos tiempos, no llamaron la atención y desaparecieron sin dejar rastros.

Hasta fines del siglo XVIII no tenemos ninguna obra de carácter rigurosamente lingüístico; lo que, por otra parte, sería exagerado pedir, ya que la lingüística propiamente dicha no había nacido todavía. Consecuentemente, durante casi tres siglos, se publica una cantidad extraordinaria de obras sobre las diversas lenguas americanas que estaban en más íntimo contacto con el blanco, particularmente con el misionero. Gramáticas, vocabularios y catecismos, que nos han dado y nos dan una visión de las lenguas de América, tal como hasta el momento no tenemos de las lenguas de África y de Oceanía, a pesar del mayor tiempo transcurrido y a pesar de las expediciones científicas llevadas a cabo en dichas regiones.

Una de las primeras cosas que hubo de sorprender a los descubridores fué el extraordinario número de lenguas que encontraban, cuando ellos pensaban encontrar una única lengua en todas partes, el Árabe, y al efecto se habían provisto de intérpretes. Pero pronto se desengañaron, y hubieron de dedi-

carse al estudio de las lenguas indígenas con objeto de entenderse, hacerse entender, evangelizar a los indígenas, y, sobre todo, explotarlos, tarea en la que estaban interesados todos.

Ya en 1578 el padre Kircher publicó una obra en Amsterdam dedicada a las lenguas que habían resultado de la confusión realizada en la torre de Babel, y en ella calculaba que las lenguas americanas se elevaban a cuatrocientas. Pero en estos tiempos el estudio verdaderamente lingüístico se hallaba obstaculizado por varias trabas, como ser el creer que todas estas lenguas descendían del hebreo, que habría sido la lengua madre de todas las existentes; otro obstáculo, también importante, lo formaba el hecho de estudiar a las lenguas indígenas en base a la gramática latina, acondicionando a ella la estructura de las lenguas indígenas estudiadas, pero, respecto a esto, debemos decir que el obstáculo no era tan grave, ya que muchas de estas gramáticas hechas durante la Colonia son mucho más reales y fáciles de entender que otras llevadas a cabo posteriormente, con procedimientos llamados científicos.

La casi totalidad de las obras publicadas durante los tres primeros siglos que siguieron al descubrimiento tenían un fin único y bien determinado: el misional. Los misioneros españoles se dedicaron a su tarea con toda paciencia, llegando a lugares que no fueron hollados por otros hombres blancos hasta varios siglos después, realizaron el estudio de las lenguas indígenas y nos dejaron tesoros de aportaciones lingüísticas de un valor muy grande para realizar nuestro estudio.

A la vez hicieron un daño indirecto, pero que igualmente se habría producido sin ellos: interesados en generalizar algunas lenguas para facilitar la conversión de los indígenas a la fe cristiana, hicieron desaparecer muchas otras, de las cuales apenas si nos ha quedado el nombre, algunas veces ni eso, sin haberse recogido ningún material de ellas, ni siquiera una palabra que nos pudieran prestar alguna luz para clasificarlas.

Así, durante la primera etapa de la lingüística americana, podemos decir que ella se debatía en una fase de empirismo y falta de método, pero a la vez se realizaba un trabajo de extraordinaria importancia, como no se realizaba en ninguna otra parte del mundo en esa época.

Sólo a fines del siglo XVIII tuvo su nacimiento lo que verdaderamente recibe y merece el nombre de ciencia lingüística. Fué Catalina II de Rusia, quien mandó reunir la primera colección sobre la materia; y, cosa frecuente en la historia del género humano, este nacimiento tuvo su origen en el destierro y la persecución. De resultas de la expulsión de los jesuítas se reunieron en Italia los misioneros desterrados de todo el mundo; entre ellos se hallaba el padre Lorenzo Hervás y Panduro (1735-1809), que escribió una obra monumental en 21 volúmenes titulada *Idea dell'Universo che contiene la storia della vita dell'uomo; elementi cosmografici, viaggio estatico al mondo planetario e storia della Terra,* publicada en Cesena entre 1778 y 1787. Varios de los volúmenes estaban dedicados a estudios lingüísticos, y fueron traducidos al español con el título de *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas y numeración, división y clases de éstas según la diversidad de sus idiomas y dialectos.* La obra apareció en Madrid entre los años 1800 y 1805.

Otro trabajo del mismo autor es la *Aritmética delle Nazioni e divisione del tempo,* aparecida en Cesena en 1786, y que contiene comparaciones lingüísticas de las palabras numerales de muchas lenguas. Pese a su importancia, esta obra es casi desconocida, incluso entre los mismos lingüistas que muy raramente la citan.

Contemporáneamente a Hervás, el pastor protestante Antonio Court de Gébelin (1725-1784) publicó su *Monde Primitif analysé et comparé avec le monde moderne,* obra consagrada en gran parte a estudios lingüísticos, aunque en forma más empírica y con comparaciones mucho más fantásticas; a pesar de lo cual pasa generalmente por ser uno de los fundadores de la lingüística.

Poco después, en 1806, Juan Cristóbal Adelung (1732-1806) publicó una obra sobre lingüística bajo el título de *Mithridates, oder allgemeine Sprachenkunde,* completada por Juan Severino Vater, quien tomó gran parte de su material lingüístico de la obra del padre Hervás, a pesar de lo cual, para los autores alemanes, pasa por ser el verdadero fundador de la lingüística comparada. En esta obra se utiliza como base para las comparaciones entre las lenguas el texto de la oración dominical, del

todo insuficiente; por lo demás cae en las fantasías propias del estado de recién nacido de la nueva ciencia.

Hervás reunió la mayor parte del material lingüístico que publicó entre sus compañeros de destierro, ya que muchos de ellos sabían la lengua o las lenguas de los países en donde habían estado. Con tales elementos, vertebrados por la idea de la torre de Babel, la dispersión de las lenguas y la unidad primordial de la especie humana, Hervás procuró demostrar el parentesco recíproco de las lenguas y su difusión desde la Mesopotamia. Redactó y encargó unas cuarenta gramáticas y fué el primero en hacer comparaciones gramaticales y no puramente fonológicas. El primer tomo de la traducción castellana del citado *Catálogo* está dedicado a las lenguas americanas y contiene una descripción de todas las conocidas hasta entonces, siguiendo un orden geográfico de sur a norte. Agrupa estas lenguas en once familias principales: araucano, guaraní, quichua, caribe, mexicano, tarahumara, pima, hurón, algonquín, apalachino y groenlandés; deja aparte otras muchas que no clasifica y considera de menor importancia.

Esta clasificación es, naturalmente, por completo insuficiente y empírica, pues emparenta lenguas que posteriormente se ha demostrado ser diferentes y separa otras que después se han reunido. Así, las familias mexicana (aztecas), tarahumana y pima han sido reunidas —junto con otras muchas lenguas de las que Hervás no tuvo ni noticias— en una nueva y gran familia denominada uto-azteca. A pesar de tales errores, la obra que comentamos constituyó una iniciación semejante a la clasificación zoológica de Linneo, y fué una fuente fecunda para los estudios realizados posteriormente.

Después de los trabajos de Hervás y de Adelung-Vater, tenemos que llegar hasta 1835 para encontrar una obra de fundamental importancia en el estudio de la lingüística americana. Se trata de la *Memoire sur le système grammatical des langues de quelques nations indiennes de l'Amerique du Nord,* presentada en dicho año al Instituto Real de Francia y publicada en París en 1839. Su autor, M. Du Ponceau, formuló la teoría de que todas las lenguas americanas tienen un mismo tipo morfológico, que en un principio se denominó sintético y después

polisintético. Este último término significa que estas lenguas expresan el mayor número de ideas con el menor número de palabras, según dos procedimientos característicos, de que trataremos después.

Ya hemos expresado que Du Ponceau sólo trató con intensidad algunas lenguas algonquinas, aunque sostuvo que las demás lenguas americanas tenían las mismas características. En ello debió de influir mucho el concepto, ya común en esos tiempos, de la unidad racial del hombre americano, tal vez en las inconsultas palabras de Ulloa sobre que: "Visto un indio, de cualquier parte que sea, se han visto todos".

Hasta el momento no se ha hecho un solo trabajo demostrativo de que todas las lenguas americanas posean tales características, y sí solamente trabajos parciales, ya de antemano con el fin de demostrar tal cosa, de algunas lenguas indígenas que con seguridad no llegan al medio centenar; al resto también se las considera como siendo polisintéticas, a pesar de que nadie lo ha demostrado.

Casi en nuestro días, el famoso lingüista Federico Max Müller, en su obra *Grundriss der Sprachwissenschaft,* distribuyó las lenguas americanas en veintiocho grupos que denomina familias; pero ya hemos tenido oportunidad de decir que su clasificación, si bien superior a todas las precedentes, adolece con frecuencia del defecto de que algunas de sus agrupaciones son puramente geográficas. Además no se deben tomar los veintiocho grupos al pie de la letra, por cuanto en algunos de ellos reúne varias lenguas independientes, sólo por razones geográficas y sin pretender que sean parientes, como resulta del siguiente detalle:

1º Kenai.

2º Athabasca, que comprende las lenguas de los koalikuas, umkuas, apaches, etc.

3º Algonquino, que comprende el micmac, lenilenape, cri, otawa, etc.

4º Iroqués, que comprende el onondago, seneca, oneida, cayuga y tuscarora.

5º Dacota o siux.

6º Pani.

7º Apalache, que comprende el cheroquí, cataba, chacta, crik y natchez.

8º Tlinkit o coloche.

9º Oregonés.

10º Californiano, que comprende el pericu, monke y cochimi.

11º Yuma.

12º Idiomas de los pueblos de Sonora y Texas, como el zuñi y el tehua.

13º Los idiomas independientes de México, como el totonaca, otomí, tarasco, mixteca, zapoteca, mazahua, mane y otros.

14º Azteca, que comprende las diversas lenguas de Sonora, como el shoshon, comanche, moki, pima, pápago, tepehuana, coahuillo, pahutah, ópata, tarahumara y otras.

15º Maya, que comprende el quiché y el huaxteco.

16º Los idiomas independientes de América Central y Antillas, como el cueva (Panamá) y siboney (Cuba).

17º Caribe y arawako.

18º Tupí, guaraní y omagua.

19º Los idiomas y dialectos del interior del Brasil, como el botocudo, etc.

20º Las diversas lenguas de Colombia.

21º Las lenguas de la región de los Andes.

22º El araucano.

23º El guaycurú, el pilcomayo y el abipón de la Argentina, Bolivia y Paraguay.

24º El puelche o pampa de las pampas argentinas.

25º El tehuelche de la Patagonia.

26º Los idiomas de Tierra del Fuego.

27º El chibcha de Colombia.

28º El quichua y el aymara.

Como hemos expresado ya, los defectos de esta clasificación son muchos, pero también son numerosos los aportes que introdujo en el estudio de la lingüística americana.

A fines del siglo pasado y principios de éste, aparecen dos autores de fundamental importancia para el asunto que tratamos. El primero de ellos es el norteamericano Daniel G. Brinton, quien publicó una de las más completas clasificaciones hechas hasta la fecha, a la vez que un extraordinario conjunto de material. Su clasificación comprende una multitud de familias lingüísticas, pero incurre en el defecto de reunirlas en cinco grupos mayores, estrictamente geográficos, en concordancia con las cinco razas geográficas que también admitía. Estos grupos lingüístico-geográfico-antropológicos son los siguientes:

1. El norteamericano del Pacífico.
2. El norteamericano del Atlántico.
3. El centroamericano.
4. El suramericano del Pacífico.
5. El suramericano del Atlántico.

Los límites de estos grupos no están determinados estrictamente por la geografía, sino más bien por las áreas territoriales de las familias lingüísticas que comprende cada grupo; éstos ya no se mantienen en la lingüística actual, pero sí muchas de las familias lingüísticas creadas por él.

La clasificación de Brinton está detallada en *The American Race* (Philadelphia, 1901), y la reproducimos en lo que tiene de mayor interés:

Familias del grupo norteamericano del Atlántico: 1, esquimo y aleuta; 2, beotuk; 3, athabasco o dené; 4, algonquino; 5, iroqués; 6, choctaw-muscogi; 7, catawba, yuchi, timucua, natchez, chatimacha, tunica, adaize, atacapa, carancana, tonkawa, coahuilteco y maratin; 8, pawni o caddo; 9, dacota o sioux; 10, kioway.

Familias del grupo norteamericano del Pacífico: 1, en la costa noroeste y California: tlingit, haida, salish, shahaptin o nez percés, etc.; 2, yuma; 3, pueblos.

Familias del grupo centroamericano: 1, uto-azteca; 2, otomí; 3, tarasco; 4, totonaco; 5, zapoteco y mixteco; 6, zoque y mixe; 7, chinanteco; 8, chiapaneco y mangue; 9, chontal y popoloca, tequistlateco y matagalpa; 10, maya; 11, huave, subtiaba, lenca, xinca, xicaque, 'carib', mosquito, ulva o ulua, rama, paya, guatuso.

Familias del grupo suramericano del Pacífico: Región colombiana: 1, en el istmo y costas adyacentes: cuna, changuina, chocó, caraca, timote, etc.; 2, chibcha; 3, paniquitá; 4, en Colombia meridional: cauca, coconuco, barbacoa, andaquí,

mocoa, cañarí. Regiones del Perú: 1, quichua; 2, aymara; 3, puquina; 4, yunca; 5, atacameño y chango.

Familias del grupo suramericano del Atlántico: Regiones amazónicas: 1, tupí; 2, tapuya; 3, arawak; 4, caribe; 5, cariri; 6, coroado, carajá, etc.; en la cuenca del Orinoco: 7, subgrupo caríbico: saliba, subgrupo arawak: otomaco, guama, guayba, guarauno, betoya, churoya, piaroa, puinave; 8, en la cuenca del alto Amazonas: zaparo, jíbaro, mayna, yameo o lama arda, peba, yagua, itucale, ticuna, hibito, pano, paumari, araua, ipuriná; 9, en el altiplano oriental de Bolivia: chiquito, yuracare, mosetén, tacana, zamucú, canichana, cayubaba, apolista, otuké, ite, etc. Regiones pampeanas: 1, grupos del Chaco: guaycurú, lule, mataco y payaguá; lengua, guató, calchaquí; 2, pampa y araucano, chono; 3, tsoneca, yahgan, ona y alacaluf.

Como en la clasificación de Müller, en la de Brinton aparecen numerosos grupos geográficos constituídos con el objeto de simplificar el panorama lingüístico continental, aparte de los cinco grandes grupos. Cabe destacar, sin embargo, que esta clasificación ha tenido una importancia fundamental para todas las que se han hecho en épocas más recientes. En la Argentina la siguió en parte Samuel A.. Lafone Quevedo, el más grande y quizás el único lingüista que hemos tenido, quien descubrió una forma de clasificación de las lenguas, acaso llamada a un gran destino, aunque hasta la fecha no ha recibido toda la atención que merece.

La clasificación de Lafone Quevedo se basa en el lugar en que se colocan los pronombres en la conjugación del verbo y en los nombres posesivados. De acuerdo con este criterio dividió las lenguas aborígenes argentinas en dos grupos: lenguas prefijadoras, que se extenderían por el lado del Atlántico, y lenguas sufijadoras, que extenderíanse hacia el Pacífico. Lenguas sufijadoras serían el quichua, aymara, araucano, allentiac, tonocoté y vilela. Lenguas prefijadoras serían el guaraní, el mojo, el guaycurú, el patagón, etc. Como se advertirá Lafone Quevedo estaba de acuerdo con la clasificación de Brinton, pero procuraba dar una base cierta a la clasificación del autor norteamericano.

Entre los grandes aciertos de la clasificación de Lafone Quevedo debemos señalar la colocación de las lenguas tonocoté y vilela entre las andinas, aunque su demostración, inobjetable,

no ha tenido la suerte que debiera. Así, vemos aparecer todavía a las nombradas entre las lenguas del Chaco, según la clasificación de Brinton, quien las colocó allí simplemente por razones geográficas y sin intentar demostración alguna.

Además de estos dos grupos fundamentales, Lafone Quevedo admitió la existencia de lenguas que utilizaban una mezcla de ambos sistemas, a las que denominó caríbicas. Bajo este nombre agrupó muchas lenguas completamente distintas a las clasificadas hoy bajo el nombre de lenguas caribes.

Tras los autores mencionados, el estudio de la lingüística americana decae, particularmente en nuestro país. Los trabajos realizados, aunque de gran valor, son más bien parciales, y en la mayoría de los casos se nota una tendencia a reducir en lo posible, aun artificialmente, el número de las familias lingüísticas existentes.

En Norteamérica Brinton dejó numerosos discípulos, como Powell, Franz Boas, Kroeber, etc.; entre nosotros, en cambio, Lafone Quevedo no tuvo más continuadores que R. Lehmann-Nitsche y F. F. Outes, quienes se apartaron por completo de la clasificación pronominal.

Debemos mencionar también a Bartolomé Mitre por valiosos aportes a la lingüística americana; pero aún más que por ellos tiene el mérito de haber reunido la mejor biblioteca sobre lenguas indígenas que existe en América del Sur, a la vez que la publicación de un *Catálogo* con comentarios críticos sobre esas obras. Desgraciadamente su labor no se continuó después de su desaparición y la biblioteca mencionada permanece en espera de un lingüista que sepa sacar de ella el necesario provecho.

En el resto del mundo, en estos años, se han realizado trabajos de alto interés sobre la lingüística americana; algunos criticables como los de Alfredo Trombetti, que sostiene la unidad de las lenguas indígenas americanas y su origen común; otros de más categoría como los de A. F. Chamberlain sobre la agrupación de las familias lingüísticas suramericanas; los de Nicolás Fink, que sigue la clasificación de los cinco grupos de Brinton, y los de Paul Rivet y P. W. Schmidt sobre la clasificación de las lenguas indígenas americanas.

Simultáneamente se realizan trabajos para relacionar las lenguas americanas con las de Oceanía, siendo cronológicamente los primeros (aparte algunos precursores)) los del profesor Paul Rivet, quien ha pretendido que el grupo o familia lingüística hoca de la América del Norte procede de las lenguas melanesias, y que las lenguas del grupo o familia tschon (el patagón y el ona) proceden de las australianas. Posteriormente están las comparaciones del doctor José Imbelloni y Enrique Palavecino, relacionando las lenguas polinesias con diversas lenguas americanas y en especial el quichua.

Capítulo II

ORIGEN DE LAS LENGUAS AMERICANAS

Para tratar con propiedad el origen de las lenguas indígenas americanas es indispensable considerar, en primer lugar, el tan mentado polisinteticismo que, según dicha teoría, sería propio de todas ellas. Tomamos del *Catálogo* de Mitre este buen resumen del polisinteticismo:

"En 1819, Du Ponceau presentó a la misma sociedad, el *Informe* que figura en el apéndice de este libro, en que desenvuelve con más amplitud su teoría, generalizando sus principios, al adoptar la denominación de lenguas *polisintéticas*, o sintácticas del lenguaje, decía, son las que expresan el mayor número de ideas con el menor número de palabras, y principalmente de dos números: 1º por un sistema de composición, que no consiste solamente en la conjunción de dos palabras para formar una, o en una variedad de inflexiones y terminaciones, como en la mayor parte de las lenguas antiguas y modernas de Europa, pero cuyo método se opera por la función de sílabas significativas, y aun de sonidos extraídos de diferentes palabras, para formar locuciones compuestas, que despiertan a la vez, en la mente del que oye, todas las ideas que las diferentes palabras, cuyas sílabas se incorporan, expresan separadamente; 2º por la combinación, fundada sobre los principios de analogía, de diferentes partes del discurso, que se sorprenden, por decirlo así, de encontrarse juntas, y que se juntan sobre todo con el verbo; de manera que, por sus formas y sus inflexiones variadas, no solamente la idea de la acción princi-

pal y de sus accesorios, tales como la persona, el número, el tiempo, etc., pueden asociarse, sino también el mayor número de ideas morales y físicas, mientras que ellas no pueden expresarse en otras lenguas sino por locuciones distintas y separadas.

"De estas premisas, deducía el carácter general de las lenguas, y formaba en consecuencia estas tres proposiciones, que contienen en germen las ideas de su *Memoria*:

"1º Que las lenguas americanas, en general ricas en palabras y en formas gramaticales, tienen en su estructura mucho orden y un método regular;

"2º Que las formas complicadas de la polisíntesis, existen en todas las lenguas;

"3º Que esas mismas formas difieren esencialmente de todas las lenguas antiguas y modernas del otro hemisferio."

Estamos de acuerdo en que esto puede ser una realidad para el algonquino y también para algunas otras lenguas especialmente norteamericanas, pero nunca para todas ellas. En primer lugar, el hecho de existir palabras muy largas, siempre presentadas como ejemplo de polisíntesis, no significa por cierto que todas ellas hayan sido construídas según un mismo modelo y, por lo demás, existen en todas las lenguas del mundo. Se pueden recordar algunas palabras alemanas comunes.

Franz Boas, en un trabajo que no hemos podido consultar, ha separado las lenguas americanas en dos grupos: grupo polisintético y grupo incorporante. Lo característico del primero consistiría en la unión del sujeto, complementos directos e indirectos y adverbios al verbo, formando con éste una sola palabra de dimensiones desmesuradas, que contiene toda una frase; en esto en todo de acuerdo con Du Ponceau. Lo del segundo debe entenderse como la posibilidad de modificar profundamente el significado original de la raíz del verbo, por medio de un número casi ilimitado de partículas que se le agregan.

No conocemos los detalles del trabajo de Boas, pero tenemos que estar de acuerdo con esta primera división del grupo polisintético, sin creer por ello que ésta es la única excisión que se le puede hacer. En América no hay, no puede haber sólo uno o dos grupos lingüísticos; es imposible que existan menos de un grupo para cada una de las capas lingüísticas que reconocemos.

El nombre de grupo incorporante también ha sido usado, a veces, como sinónimo de polisintético, pero conviene proceder a separarlos por completo y establecer sobre el mapa la distribución de ambos grupos, cosa que no sabemos si ha sido llevada a cabo por Boas. La lengua quichua, dentro de esta clasificación, resulta ser una lengua incorporante y completamente distinta de las polisintéticas, pues sobre la raíz de su verbo se pueden agregar una infinidad de partículas modificativas del mismo, pero nunca una palabra entera con significado propio. Lo que se agrega en quichua no tiene ningún sentido usándose aisladamente; son propiamente partículas, y nunca se reducen o pierden letras en el acto de su incorporación al verbo.

Examinaremos ahora el problema del origen de estas lenguas, primero desde el punto de vista de su supuesta unidad. Ya hemos dicho que esta unidad supone unidad de origen, que es asiático y realizado en una sola emigración.

La teoría antropológica y cultural concorde con tal unidad y origen único, es la del norteamericano Aleç Hrdliçka, que postula un origen único y una sola migración continuada en la que penetran a América varias subrazas asiáticas. La antigüedad de esta migración sería de diez a quince mil años.

Naturalmente, toda idea de un origen vario, mejor dicho, oceánico, de algunas lenguas americanas, queda totalmente excluída si se acepta la unidad polisintética de las lenguas americanas.

Tenemos otros dos casos posibles, el primero de los cuales es el de aceptar la división en dos grupos propuesta por Boas: las lenguas polisintéticas y las incorporantes. En este caso hay que admitir, desde el principio, dos orígenes o por lo menos dos migraciones distintas, provenientes acaso de un mismo lugar, pero realizadas en diversas épocas.

Desconocemos la expansión geográfica de las lenguas incorporantes, por lo cual no podemos extendernos sobre este punto, pero el problema se presenta claro: todas las lenguas incorporantes pueden tener un origen oceánico, o al menos un origen asiático posterior que habría que procurar poner en

relación con las capas antropológicas y culturales existentes en América.

El segundo caso también es simple y sencillo de enunciar, y nos parece el más probable: tanto el grupo polisintético como el incorporante no representan sino a algunas de las lenguas indígenas americanas; y las otras, pertenecientes a otros grupos lingüísticos, se les han adjuntado artificialmente en un exagerado deseo de simplificar los problemas que se nos presentan.

Según esta tesis, que es la que nosotros sostenemos, las lenguas americanas tendrían un doble origen asiático-oceánico, y las migraciones hacia América desde cada uno de estos sitios no serían únicamente dos, sino varias, siendo las emigraciones oceánicas las más recientes.

Las más nuevas teorías sobre el origen oceánico de diversas lenguas americanas tuvieron su principal promotor en el profesor Paul Rivet, quien ha sostenido que las lenguas del grupo tschon (patagón y ona) provienen directa y genéticamente de Australia, y que las lenguas de la familia hoca (de California) provienen de la Melanesia. Las migraciones serían directas de esos lugares, a través del Polo Sur en el primero de los casos y a través del Pacífico en el segundo. Para las restantes lenguas indígenas Rivet acepta el mismo origen asiático que Hrdliçka.

Las comparaciones de Rivet han dado 93 palabras semejantes entre los idiomas australianos y los del grupo tschon; he aquí algunas de sus comparaciones más notables:

	Australiano:	Tschon:
nombre	*nonga, nungar*	*nooken, nuken, nuka*
nariz	*oro, orro, woro, wuru*	*or, hor, urr*
diente	*yorra, yarra, era*	*orr, horr*
lengua	*tale, t'ali útala*	*táal, tal, táre*
pecho	*ooko*	*oku*
mano	*mar, mára*	*marr, mar*
pie	*o-kal*	*kel*
hueso	*ko, oko*	*ko, kóo*
sangre	*guara, gwaro*	*wuar, husarr*
agua	*kallan*	*karra*
fuego	*makka*	*maka*

Además de estas comparaciones lingüísticas, Rivet hace comparaciones antropológicas y raciales entre estos pueblos, a las que trataremos aquí. Considerándolas desde un punto de vista abstracto sus comparaciones lingüísticas son verdaderamente notables, pero prácticamente no han sido aceptadas por ningún lingüista. Esto ocurre ante la imposibilidad de cruzar el extraño camino que ha elegido Rivet para hacer venir a los australianos hasta América.

Hay muy poca crítica directa sobre estas palabras, y las más serias objeciones que conocemos se basan en que Rivet denomina "australiano" a lo que en realidad son 76 lenguas distintas, distribuídas en 16 grupos lingüísticos que se suponen de un mismo origen aunque nadie haya probado de un modo satisfactorio, que lo sean. Bajo el nombre de tschon hay cinco lenguas y dialectos. En este caso la crítica nos dice que hay un material abundante en donde escoger sinónimos accidentalmente semejantes.

En nuestro concepto, y sin enunciar ninguna teoría particular ni sentar una tesis, la única posibilidad de que las comparaciones de Rivet sean ciertas estaría dentro de la interpretación siguiente: una corriente cultural y lingüística antigua, no aislada todavía por ningún investigador, pudo haber recorrido el Pacífico y llegado a la región andina sudamericana, en donde habría influído sobre numerosas lenguas, siendo posteriormente tapada por difusiones posteriores. La región patagónica habría tomado de allí numerosas palabras y ellas serían las que compara Rivet con las de Australia; pero estas palabras no serían australianas en su origen sino provenientes de esa misma corriente que las habría introducido igualmente en la región. Rivet señala particularmente que en la zona sudeste de Australia es donde se encuentran un mayor número de palabras semejantes a las de las lenguas tschon, y en esa región precisamente hay un gran número de elementos culturales (el matriarcado, etc.) que no pueden ser australianos en origen, y que tendrían que haber llegado allí junto con dichas palabras.

En cuanto a la existencia de estas mismas palabras en otros lugares de la región andina, son varias las que aparecen en el quichua y en el araucano; de la lista transcripta podemos hacer comparaciones con las palabras quichuas *maki*, mano, y *yahuar*, sangre.

Algo semejante pasa con sus comparaciones entre el melanesio y el hoka, entre los cuales ha encontrado 281 palabras semejantes, de las cuales damos algunas a continuación:

	MELANO-POLINESIO:	HOKA:
hombre	*tama*	*tama*
mujer	*wahine*	*huagen*
cabeza	*upoko*	*epok*
nariz	*ihu*	*ihu*
boca	*haha, aha, waha, wa*	*aha, ha, awa*
diente	*niho, nyo*	*yo*
bote, remo	*galu, valuha*	*kwalho, baluha*
mar	*tasi*	*tasi* (agua)
sal	*asi*	*si, athi*

Todas estas semejanzas son notables, pero tampoco han llegado a ser aceptadas. No se nos interprete mal en lo de que no han sido aceptadas; las comparaciones de Rivet han tenido una difusión extraordinaria y son muchos los autores que las han comentado favorablemente, incluso se han escrito varias obras siguiendo sus teorías; pero la lingüística oficial y general se mantiene en una posición completamente negativa.

Aunque no se trata de un lingüista, veamos la crítica que hace Martínez del Río a estas comparaciones:

"Tomemos, por ejemplo, el caso de los sustantivos que se emplean para indicar la sal, producto que figura bajo el vocablo *asi* en la columna malayo-polinesia de Rivet. Es un hecho indiscutible que efectivamente encontramos las semejanzas *si* y *athi* en kuchan y mohave, que son lenguas americanas del grupo hoka, pero es igualmente un hecho no menos cierto que dicho grupo hoka también nos ofrece *oghue,* en chontal; *antip* en seri; y *es, etca, ihmin* e *isiduk* en otros idiomas de la misma familia hoka. Además, he escogido de todos los vocablos americanos de una tabla preparada por Kroeber a fin de establecer el parentesco (que hemos admitido) entre todas las lenguas hoka en cuestión. Ahora bien, si hallamos tanta divergencia aun entre formas expresamente escogidas para comprobar el parentesco hoka, ¿qué ocurrirá en aquellos casos en que las diversas palabras ni siquiera se remontan a la misma raíz? En resumen, el grupo hoka por sí solo ofrece una superabundancia de sinónimos de donde escoger.

"Los idiomas considerados por Rivet dentro del grupo hoka suman en total, 38; pero su grupo malayo-polinesio es más extenso todavía, ya que lo constituyen 497 idiomas y dialectos distintos. De éstos, 263 son melanesios, 37 polinesios, 10 micronesios, y 187 indonesios. Es cierto que en una gran mayoría de los casos se trata únicamente de dialectos apenas diferenciados y recíprocamente inteligibles. Pero, en cambio, hay que tener presente que casi todos los expertos negarían de plano que exista la expresada familia malayo-melano-polinesia, tan apartadas se encuentran algunas de las lenguas entre sí... Sea como fuere, el caso es como el del grupo hoka: los sinónimos son tan abundantes que, mucho más todavía que en el caso de los australianos, se trata de un verdadero *embarras du choix*".[1]

Las diferencias señaladas entre las diversas lenguas del grupo hoka son correctas, pero sólo tienen valor si se pretende que el grupo hoka se origina genéticamente en el melanesio, y el caso no parece ser éste. Aparte de la opinión de Rivet, nuestras comparaciones sobre los numerales nos han enseñado que en toda la región de California —no sólo en el grupo o familia hoka sino en casi todas las lenguas de la región— se encuentran palabras numerales que se relacionan con formas primitivas del grupo malayo-polinesio, precisamente conservadas en las regiones de Melanesia y las Molucas. Consideremos entonces que, bajo una nueva forma interpretativa, estas comparaciones tienen muchas posibilidades de ser ciertas en la mayoría de los casos.

Oportunamente veremos cuál sería la nueva forma de interpretación.

Una observación final sobre un extraño comentario de Martínez del Río, en el que nos dice que la mayoría de los expertos negaría la existencia de la familia lingüística malayo-polinesia, en la que se incluyen todas las lenguas melanesias. No sabemos en base a quién ha hecho este comentario, pues esa familia se halla absolutamente consagrada entre los investigadores tanto como la familia indoeuropea, y no conocemos uno solo que la haya negado, siquiera sea en parte.

Rivet también realiza en este caso comparaciones culturales

[1] MARTÍNEZ DEL RÍO, pág. 243.

y antropológicas, aunque las comparaciones culturales no son propiamente suyas sino de otros autores. Los elementos comparados tienen siempre una difusión mucho mayor que la del grupo hoka, algunos de ellos llegan a ocupar una extensión territorial mayor que la mitad de América, otros no tanto, pero sí siempre mucho mayor que la del grupo hoka, en donde precisamente faltan la mayor parte de los elementos que compara, por ejemplo, la cerbatana, que tampoco existe en Melanesia, sino en Indonesia. Aceptamos estas comparaciones culturales, aunque dándoles una interpretación bastante distinta.

En cuanto a sus comparaciones antropológicas, podrán ser más o menos reales, pero no concuerdan mucho con sus comparaciones lingüísticas; la relación estaría más bien en un remoto origen asiático de ambos grupos que, separados en una época muy temprana, habrían emigrado unos hacia Oceanía y otros hacia América por la vía de Behring. Esta es la explicación de Imbelloni.

Completamente distintos de los trabajos de Rivet, aunque sin duda influídos por ellos en su principio, son las comparaciones hechas por el doctor José Imbelloni entre el polinesio y diversas lenguas americanas, principalmente con la lengua quichua.

Uno de sus discípulos, el profesor Enrique Palavecino, publicó en 1926 un trabajo comparando la lengua polinesia con el quichua, entre las cuales opinaba haber no menos del treinta por ciento de palabras similares y relacionables. En su lista publica 65 palabras semejantes, de entre las cuales extraemos algunas:

QUICHUA:	MAORÍ:
ajsu: vestido de hombre y mujer, especie de camisa sin mangas ni cuello, de lana o tejido fino.	*ahu*: (pron. *aju*) vestido. Otra forma equivalente: *kahu*.
ahuay: (verbo) tejer.	
apa: tupido, denso; la recua de animales domésticos.	*apa-apa*: montón, amontonar.

apay: (verbo) llevar, cargar.	*hapay*: (verbo) llevar, cargar.
	apatari: llevar, traer.
	hapay-atu: llevar (Rapa Nui).
aranray: (verbo) danzar entre personas enmascaradas en las fiestas públicas.	*ara-ara*: movimiento de un cuerpo de hombres en la danza guerrera.
	harakoa: danza y otras diversiones.
awki: padre; príncipe de sangre real.	*auki*: viejo.
curaca (*Curaj-ka*) el jefe de una tribu.	*kura*: jefe; literalmente: adornado de plumas.

Estas comparaciones han sido discutidas y en parte abandonadas; la crítica las ha rechazado tanto como a las comparaciones de Rivet, lo cual no quiere decir que a algunas de ellas no las consideremos como muy probables, aunque no en lo referente a una relación de origen entre el quichua y las lenguas polinesias; son palabras aisladamente prestadas y nada más.

La idea de un origen genético del quichua en el polinesio ha sido abandonada; no obstante el doctor Imbelloni ha insistido recientemente con respecto a algunas palabras, presentándolas en forma de 'cadenas isoglosemáticas'. Sin embargo, debemos recordar que en su obra *Esfinge Indiana* —en la que se publicó la monografía de Palavecino— Imbelloni señala relaciones anteriores a las del polinesio con las lenguas americanas entre las lenguas de la Melanesia y las amazónicas. Consideramos este concepto como el más completo de esta escuela: las relaciones de América con Oceanía son muchas y diversas; pero cabe advertir que ni Imbelloni ni ninguno de sus discípulos han realizado trabajos lingüísticos en este sentido y que más bien la posibilidad de tales relaciones ha sido sugerida por la existencia de numerosos objetos culturales comunes a ambas regiones.

La procedencia directa de la lengua quichua en el polinesio ha sido abandonada, y sustituída por un concepto bastante distinto: las lenguas polinesias han prestado a numerosas lenguas americanas palabras aisladas que se han difundido por gran parte del continente, principalmente en la Columbia inglesa, la Araucania y lá región de habla quichua. La extensión, que podríamos llamar 'difusa', de lo polinesio en América sería tal que Imbelloni llega a decir, hablando sobre su cadena isoglo-

semática *toki*, que "no hay etno de una cierta importancia que no lo conserve, más o menos inalterado". En primer lugar, observamos que la palabra 'conserve' no es la más apropiada para expresar esta relación, pues indicaría que todas estas lenguas proceden de la Polinesia y que han alterado el resto de su vocabulario, que no es lo que se ha querido expresar; pero dejaremos esto de lado y trataremos de esta cadena en sí.

El doctor Imbelloni ha revisado toda la Polinesia en busca de las palabras que designan a *toki*, hacha, y sus naturales derivados, y nos ofrece una serie de setenta palabras; luego ha revisado diversas lenguas americanas y también en ellas la encuentra, presentándonos una lista de cerca de cuarenta palabras, procedentes de diversas lenguas indígenas.

He aquí algunas de estas palabras polinesias, con su lugar de origen y significado:

samoa: *to'i*, hacha de mano, destral.
to'i-lalo (fig.) estado de sumisión; literalmente: "bajo el hacha", cfr. nuestra frase "bajo el yugo"; se desprende el significado de *to'i*, poder, dominio.
tonga: *toki*, hacha, destral.
toki-lalo, caer bajo el dominio de otro, ser subyugado.
niue: *toki*, hacha.
futuna: *toki*, hacha.
Nueva Zelanda: *toki*, hacha de mano; azuela o cualquier instrumento similar de material lítico.
titoki, cortar, hender.
koi, agudo, cortante.
koikoi, lanza.
toi-ariki, apelativo honorífico que los Maorí dan a los hijos varones de la familia de la clase superior (*ariki*), que estaban destinados a ser jefes de la tribu.
Tahiti: *toi*, hacha de mano, hacha de guerra, símbolo de jerarquía.
Isla de Pascua: *toki*, hacha, azuela de piedra; en general, instrumento lítico.

Las principales palabras correspondientes en América, serían las que siguen:

araucano: *toki*, *toqui*, hacha de piedra.
tokitum, hachar.
toki, *thoki*, los que gobiernan en tiempo de guerra, su insignia "es una piedra a modo de hacha".
tokin, mandar, gobernar, ordenar, disponer.

ona: *tek-klet*, escalpelo de piedra.
gavioe (Pará, Brasil): *koi*, hacha.
kwagiutl (Columbia): *kukwio*.
sshimshiam (Columbia): *kigioatik*.
algonquin (pieles rojas): *tomahawk*, hacha, símbolo de jerarquía.
quichua: *tuj-sina*, lanza, pica.
chukiy, lancear, transpasar con la lanza.
chuki, lanza, pica, arma arrojadiza.
tukuyrikuk, gobernador, autoridad.
tokrini, gobernar.

En el araucano, por ejemplo, las concordancias son completas y no resulta difícil aceptarlas, pero en otros casos es necesaria una actitud de reserva y espera, pues las más de las palabras americanas comparadas resultan poco claras. Más aún, en algunos casos, como en las dos últimas palabras quichuas de la lista anterior (Imbelloni nos ofrece siete variantes), la comparación es inexacta: la segunda no es más que una apócope de la primera, que no corresponde a la pronunciación indígena sino a una forma mal entendida por los españoles. La primera se compone del adjetivo *tukuy*, todo, y del verbo *rikuy*, ver, mirar, en estado de participio activo; literalmente *tukuy-rikut* significa: "el que todo lo ve", y según los cronistas era una especie de inspector mandado por el Inca. No descubrimos en esta palabra ninguna raíz de *toki*, en su significado de mandar.

¿En qué queda entonces el origen oceánico de algunos pueblos americanos, si las comparaciones realizadas se consideran insuficientes y en parte inexactas? En nuestro concepto sigue en pie; pues por el hecho de que las investigaciones realizadas hasta el presente sean insuficientes no hemos de concluir que tales relaciones no existan.

Dejemos por unos instantes el panorama lingüístico y prestemos atención al antropológico y cultural. Suman multitud los elementos culturales americanos que han sido señalados como de procedencia oceánica. Tienen amplia difusión en la mayor parte del continente, en especial en Centroamérica, la región andina, la Amazonia, las Antillas, el Sureste y el Noroeste de Estados Unidos, la Columbia inglesa, etc. Nordenskiöld y Rivet proporcionan una lista abundante de estos elementos.

En antropología ocurre lo mismo. Según Imbelloni, los indí-

genas amazónicos, pueblo-andinos e ístmidos proceden de Oceanía; los amazónicos serían protoindonesios y los ístmidos indonesios, aunque no ha hecho comparaciones lingüísticas entre ellos. Las tres razas y la cultura que desarrollaron en América, provendría directamente de Oceanía, por vía marítima.

Ahora bien, la masa de estos pueblos, (a los que agregaremos los de la Columbia inglesa) ocupa geográficamente la mitad de la América indígena y por su número son el noventa por ciento de la totalidad de los indígenas americanos. Sus lenguas también están en proporción: son la mitad o más del total de las lenguas americanas.

¿De dónde provienen las lenguas de estos pueblos oceánicos? ¿Adoptaron lenguas nativas más antiguas, perdiendo las suyas? Esto parece difícil por cuanto su cultura era superior a las que encontraban; el fenómeno puede haberse producido alguna vez pero en la mayoría de los casos habrá sucedido lo contrario. Y si trajeron sus propias hablas ¿quiere decir que la mitad de las lenguas americanas provendrían de Oceanía? Este es nuestro parecer y de acuerdo con él hemos realizado estudios que ahora empezamos a publicar.

La cuestión se plantea tanto del lado de América como del de Oceanía, y quizás más en este último. El enorme grupo lingüístico malayo-polinesio o austronesio es de expansión relativamente reciente. Oceanía estaba ocupada primitivamente por pueblos que hablaban fundamentalmente distinto a los de ahora; luego aparecieron lenguas de un tipo malayo primitivo que no son otra cosa que lenguas austroasiáticas (de Indochina y la India); de ellas se desprendió posteriormente el verdadero grupo malayo-polinesio que, al expandirse, hizo desaparecer a sus predecesores, según los lugares, las 'malayizó' en mayor o menor grado. Parte de las lenguas primitivas austroasiáticas o malayas primitivas se expandieron hacia América, trayendo conjuntamente la cultura y los tipos raciales señalados. Los verdaderos malayo-polinesios se esparcieron después por Oceanía, tocando apenas a América, si es que llegaron. Esta es la razón fundamental por la que no se ha conseguido probar el origen oceánico de parte de las lenguas americanas: se las ha comparado con las malayo-polinesias en vez de hacerlo con los restos de las lenguas premalayas y austroasiáticas, con las cuales verdaderamente están relacionadas.

Capítulo III

LENGUAS DE AMÉRICA DEL NORTE

Hemos indicado ya que las familias lingüísticas existentes en América son unas ciento treinta, número que varía algo según los autores. En el criterio que aplicamos aquí seguiremos especialmente la clasificación de las familias lingüísticas americanas propuestas por Paul Rivet, señalando las divergencias en caso de hallarnos frente a hechos que resulten demasiado contradictorios con nuestros estudios.

El examen que hagamos de estas familias lingüísticas no puede ser sino brevísimo; otra cosa no permiten la extensión que queremos dar a esta obra ni la finalidad a que está dedicada. Seremos por lo tanto muy breves al tratar la distribución de estas familias, a la vez que nos atendremos a citar sólo a las principales lenguas de cada una de ellas.

En un capítulo aparte, dedicado a las lenguas de las naciones cultas de la América indígena, nos extenderemos algo más en las particularidades de las mismas; pero aquí se hace necesario presentar, siquiera sea tan ligeramente como lo hacemos, a cada uno de los grupos lingüísticos americanos, para que se tenga una idea de la amplitud del problema. Téngase en cuenta que los grupos que presentamos son considerados como de lenguas estrictamente emparentadas entre sí, e irreductibles a unidades mayores, al menos hasta el momento. Los mapas que acompañan estas líneas ayudarán a la comprensión y nos permitirán ser más lacónicos en la descripción del territorio geográfico que ocupan.

El grupo lingüístico esquimal, considerado como la más reciente emigración de Asia hacia América, se extiende por todas las costas boreales del Canadá, Alaska y Groenlandia, tierras inhospitalarias por el clima pero abundantes en caza y pesca. Los esquimales no son un pueblo arrinconado por los pieles rojas, como muchos han creído, sino que han ido voluntariamente a esas regiones por su abundancia de alimentos.

Comprende una veintena de dialectos, algunos bastante diferenciados, y su gramática es en extremo compleja; se trata de lenguas sufijadoras en la conjugación de los verbos, y su numeración es quinariovigesimal, indicándose el veinte con la expresión 'un hombre'. Los principales dialectos son: ammassalik, ita, iglutik, kinipetu, putlavamiutl, magemiut, etc. Algunos conocen una especie de escritura pictográfica.

En la rama de Alaska que se extiende hacia las islas Aleutianas, y también en estas islas, se encuentra el pequeño grupo de los aleutas, que constituyen una familia lingüística propia, y se hallan divididos en dos grupos —el atka y el unalaska— completamente distintos de los esquimales, por más que prácticamente poseen la misma cultura. Son restos de una población anterior a la esquimal, y quizás ocupó antes una mayor extensión en Alaska.

Al sur de los esquimales, y ocupando la mayor parte del Canadá al oeste de la Bahía de Hudson y el interior de Alaska, se encuentran los athabascas o athapascas, también llamados na-dené, los cuales comprenden también a los apaches y navajos de la frontera de México y a otras pequeñas tribus de la costa californiana. Esta familia comprende cerca de treinta lenguas y dialectos y es la más extensa de Norteamérica; las principales lenguas son: chippeway, sekani, kuchin, nahane, carrier, kupa, navajo, apache, etc.

Desde 1915 Sapir une a esta familia los kaida y tlingit, situados sobre las costas e islas del sur de Alaska, los cuales comprenden varias lenguas y dialectos. En nuestro sentir, esta vinculación no está suficientemente demostrada y preferimos seguir considerándolas aparte, sobre todo por varias particularidades de su gramática y forma numeral.

La familia lingüística algonquina es otra de las mayores de Norteamérica, extendiéndose por la mayor parte del Canadá oriental y Estados Unidos; las lenguas y dialectos que entran en esta familia son numerosísimos, y la acción que han desempeñado sus hombres tiene gran importancia en la historia de Estados Unidos y Canadá. Sus ramas de la costa oriental de Estados Unidos están completamente extinguidas, pero las del interior sobreviven en gran parte; las principales de ellas son: cri, naskapi, algonquino, ottawa, pies-negros, chippewa, mic-mac, lenape, shawni, fox, mohicano, etc. Según Lafone Quevedo se trataría de lenguas sufijadoras, cosa que hemos comprobado en algunas lenguas aunque parece que no todas son así. Sus formas de contar son quinarias, pero en su mayor parte se hallan decimalizadas. Varias de sus tribus tienen escrituras pictográficas, y otras han adoptado silabarios de reciente creación.

La lengua beatuc, que por sí sola forma una familia independiente, se hablaba antiguamente en Terranova.

Los iroqueses comprenden una decena de lenguas y dialectos, no muy diferenciados; se extienden por la región de los lagos Erie y Ontario, en un grupo apretado, pero dos de sus lenguas, el cheroquí y el tuscarora, quedaban más al sur, separadas por las demás por una corriente de lenguas algonquinas.

Su gramática no es tan complicada, sobre todo comparándola con la de sus vecinos algonquinos. Es uno de los pocos grupos lingüísticos de Norteamérica que utilizan una numeración decimal, casi pura. También utilizan las escrituras pictográficas y el famoso *wampun*, especie de *quipu*. En 1821, un indígena de la tribu cheroquí inventó un silabario especial para su lengua, que tiene la particularidad de poder ser aprendido en dos o tres días; los cheroquí todavía lo utilizan, habiendo, inclusive, máquinas de escribir con sus tipos de letras.

Sobre las costas del Golfo de México y las del sureste de la costa atlántica, se extiende la familia lingüística muscogi, que comprende unas quince lenguas y dialectos. Sus tribus fi-


PRINCIPALES FAMILIAS LINGÜÍSTICAS NORTE Y CENTROAMERICANAS
Esquimal
Algonquin
Iroqués
Sioux
Muskogi
Caddo
Athapasca
Selish
Uto-Azteca
Yuma
Maya
Otomí
Sumo-Misquito
Yuit
Malemiut
Kutchin
Loucheux
Hares
Yellow-knives
Kinipetu
Netschilik
Iglulik
Ita
Groenlandes
Aleuta
Tlingit
Nahane
Beavers
Chipewayan
Haida
Kwakiutl
Nutka
Naskapi
Montagnais
Algonkin
Beothuk
Micmac
Abnaki
Penascot
Massachusett
Narraganset
Delaware
Pamlico
Maskegon
Cree
Chippewa
Ojibiwas
Menomini
Otawa
Hurón
Blackfoot
Piegan
Chinnak
Tillamook
Shahaptin
Wallatpu
Umpqua
Klamath
Hupa
Yuki
Pomo
Costano
Miwok
Esselen
Salina
Yokuts
Chumash
Bannock
Shoshon
Paiute
Ute
Hopi
Mohave
Yuma
Zuñi
Navaho
Apache
Keres
Kiowa
Comanche
Lipan
Papago
Pima
Opata
Yaqui
Tarahumara
Tepehuano
Huichol
Cora
Waicuri
Pericú
Crows
Mandan
Winnebago
Dacota
Teton
Ponca
Omaha
Sauk
Fox
Kickapoo
Miami
Illinois
Shawnee
Cherokee
Tutelo
Yuchi
Tuscarora
Kansa
Osage
Arkansa
Wichita
Caddo
Chicasaw
Creek
Choctaw
Natchez
Seminole
Biloxi
Timukua
Attakapa
Chitimacha
Karankawa
Coahuilteca
Ciboney
Taino
Totonaca
Azteca
Maya
Chontal
Chol
Mixteca
Zapoteca
Huave
Chiapaneca
Quiché
Xicaque
Paya
Lenca
Sumo
Mosquito
Ulua
Rama
Nicarao
Orotina
Talamanca
Guaymí
Cuna

guran entre las más civilizadas de Estados Unidos, y formaban varios 'reinos' y confederaciones en la época del descubrimiento.

Sus principales lenguas son el muscogi, seminola, natchez, apalache, alabama, chacta, crics, etc.; las que hemos tenido oportunidad de examinar poseen una gramática relativamente sencilla y la numeración sigue en todas ellas el sistema senario-decimal.

Generalmente se juntan a este grupo otras varias lenguas desaparecidas del sur de la Florida, como ser el calusa y el ais y aun los pacasgula, que vivían sobre el río del mismo nombre en el sur del Mississippi.

En las vecindades de los muscogi se encuentran varias pequeñas familias lingüísticas independientes, restos quizá (al menos algunas), de familias mayores desaparecidas; otras son productos de invasiones recientes. La mayoría de ellas son lenguas muertas.

Los yuchi o uchean vivían antiguamente sobre el río Savannah, en Georgia; ahora habitan con los cric en Oklahoma.

Con los calusa de la Florida también suele hacerse una familia aparte.

Los tunica de las bocas del Mississippi poseen una extensión pequeña, pero comprenden varias lenguas y dialectos. Las principales de aquéllas son: la tunica, la atacapa y la chitimacha. Esta última posee una numeración senario-decimal. En su extensión actual la familia tunica es de reciente formación, habiéndose constituído mediante la unión de varias que se consideraban independientes, fusión no definitiva aún.

La lengua timucua, que era hablada por un grupo de tribus de la Florida septentrional, es una lengua interesante e importante, sin afinidades con las otras de la región y posiblemente de procedencia centroamericana, como lo indicaría su constitución fonética que es de sílabas simples, sin consonantes finales. Su numeración es senario-decimal, pero con influencia de la decimal pura.

La familia siux o dacota ocupa una posición central respecto al territorio de los Estados Unidos. Los algonquinos ocupaban las grandes florestas del este, los siux las grandes llanuras con búfalos, es decir, a grandes líneas, la región comprendida entre el Mississippi y las Montañas Rocosas. Un segundo grupo vivía en el centro de Carolina Septentrional y de Virginia. Por último había dos pequeñas tribus aisladas en la zona sur: los biloxi, sobre la costa del Golfo de México, y los ofo sobre el río Yazoo. Estos indígenas han aumentado mucho en número, a pesar de las terribles guerras que sostuvieron contra los conquistadores norteamericanos.

Su gramática es en extremo compleja; su numeración es bi-quinario-decimal, fuertemente decimalizada en algunas tribus, aunque su estado original ha sido, posiblemente, bi-quinario. Estos pueblos han utilizado una escritura pictográfica altamente desarrollada, con la cual han escrito preferentemente la historia de sus tribus.

Hacia occidente de los siux, y en parte enclavados dentro de ellos, se hallan los caddos, pueblos que en su cultura mostraban hallarse influenciados por la cultura mexicana; su numeración es quinario-vigesimal, hecho excepcional entre los pieles rojas. Se encuentran divididos en tres grupos geográficos: el grupo septentrional que comprende los aricara de Dacota septentrional; el grupo central que comprende las cuatro tribus pawni del valle del río Platte (Nebraska) (una de estas tribus es de procedencia distinta, pero se halla 'pawnizada'); el grupo meridional que comprende los caddo, wichita y kichai de Oklahoma, Texas y la Luisiana.

Entre los dos últimos grupos citados se interponía otra familia lingüística: los kiowa que habitaban en el alto Yellowstone y Missouri; actualmente viven sobre el alto Arkansas y Canadian, en el Colorado y Oklahoma. Entre ellos vivía una tribu de origen athabasca, adaptada a sus formas de vida.

En Columbia y en la costa norteamericana del Pacífico habitaba una multitud de pequeñas tribus, muchas de las cuales han sido reducidas, en época reciente, a grupos lingüísticos

mayores. En varios casos nos vemos obligados a estar en desacuerdo con esas reducciones, pues el estudio de sus gramáticas nos demuestra ser éstas muy distintas, por más que a veces el vocabulario presente indudables semejanzas, probablemente debido a la proximidad y a las fuertes relaciones que han debido existir entre estas tribus. Ya hemos citado el caso de las lenguas haida y tlingit.

Las lenguas del norte de esta región, o sea del sur de Alaska, la Columbia inglesa y la parte adyacente de los Estados Unidos parecen ser intromisiones relativamente recientes, procedentes de Oceanía, más concretamente de la Micronesia habitada por pueblos austroasiáticos poco diferenciados. En California aparecen restos de pueblos americanos primitivos pero con fuertes influencias de la misma procedencia, e inclusive algunas pueden considerarse de origen malayo, ya que en una de las tribus del grupo o familia hoka —los pomos— el concepto cinco se expresa por *lima,* como en todo el grupo malayo-polinesio.

Las familias tlingit y haida se encuentran en la zona norte ya dicha, y comprenden numerosas tribus poseedoras de una cultura peculiar, bastante alta, como ocurre con todos los pueblos de Columbia. Sus numeraciones son quinario-vigesimales con influencias decimalizadoras.

La familia wakash comprende dos grupos de lenguas y dialectos: el nutka, hablado sobre la costa occidental de la isla de Vancouver y en los alrededores del cabo Flateri; y el kwakiutl, que se extiende por las costas del continente, hacia el norte de Vancouver, comprendiendo también a la lengua heiltsuck. Son lenguas sufijadoras con gramáticas bastante complejas; la numeración nos presenta una forma mezclada de quinario-vigesimal y senario-decimal.

Al norte de esta última lengua se habla el tsimshian o chimesio, que comprende tres dialectos. En la actualidad se halla unido a la familia penutia de California, pero no creemos aceptable esa unión. Se trata de una lengua sufijadora y, como en la mayoría de las de la región, tiene el conjunto *tl,* que en América sólo existe en la Columbia y México.

Sobre el sur de Columbia inglesa, la parte sueste de Vancouver, el norte de Washington e Idaho y el oeste de Montana, se extiende la familia salish, que también posee dos islotes separados: uno en el país Kutenay y otro más al norte sobre la costa de la Columbia inglesa. Comprende numerosas lenguas y dialectos, de los cuales los principales son: bellacoola, lilluet, salish de los Llanos, shwswap, tillamuk, nishualli, comox, etc. La procedencia oceánica de esta familia fué señalada en 1911 por C. Hill-Tout, que también extiende sus comparaciones a las lenguas del grupo wakash.

La familia kutenay o kitunahan se extiende por el sureste de Columbia inglesa y el norte de Montana e Idaho; sus tribus hablan dos dialectos muy vecinos uno del otro.

La familia chimacum es pequeñísima, y sólo comprende dos dialectos: el chimacum, ya desaparecido, y el quileute, de la costa del estado de Washington, al sur de Vancouver.

La familia shahaptin comprende cierto número de tribus que viven al suroeste de Idaho, sureste de Washington y norte de Oregón. Las más conocidas son las de los klikitat, nez percéz, walla-walla, yakima, etc. Lo mismo que los salish, estas tribus son conocidas por los "cabezas chatas", por su costumbre de defomarse intensamente la cabeza.

La familia wahlatpu o wailatpua, comprende dos lenguas o dialectos, el cayuse y el molala, hablados en Oregón y separados geográficamente por una rama de los shahaptin.

Otra pequeña familia es la de los klamath, hablada por dos tribus, los klamath propiamente dichos que habitan alrededor del lago de su nombre, en la parte central del Oregón meridional, y los modoc al sur de los anteriores, en California septentrional.

Más pequeña aún, en extensión geográfica, es la familia yuki, que comprende cuatro dialectos profundamente diferenciados: el yuki propiamente dicho, sobre el río Eel, en California, el yuki de la costa occidental, el huchnom de la ribera sur del Eel, y el wappo.

La familia lingüística penutia comprende un gran número de lenguas consideradas como independientes hasta hace poco tiempo. Ya hemos dicho que se les agregó la familia tshinshian, a la cual preferimos considerar como independiente, lo que tal vez haya que hacer con algunas otras.

Las principales lenguas que comprende son: el wintun o copehan, hablado en el noroeste de California, sobre el curso superior del Trinity; el maidu al este del anterior; el yokuts o mariposa, hacia el sur de California; el miwok, en la porción central del gran valle de California; el costano, al sur de la bahía de San Francisco; el kalapuya, el takelma y el kus en Oregón, y el chinuk sobre las dos márgenes del río Columbia. Esta última lengua ha sido agregada en época reciente a esta familia, pero nosotros consideramos muy dudosa esta inclusión.

La familia hoka es de creación reciente, pero ello no obsta para que en poco tiempo se hayan agrupado dentro de ellas numerosas lenguas, y que incluso un autor, Sapir, haya pretendido hacer de ella una de las mayores del continente, agregándole numerosos grupos lingüísticos del centro y del este de Estados Unidos. Nosotros la consideramos muy dudosa, inclusive en su estado actual, pero la expondremos tal como nos la presenta Rivet.

Según este autor comprende las lenguas: shasta de Oregón y California, el chimarico al sur del anterior, el karok al oeste del mismo, el yana de California del Norte, el pomo al norte de San Francisco, el esselen, el salina y el chuma o chumachs de la costa sur californiana, el washo de los alrededores del lago Tahoe, el yuma de la Baja California y Arizona; el seri de la costa de Sonora, el koahuilteca, el karankahua y el tonkahua en la costa del Golfo de México, entre este país y los Estados Unidos, y finalmente el tekistlateca de la costa de Oaxaca, al sur de México. Todas estas lenguas comprenden numerosos dialectos, algunos bien diferenciados y que merecen el nombre de lenguas; el yuma es, en realidad, un conjunto de varias lenguas bien diferenciadas.

Los indios llamados 'pueblos' son de distinta procedencia lingüística. Los hopi son uto-aztecas y los demás constituyen tres familias lingüísticas bien separadas:

La familia keres, lengua hablada en un cierto número de lugares de Río Grande, en Nuevo México, y que comprende dos dialectos.

La familia tano, que comprende tres o cuatro lenguas y otros varios dialectos; se habla en varios lugares del valle del Río Grande; es la más extensa de estas tres familias.

La familia zuñi se habla en la villa de este nombre, en Nuevo México; esta lengua se hallaba antes en uso en siete villas de la misma región.

Todas estas lenguas proceden de la región del sur, de México, y pertenecen a una capa lingüística que ha sido dominada posteriormente por nuevas inmigraciones.

La familia lingüística uto-azteca es otra de las mayores de América del Norte, extendiéndose también por gran parte de América Central. Es una de las familias lingüísticas más extrañas e interesantes de América, pues comprende tribus en todos los niveles de cultura, desde las prácticamente recolectoras y cazadoras como los utas y los shoshones, hasta las de civilización esplendorosa como los antiguos aztecas.

Su enorme expansión geográfica ha diversificado mucho a las lenguas pertenecientes a este grupo, habiéndose adaptado en ocasiones a formas fonológicas y gramaticales de pueblos que han dominado, lo mismo que a formas numerales distintas; pero en el vocabulario se notan semejanzas que relacionan a estas lenguas entre sí, a pesar de las distancias que muchas veces las separan.

Esta familia comprende tres grandes grupos de lenguas:

El grupo shoshon, que ocupa el suroeste de Montana, sur de Idaho, suroeste de Oregón, oeste y centro de Wyoming y de Colorado, una parte del norte de Nuevo México, el noroeste de Texas, Utah, una parte de Arizona septentrional, Nevada y el este y sur de California. Las principales lenguas que comprende son el shoshoni, el ute, el paiute, el monopavioso, el serrano, el luiseño, el gabrieleño, el hopi, etc. Sus

formas de contar son bi-quinario-decimales de pares, aunque en algunas partes se hallan algo alteradas.

El grupo pima-sonora ocupa u ocupaba el sur de Arizona y el noroeste de México, o sea la mayor parte de los estados de Sonora, Chihuahua, Sinaloa y Durango, y porciones de Jalisco y Zacatecas. Sus lenguas principales son: el pima, el opata, el cahita, el yaqui, el tepehua, el zoe, el nio, el tarahuamara, el concho, el laguneros, el acaxee, el huichol, el Cora, el tepehuano, etc.; las que, a su vez, se diversifican en numerosos dialectos. Algunos de estos pueblos practican el mismo sistema numeral de los shoshones, pero los más han adoptado un sistema numeral quinario-vigesimal procedente del sur.

El grupo nahuatl se extiende por la zona central de México y en pequeños grupos aislados por todo Centroamérica hasta el norte de Panamá. Comprende como lenguas principales al nahuatl o azteca, que se divide en varios dialectos: el pipil de las costas de Guatemala y El Salvador; el nicarao, hablado antes en varias regiones de la costa pacífica de Nicaragua, a la que dió su nombre, y el noroeste de Costa Rica; el sigua o xicagua, hablado por una pequeña tribu en la costa norte del lago Chiriquí, en Panamá. Todas estas lenguas poseen un sistema numeral quinario-vigesimal, que sin duda ha sido adoptado de las tribus locales existentes antes de su invasión.

CAPÍTULO IV

LENGUAS DE AMÉRICA CENTRAL

Si la distribución lingüística de América del Norte parece sumamente compleja, la de América Central no lo es menos; y lo sería todavía más si aquí hubiéramos de tratar en extenso sobre sus formas gramaticales. Un gran número de estas familias lingüísticas poseen lenguas y dialectos separados geográficamente, y ello contribuye a complicar el mapa.

Las lenguas de esta región son numerosísimas; pero su número como lenguas independientes ha disminuído mucho en los últimos tiempos, lo que ha facilitado bastante la clasificación. Sin embargo, en varias ocasiones no nos hallamos de acuerdo con las agrupaciones y estimamos necesaria una revisión de ellas.

Esta complicación lingüística en la zona es natural si consideramos que indudablemente la región ha sido el centro principal de las migraciones procedentes de Oceanía, a la vez que el paso obligatorio de los pueblos más antiguos que llegaron hasta la América del Sur. Varios pueblos se hallan sobrepuestos, otros han sido barridos y sólo se encuentran sus restos en los bordes de esta región, y a veces hay pequeños grupos aislados en el centro de masas de pueblos totalmente distintos.

Varias de las capas lingüísticas que aparecen aquí se encuentran igualmente en la Columbia inglesa —son los dos únicos lugares de América en que se encuentran—, pero una de las capas más primitivas, de procedencia oceánica, que reconocemos en América Central no aparece en la Columbia,

denunciando con ello que las emigraciones de Oceanía a esta parte del Nuevo Mundo no han procedido todas de un mismo lugar.

El último fenómeno lingüístico de importancia que se ha producido en Oceanía antes de la expansión malayo-polinesia, es la difusión de un tipo de lenguas que se caracterizaba por la existencia de numerativos en los objetos a contar, esto es, que las cosas a contar están repartidas en clases, de modo que para enumerar cualquier cantidad de esos objetos es necesario adjuntar a los numerales una partícula que de antemano las clasifica. A estas lenguas, en Oceanía, las consideramos como de procedencia austroasiática directa.

Este hecho persiste en todas las lenguas malayizadas de Micronesia (también aparece en el malayo-polinesio, pero en grado mucho menor), y en la América indígena lo encontramos en América Central, la Columbia inglesa y en la lengua yunca de la costa peruana. Es la última influencia importante que ha recibido América procedente de Oceanía, y ello se nota palpablemente al estudiar el mapa de las numeraciones indígenas americanas.

La familia lingüística otomi, se halla dispersa por los estados de México, Potosí, Veracruz, Tlaxcala y Michoacán, cubre los estados de Guanajuato e Hidalgo casi por entero, todo Querétaro, con dos islotes en Puebla. Las principales ramas de esta familia son: el otomi propiamente dicho o hia-hiu, hablado en casi todo el estado de Querétaro, en parte de Guanajuato y en diversas localidades de Potosí, Veracruz, Tlaxcala, Hidalgo, Michoacán, Puebla y en el Distrito Federal; el serrano, hablado antiguamente en el territorio de Sierra Gorda; el meco o xonas de la misma región; el tepehuan de Hidalgo, Veracruz y Puebla; el pame, el mazahua, etc.

A los mencionados deben agregarse, según W. Lehmann, el trique y el chocho de Oaxaca, el popoloco de Puebla, el mazateca de Guerrero y Oaxaca; el chiapaneca (considerado hasta hace poco como familia independiente), que comprende el chiapaneca propiamente dicho, del istmo de Tehuantepec, el mangue de Honduras y Nicaragua, el diriá o chorotega de Nicaragua y el orotina de Costa Rica.

La característica principal de todas estas lenguas es que, en su constitución silábica sólo admiten combinaciones de sílabas, es decir, sílabas formadas por consonante-vocal, lo cual corresponde a una forma antigua de Oceanía; otras lenguas de Suramérica poseen las mismas características, y también el timucua de la Florida. En la Columbia falta este tipo de lenguas.

Algunas de estas lenguas se hallan un tanto mezcladas con las vecinas y han llegado a admitir consonantes finales; esta mezcla es leve y pocas las lenguas que lo hacen. Inversamente, hallamos este tipo de constitución silábica en varias lenguas de la familia uto-azteca, grupo sonoriano o pima-sonora; suponemos que ello se deba a una mezcla con lenguas de tipo otomi existentes con anterioridad en tales regiones.

A esta característica construcción silábica se une un monosilabismo más o menos completo, que también se observa en las lenguas similares de América del Sur, como por ejemplo en el guaraní. Mucho se ha disentido sobre este fenómeno, llegándose a negarlo; pero ello no es más que el efecto de la aplicación de la idea del polisintetismo: no se podía aceptar la existencia de lenguas monosilábicas en América, ya que ello hubiera obligado a concederles un origen distinto al de las otras lenguas indígenas.

La familia otonaca o totoneca se extiende por las costas del Golfo de México, en el estado de Veracruz, introduciéndose algo en el interior de los estados de Puebla e Hidalgo. Comprende cuatro dialectos: el tetikilhati, el chacahuaxti, el tatimolo y el ipapana. Su numeración es deca-vigesimal.

Las ruinas de las construcciones arquitectónicas de los antiguos totonacas, especialmente las pirámides, figuran entre las más hermosas de América, y tienen mucha semejanza con las de la vieja cultura khmer de Indochina.

Por la mayor parte del estado de Michoacán se extiende la familia lingüística tarasca, propia de un pueblo al que las tradiciones aztecas suponen emparentados con ellos, pero se trata de una lengua absolutamente distinta e irreductible al grupo nahuatl.

Es, indudablemente, el resto de una capa lingüística anterior al azteca, y se caracteriza por una estructura gramatical sufijadora y una numeración senario-vigesimal, lo cual no puede ser otra cosa que el producto de una mezcla intensa.

La familia lingüística mixteca se extiende por los estados mexicanos de Guerrero, Puebla y Oaxaca, y es, probablemente, otro resto de la misma antigua capa a que pertenece el otomí. Su constitución silábica es de sílabas simples; parece tener varios dialectos, pero está muy poco estudiada todavía. Algunos autores la vinculan a las tres familias siguientes, constituyendo así el grupo o familia mixteca-zapoteca.

La familia amusgo se halla formada por una sola lengua, enclavada dentro del mixteca, al cual se la junta a veces. Lo mismo pasa con la pequeña familia cuicateca que se habla en el distrito de Cuicatlán, Oaxaca.

La familia zapoteca ocupa un vasto territorio al centro y sureste de Oaxaca, comprendiendo las lenguas zapoteca propiamente dicho, papabuco, chatino y solteca. Su constitución silábica es la misma que la del otomí y mixteca, pero los sonidos difieren bastante; su numeración es quinario-vigesimal con influencias decimales y es una de las pocas lenguas americanas que llegan a tener un numeral simple para el ocho mil.

La familia lingüística zoque-mixe comprende en la actualidad cinco lenguas. Ha sido constituída por W. Lehmann mediante el agregado de otras tres a un grupo zoque-mixe ya formado anteriormente; pero ni con este grupo originario nos hallamos conformes, ya que una de estas lenguas es sufijadora y otra prefijadora, lo cual las diferencia por completo. Es indudable que por su proximidad geográfica se han podido prestar mutuamente numerosas palabras, pero en su origen se trata de dos lenguas completamente distintas.

Tanto el zoque como el mixe se hablan en la parte central del istmo de Tehuantepec; las otras tres lenguas pertenecientes al mismo grupo son el huave, reconocido en la parte central del golfo de Tehuantepec sobre el Pacífico; el tapapachulteca, hablado antes en la villa de su nombre, en el extremo sureste

de Chiapas, y el aguacateca, hablado en las villas de Aguacatán y de Chalchitán, en Guatemala. Estas tres últimas lenguas se hallan separadas geográficamente del grupo central.

La familia olive corresponde a la lengua de una pequeña tribu que vivía en la extremidad meridional de Tamaulipas. Esta tribu parece originaria de la Florida, de donde habría emigrado hacia la zona texana y de allí pasado a México, conducida por los misioneros.

La familia xanambre o janambre comprende los dialectos pisone y xanambre, ambos desaparecidos, y se extendía antiguamente en el sureste de Tamaulipas, al oeste de la familia anterior.

La familia waicuri, también desaparecida, se hablaba antiguamente en la extremidad meridional de la Baja California, y comprendía el waicuri propiamente dicho y el pericu.

La familia cuitlateca ha sido separada recientemente de la azteca, a la que había sido juntada; antiguamente habitaban una vasta región que posteriormente fué ocupada por los tarascos, y en la actualidad se hallan reducidos a algunas villas de la parte central norte del estado de Guerrero. También se les llama tecos.

No de mayor extensión es la familia chinanteca, hablada en la actualidad en el norte de Oaxaca y el límite occidental de Veracruz.

La familia subtiaba comprende tres lenguas, muy separadas geográficamente: el tlapaneca-yopi de Guerrero; el maribichicoa, hablado antiguamente sobre el río Guatahiguala, al este de El Salvador; el subtiaba propiamente dicho o maribio, hablado en la región comprendida entre el noroeste del lago Managua y el Pacífico, en Nicaragua.

La familia maya-quiché constituye el más importante grupo lingüístico de América Central, recibiendo en conjunto el nombre de maya. También es una de las que, pese a su extensión y a las numerosas lenguas que comprende, constituye una

unidad geográfica, con la sola excepción de la lengua huaxteca, hablada en el norte de Veracruz y en el este de San Luis Potosí, pero que tiene un dialecto dentro del resto del conjunto maya. Éste ocupa toda la península de Yucatán, Honduras británica o Belize, el este del istmo de Tehuantepec, casi la totalidad de Guatemala y el oeste de Honduras.

Comprende cerca de treinta lenguas y dialectos, entre los que se distinguen el maya, el itzá, el mopán, el lacandón, el chontal, el chol, el quelen, el tzotzil, el tzental, el chicomucelteca, el chañabal, el chuje, el jacateca, el ixil, el kekchi, el poconchi, el jacalteca, el motoxintla, el mam o mame, el uspanteca, el chorti, el pocoman, el quiché, el cakchiquel, el tzutuhil, el huaxteca, etc.

Si nos atenemos únicamente a su vocabulario, el conjunto maya es bastante homogéneo, pues las semejanzas saltan a la vista; pero si ahondamos el examen gramatical advertimos profundas diferencias. Algunas de estas lenguas son sufijadoras y otras prefijadoras; mejor dicho, la mayor parte de ellas presentan una gramática mezclada, con restos de formas sufijadoras dominadas por la prefijación. Esto significa una completa diferencia de origen, que puede explicarse de dos maneras distintas: o admitiendo que las lenguas prefijadoras se han sobrepuesto a las otras mezclándose con ellas, o suponiendo una mezcla producida ya en los lugares de origen y su difusión en sus territorios actuales en forma ya mezclada. Las lenguas sufijadoras, entre las de procedencia oceánica, son las más antiguas que encontramos en América, a ellas se sobreponen en varias partes las lenguas prefijadoras, pero también se observan casos de lenguas íntimamente mezcladas. Lo mismo ha ocurrido en otras regiones, inclusive en Europa, donde es fácil notar las diferencias que presenta el grupo germánico respecto a las otras lenguas de la familia indoeuropea.

Si nos fijamos en la numeración maya se advierte la misma diferencia. En algunas de estas lenguas se dice, por ejemplo, "diez y seis" y en otras "seis y diez", lo que señala una diferencia numeral que se nota en todo el mundo. En castellano usamos los dos criterios, ya que las números once, doce, trece, catorce y quince corresponden a la segunda de estas formas, y los restantes a la primera.

Tócanos ahora hablar de otra pequeña serie de familias lingüísticas situadas al sureste de las lenguas mayas, y que probablemente, en su mayor parte, se terminará por unir a la familia chibcha.

La familia xinca o jinca constituye una cuña que separa al grupo nahuatl de los pipiles, en la extremidad sureste de Guatemala, sobre el Pacífico. También es llamada popoloca de Guatemala. La lengua propiamente dicha comprende tres dialectos, a los que se agrega un cuarto, muy diferenciado, el pupuluca de Conguato.

La familia lenca ocupaba una vasta región de Honduras central y occidental, llegando al Pacífico a través de la parte oriental de El Salvador, entrando también un poco dentro de las fronteras de Nicaragua. Comprende siete u ocho dialectos. Parece ser una lengua sufijadora, y su numeración es una mezcla deca-vigesimal, pero con el cien hecho en forma que corresponde al sistema senario-decimal, lo cual sería probablemente su forma primitiva, si es que realmente se trata de una lengua sufijadora.

La familia paya comprende una sola lengua que se habla en el este de Honduras. Tiene una numeración deca-vigesimal pero con el cien formado por una palabra simple.

La familia xicaque comprende tres dialectos: el xicaque de Yoro, el xicaque del Palmar y el lean Mulia. Se habla en Honduras septentrional. Su numeración es quinario-vigesimal, con el veinte formado de "manos y pies", lo cual nos da una forma bastante primitiva que contrasta con la existencia de un cien formado por una palabra simple, tal vez tomado de alguno de sus vecinos.

La familia misquito sumo-matagalpa ha sido formada por Lehmann reuniendo estas tres lenguas que antes se consideraban como independientes. Algunos autores llegan a considerarla como un grupo perteneciente a la familia chibcha, lo mismo que a los payas y xicaques anteriormente tratados. Se extiende por la mayor parte de Nicaragua y el mar Caribe, entrando un poco en la parte oriental de Honduras. Además, una de estas lenguas, el matagalpa, tiene dos pequeños dialectos en la extremidad noreste de El Salvador.

Todas estas lenguas comprenden varios dialectos. La numeración en la lengua suma es quinario-vigesimal, con el cien formado por cinco-veintes; el misquito en cambio tiene un cien igual, pero los números hasta el seis son simples, los siete, ocho y nueve, derivados de una forma senario-decimal, mal comprendida y deformada, fácil de ver que ha sido adoptada de otra lengua, pero el conjunto es predominantemente quinario-vigesimal.

Las lenguas de Costa Rica y Panamá, y aún el rama del sureste de Nicaragua, se han clasificado dentro de la familia lingüística chibcha, por lo cual las trataremos en el capítulo siguiente. Lo mismo las lenguas de las Antillas, que corresponden a las familias arawak y caribe.

Capítulo V

LENGUAS DE AMÉRICA DEL SUR

La complejidad lingüística de América del Sur es mucho mayor que la de América Central y que la del Norte. Nada menos que 76 familias lingüísticas reconoce Paul Rivet en su trabajo *Lenguas americanas;* y aún pueden ser más, pues no estamos de acuerdo con algunas de las agrupaciones que presenta, como por ejemplo, la de la lengua uru con las lenguas arawak. Otros lingüistas han reducido aquel número mediante reagrupaciones no menos arbitrarias; por ejemplo, la anexión de la lengua yunca y de todas las lenguas ecuatorianas (desaparecidas sin que nos quede material de ellas) a la familia chibcha.

Especialmente la parte amazónica nos ofrece un extraordinario mosaico de lenguas, como no se llega a observar en ninguna otra parte del mundo; las tres grandes familias caribe, arawak, y güaraní, en una dispersión discontinua, parecen haberse empeñado en rivalizar en complicarnos el mapa de la región.

La región andina nos ofrece un panorama en apariencia más sencillo, pero sólo en apariencia: es más complejo y carecemos además, de toda posibilidad de estudiarlo por completo. La expansión de algunas lenguas de cultura, en época relativamente reciente, principalmente de la lengua quichua, ha hecho desaparecer, ya antes del descubrimiento, una gran cantidad de lenguas que nos habrían proporcionado documentos preciosos para nuestros estudios.

El panorama lingüístico andino debía de ser, antes que esto ocurriese, bastante semejante al de la América Central y México, pero con un predominio bastante marcado de las capas lingüísticas más primitivas, cosa que también ocurriría en el norte de México, en donde la invasión uto-azteca sólo nos ha dejado unos pocos rastros.

La invasión de la región centroamericana por las lenguas de Oceanía produjo numerosas migraciones hacia el sur; en la región de Colombia se nota el desborde producido hacia mayores espacios. Una de estas corrientes, la más fácil de reconocer, es la que nos presenta las lenguas de sílabas simples, que aparecen en el oriente de Colombia y se continúan hacia el sur en varias familias lingüísticas aisladas, recorriendo toda la zona del Alto Amazonas para ir a perderse en la región norte de Bolivia, con el grupo tacana. Las tres grandes familias citadas de la amazonia, pertenecen al mismo grupo pero son de difusión local posterior.

Todas estas familias lingüísticas permanecen aisladas, sin que los investigadores hasta el momento se hayan preocupado de relacionarlas, a pesar de que muchas de ellas deben conservar semejanzas fuertes entre sí.

Las lenguas sufijadoras, según muchos indicios anteriores a la época de su llegada a América, se esparcen casi únicamente por la región Andina, inclusive hasta la Araucania (el araucano, desde los primeros momentos de su investigación, fué clasificado como sufijador por Lafone Quevedo). Algunas de las lenguas de sílabas simples nos presentan el hecho curioso de ser sufijadoras, tal el huitoto (y el zapoteca del sur de México), en tanto que la mayoría son prefijadoras. Este hecho puede deberse a mezclas, pero sin duda hay mucho que investigar todavía.

Todo esto no significa, ni en este ni en ningún caso, que estas lenguas sean parientes inmediatas entre sí, ni tampoco que se hayan esparcido en una sola ocasión a modo de una manta de lenguas sufijadoras que cubriese el territorio andino. Hay varias clases de lenguas sufijadoras, y hay todavía más clases de lenguas prefijadoras, que ofrecen otras particularidades gramaticales que las diferencian por completo, siendo necesario no hacer una simple división binaria, sino una bastante más compleja, trabajo en el que estamos ocupados.

En cuanto a la diferencia de época en que pueden haberse difundido lenguas de un mismo tipo, tenemos un ejemplo interesante en la lengua yunca, sufijadora con varios caracteres que la diferencian del quichua y del aymara, pero lo principal es que su numeración, decimal pura, presenta una serie de numerativos, que corresponden a las lenguas más recientemente llegadas de Oceanía a la América Central.

Estos estudios todavía deben ser continuados, pero creemos que lo principal es llegar a los conceptos que tan brevemente hemos expuesto.

Empezamos a encontrar las lenguas que constituyen la familia lingüística ghibcha sobre la frontera sureste de Nicaragua; hacia el sur llegan a introducirse hasta el centro del Ecuador; por el lado del Pacífico se extienden continuadamente por toda la costa, con excepción del país Chocó; hacia el este siguen generalmente el borde de la cordillera; su ocupación de este territorio parece ser relativamente reciente, pues han cortado las relaciones con las capas más primitivas que quedan en América Central y otras partes de la del Sur, como ser las lenguas de sílabas simples y las sufijadoras.

Comprende numerosas lenguas y dialectos, repartidos en cuatro grupos de acuerdo a sus afinidades; estos grupos y sus principales lenguas son los siguientes: el grupo talamanca-barbacoa, con las lenguas talamanca, guatuso, bribri, terraba, brunca, cuna, barbacoa, gayapa, cara, quijo (indios de la Canela); el grupo dorasque-guaymi, que comprende el dorasque, el guaymi, el chimila, etc.; el grupo chibcha-aruak, con las lenguas chibcha o muisca, rama, aruak, tunebo, betoi, andaquí; el grupo paez, con las lenguas paez, paniquita, panche, etc.

Todas las lenguas que hemos examinado de este grupo son prefijadoras, pero en su numeración ofrecen mucha divergencia debido a que han recibido influencias posteriores; las formas más primitivas parecen ser bi-quinario-vigesimales, pero la mayoría se hallan transformadas en quinario-vigesimales con fuertes influencias decimalizadoras, que a veces llegan a ser completas, habiendo, además, algunas con restos senario-decimales. Muchas de ellas, sobre todo las de Panamá y Costa Rica, presentan numerativos.

Todas las palabras que indican a los números son claramente de origen austroasiático y relacionables con otras de la América Central y la Columbia inglesa; sus relaciones con los restos austroasiáticos que se encuentran en Oceanía se dirigen inmediatamente hacia la zona sur de la Melanesia, aunque algunas palabras de introducción más recientes se hallan más bien en Micronesia. La relación interoceánica de estas lenguas es la primera que hemos logrado establecer en sus palabras numerales.

Las lenguas de la familia chocó se hablan en la costa del Pacífico al sur de Panamá; comprenden más bien dialectos, algunos bastante diferenciados como para merecer el nombre de lenguas, y su numeración es quinaria, lo cual nos lleva a considerarla un resto de una capa muy primitiva. Recientemente Rivet la ha relacionado con la familia caribe, incluyéndola en ella, lo cual nos parece bastante dudoso.

Mucho más abajo, en el Ecuador y en el sur de Colombia, encontramos varias pequeñas familias, de las cuales algunas se han perdido completamente sin habernos dejado el menor rastro para poder estudiarlas; en base a ello varios autores se limitan a considerarlas dentro de la familia chibcha, cosa que no nos parece del todo recomendable.

La familia coche, o mocoa, o sebondoy, se habla en el sur de Colombia, y en la actualidad su territorio se ha reducido mucho. La lengua quillasinga, también del sur de Colombia, se adjunta generalmente a esta familia.

La familia cofan, constituída por una lengua y algún dialecto, se hablaba ya en la parte norte del Ecuador, en la zona de las selvas.

La familia esmeralda ocupaba la actual provincia de este nombre, en la costa norte del Ecuador.

La familia atallan ha sido constituída por Rivet, uniendo varias tribus de cuyas lenguas no tenemos noticias, pero que culturalmente parecen emparentadas; tales tribus son los mantas, huancavillcas, punas y tumbes, que ocupaban la costa ecuatoriana. En la región se notan muchos elementos oceánicos y la pérdida de estas lenguas es realmente de sentir, pues creemos que podrían habernos dado un material valioso.

Los puruhas forman otra familia de cuya lengua no tenemos ninguna noticia, a pesar de que se hablaba hasta bastante tiempo después de la conquista. Por los nombres de lugares y apellidos indígenas actuales parecería emparentada con la yunca. Lo mismo pasa con la familia cañarí, que tal vez estuvo emparentada con la anterior.

La familia lingüística yunca se extendía por los valles de la costa peruana al norte de Lima, y se dividía, al parecer, en varios dialectos; el material que nos ha quedado de ellos es muy escaso.

Es una lengua importante porque se pueden distinguir en ella influencias de indudable procedencia centroamericana, como los numerativos, y que más lejanamente tienen una procedencia oceánica. La composición fonética es de sílabas complejas y tenía varios sonidos consonánticos difíciles de pronunciar; la gramática es sufijadora pero en el verbo *ser* la conjugación se hace con prefijos. La numeración es decimal.

Al norte de los yuncas, y hasta lindar con los tumbes, se encuentra la familia sec, casi desconocida y frecuentemente confundida con la yunca; parece comprender tres dialectos, pero el material existente de ella es muy escaso, no comprendiendo sino un pequeño vocabulario de unas treinta palabras, a pesar de que aún se hablaba a fines del siglo pasado y tal vez se hable todavía.

Nos toca ahora hablar de la familia quichua, la más importante lengua de cultura de la América del Sur, y que se extiende sobre inmensos territorios de la región andina. En la actualidad se habla en toda la región andina del Ecuador, la Sierra del Perú, parte del norte de La Paz y toda la región central y sur de Bolivia, Santiago del Estero en la Argentina, y algunos otros lugares de las provincias del norte, particularmente en Jujuy.

Además existe la misma lengua en otros varios lugares adonde fué llevada por los misioneros españoles, como ser en el alto

Putumayo y en Tolima en Colombia, en Maynas, en Beni, y otros lugares de la región del Alto Amazonas.

Comprende varios dialectos, no muy diferenciados por la acción absorbente del cuzqueño, pero sí son muy valiosos para rastrear el origen de la lengua quichua. El Cuzco pasa generalmente por ser el centro originario de esta lengua, pero los dialectos de la región del Chinchaysuyu son indudablemente más antiguos; éstos son, principalmente, el de chinchas, que parece ser el más primitivo, el de junín y el de ancash, derivados probablemente de él en épocas preincaicas, y el quiteño, también derivado de ellos pero con interferencia del cuzqueño. Derivados directamente del cuzqueño son los dialectos de Arequipa, de Bolivia y de la Argentina.

El quichua del Cuzco aparece como un derivado del de chincha, y así considerado el problema del origen de los Incas se explicaría por la emigración de una tribu de esa procedencia hacia la región cuzqueña, pero la misma se asentaría sobre una antigua región de habla colla.

La expansión del quichua ha hecho desaparecer numerosas lenguas que se hablaban antes en el norte argentino y en Bolivia, además de otras del mismo Perú. La expansión del quichua sobre los territorios argentino y boliviano ha empezado escasamente un siglo antes de la conquista española.

La familia colla o aymara, y no aymará como generalmente se pronuncia en la Argentina, se extiende por los departamentos de La Paz y Oruro en Bolivia, y de estas zonas hacia el mar, por las regiones de Arica y Arequipa, aunque de estos últimos lugares ya casi ha desaparecido. Comprende también el departamento de Puno en el Perú. Igualmente tiene un pequeño dialecto aislado cerca de Lima, el cauqui o yauyos, tal vez producido por algún mitimae trasladado por los Incas. Rivet y otros autores suponen que el colla ha debido hablarse continuadamente por toda la región que queda entre el núcleo aymara y este dialecto, pero no estamos muy de acuerdo con esta suposición.

Parece comprender varios dialectos que no han sido estudiados todavía, pero el hecho principal es que la mayoría de los pueblos que hoy hablan aymara no son tales en origen,

sino aymarizados, lo mismo que los del sur de Bolivia son quichuizados. Personalmente hemos medido numerosos cráneos antiguos procedentes de regiones como Larecaja y Carangas y los índices resultantes son completamente distintos de los que corresponden a verdaderos aymaras.

La lengua es sufijadora, como el quichua, con numeración senario-decimal. En la actualidad utilizan en varios lugares una escritura jeroglífica, reducida en su uso a la escritura de los rezos católicos, y lo mismo hacen los quichuas del sur de Bolivia y sur del Perú.

La familia que denominaremos uru-puquina es adjuntada por Rivet al grupo arawak, cosa que ha sido admitida por numerosos autores, pero que nosotros encontramos completamente inadmisible. Incluso separamos completamente, en familias diversas, al uru y al puquina. El uru se habla en varias regiones del río Desaguadero en Bolivia y Perú adyacente, y comprende además al chipaya del río Lauca en Oruro. El puquina se hablaba antiguamente en varias localidades de la costa del lago Titicaca, y según la muestra de su numeración y del Padre Nuestro, que es lo único que nos queda de ella, es muy distinta del uru; un dialecto puquina es hablado en la actualidad por los médicos ambulantes callahuayas, del norte de Bolivia, como lengua secreta de su oficio.

Rivet también adjunta a este grupo la lengua chango de la costa chilena, que ha desaparecido. En nuestro concepto no sólo no hay relaciones entre estas lenguas y las arawak, sino que tampoco ha sido demostrado el parentesco entre ellas.

Parece haber además, en estas regiones del Altiplano, los restos de otra lengua distinta que ha desaparecido sin dejar mayores rastros: hemos recogido palabras numerales, completamente distintas del uru, del puquina y del aymara, utilizadas por pueblos que hablan el uru y el aymara y que no han sabido explicarnos su procedencia. Otros autores, como Bandelier y Posnansky, también han recogido palabras similares.

La familia atacama o kunza, se hablaba en la región de Atacama en Chile, en el ex territorio de Los Andes en la Ar-

gentina, y se habla actualmente en algunos lugares de las provincias Lípez de Potosí. Es una lengua prefijadora con numeración senario-decimal.

Al este de la misma, en las provincias Chichas de Potosí y en Tarija, se hablaba la lengua chicha, de la cual apenas si nos quedan noticias de que existió. Y lo mismo en todo el resto de Bolivia en donde hoy se habla quichua se hablaban otras lenguas, de las cuales sólo nos queda una referencia en Garcilaso de que en la región de Charcas "se hablaban muchas y muy distintas lenguas".

La familia kakán, diaguita o calchaquí, totalmente desaparecida, se hablaba en las provincias argentinas de Tucumán, Catamarca, La Rioja y parte de Salta; se supone que también en parte de Santiago del Estero. De ella sólo nos quedan algunas palabras inciertas; parece haber tenido un dialecto, o tal vez era otra lengua aparte, en el capayán. También parece haber existido una lengua omaguaca, pero de ella se ignora todo.

En la región adyacente de Chile, en donde la pala del arqueólogo descubre todos los días restos arqueológicos de los denominados diaguitas de Chile, debe haberse hablado la misma lengua kakán, cosa que vemos confirmada por algunos nombres geográficos; con todo, puede deberse eso a traslados de mitimaes posteriores a la Conquista.

La lengua allentiac, y su dialecto el millcayac, de la región de Cuyo, forma otra familia lingüística independiente. Se trata de una lengua sufijadora con numeración senario-decimal.

La familia vilela-chulupí o lule-vilela, que mejor llamaríamos tonocoté-vilela, se extendía por la provincia de Santiago del Estero y el Chaco salteño. Comprende la lengua tonocoté del Padre Machoni, que durante tanto tiempo se ha discutido si es lule o tonocoté, y el vilela. Son lenguas sufijadoras, como hace ya tiempo lo demostró Lafone Quevedo, clasificándolas por tanto entre las lenguas de la región andina, pese a lo cual, por razones geográficas, hoy mismo se sigue clasificándolas entre las lenguas chaqueñas.

En la región de Córdoba se hablaban otras lenguas que forman la familia sanavirón, vecina de la cual se hallaba la comechingón que se extendía hasta parte de San Luis y formaba otra familia. Sólo unas pocas palabras de ellas han llegado hasta nosotros. Recientemente se ha intentado reunirlas al allentiac y a otras lenguas del sur de Cuyo y La Rioja, de las cuales hay vagas noticias.

La familia araucana o mapuche se hablaba, en el momento de la conquista, en la región chilena al sur de Santiago y hasta la zona de Chiloé, pero pronto pasó a este lado de la Cordillera, al sur de Mendoza y Neuquén, desde donde se expandió por todas las pampas argentinas y gran parte de la Patagonia.

Comprende numerosos dialectos poco diferenciados, entre ellos el picunche, el pehuenche, el huilliche, el leuvuche, el ranquel, etc. Se trata de una lengua sufijadora con numeración decimal en la cual se encuentran rastros del sistema senario-decimal, que sería tal vez su forma originaria. La influencia que ha decimalizado a la numeración araucana ha sido principalmente la quichua, y los números ocho, cien y mil están tomados de esta lengua; pero parece también haber recibido influencias decimalizadoras anteriores.

Lo mismo que ocurrió en el norte con la expansión quichua, que hizo desaparecer a numerosas lenguas más antiguas, ha ocurrido aquí con el araucano, y en esto no nos referimos solamente a las lenguas de la pampa sino también a lenguas afines o no a ella misma, que habrían existido en la cordillera, tanto del lado argentino como del chileno. Algunos de los dialectos actuales llevan los nombres de esas antiguas tribus y lenguas, que han abandonado su propio hablar araucanizándose pero conservando su nombre tribal.

Debemos ahora subir hacia el norte, dejando la región andina para llegarnos hasta las Antillas, por más que algunos lingüistas se han empeñado en simplificarnos demasiado el problema de las lenguas que se hablaban en esas islas. Según éstos, todo el problema lingüístico de las Antillas estaría reducido a la presencia de dos familias de procedencia suramericana: la arawak y la caribe.

El siboney de Cuba, el taíno de Haití y Santo Domingo, el lucaya de las Bahamas, el allouage de las Pequeñas Antillas, etcétera, serían lenguas arawak que habrían ocupado antiguamente la región. El macorixe, el ciguayo, etc., serían lenguas caribes, que, procedentes del continente, se hallaban en pleno proceso de invasión y dominio de las Antillas cuando el descubrimiento.

No dudamos de la presencia de los caribes y arawak en las Antillas pero creemos que es exagerado atribuir todas las lenguas no caribes al grupo arawak; nos falta el material comparativo, que se ha perdido en su casi totalidad; pero el material arqueológico y etnográfico que conocemos, de los pueblos de Cuba por ejemplo, nos lleva a aceptar la existencia de pueblos distintos, de origen más antiguo, cosa que también hacen otros investigadores.

La familia lingüística arawak es tal vez la mayor de América por el número de sus lenguas y dialectos, que alcanzan a cerca de ochenta; su extensión geográfica es también muy grande, pero es superada por otras familias, tanto de Norte como de Sur América. El conjunto también recibe el nombre de Maipure.

Geográficamente su dispersión comprende desde el sur de la Florida hasta el Paraguay, y desde el pie oriental de la cordillera andina hasta la boca del Amazonas, pero dentro de este territorio están fraccionados en multitud de lugares distintos y separados unos de otros, de tal modo que ni intentaremos describirlos; nos remitiremos a los mapas adjuntos. El mayor núcleo arawak actual se halla en la zona del Río Negro, el Putumayo y las fuentes del Orinoco.

Las principales lenguas que comprende son: Maipure, arawak, caquetio, goajiro, achagua, bare, manao, baniba, mojos, baure, lapachu o apolista, chontaquiro, campa, piro, anti, chané, etcétera.

Las lenguas de esta familia que hemos revisado son prefijadoras, excepto el goajiro que presenta una forma mezclada, en el mismo modo que lo están las lenguas mayas; sus numeraciones son bi-quinario-vigesimales, pero en muchas lenguas se nota una mezcla senario-decimal, como en el baure, y la numeración goajira, aunque decimalizada, corresponde originariamente a este sistema. En su constitución fonética, predomina por completo el sistema de sílabas simples.

La familia caribe tiene su núcleo principal en la mitad este de Venezuela y en las Guayanas, pero también se esparce sobre las Antillas y tiene varias otras tribus dispersas por Colombia, el oriente del Perú y varios lugares del sur del Amazonas en el Brasil. Su expansión por la mayoría de los lugares que ocupa parece ser reciente, y se ha dicho que la lengua bacairí del Alto Xingú sería la más primitiva de la familia y que por lo tanto ése sería su territorio originario. No discutiremos la primera afirmación, pero sí negamos la segunda: los caribes no pueden sencillamente ser originarios de esa región pues representan en América a una de las capas de procedencia oceánica bastante reciente.

Comprende unas sesenta lenguas y dialectos, de las cuales son las principales las: cumanagota, arara, apiaca, palmella, pimenteira, palenque, gabili, tamanaco, trio, arecuna, mariquitare, rucuyen, chaima, parinagoto, oyana, etc. Las lenguas que hemos examinado son prefijadoras, con numeraciones bi-quinario-vigesimales, aunque en algunas partes se las nota mezcladas. En su constitución fonética ocurre lo mismo que en las lenguas arawak; son, en su mayor parte, de sílabas simples.

Las tribus guaraní y tupí forman la gran familia tupí-guaraní o simplemente guaraní, otra de las mayores de la América del Sur, con más de sesenta lenguas y dialectos. Su área de dispersión no es menos grande ni menos enrevesada que la de las dos anteriores. Comprendía todo el Paraguay (sin el Chaco), las costas brasileñas casi desde la boca del Río de la Plata hasta el Amazonas, la mayor parte de las riberas de este río hasta lindar con las fronteras del Ecuador, la región del Xingú y del Tocantín y parte del oriente de Bolivia.

Las principales lenguas son: guaraní, tupí, cainguá, tupinaquín, tupinambá, tembé, oyampi, omagua, chiriguano, mundurucu, mahué, apiaca, parintintin, guarayo, etc. Junto con

ella se ponen otras lenguas de pueblos guaranizados, como los sirionós y los guayaquí. Son lenguas prefijadoras en la conjugación del verbo, pero sufijadoras en todo lo demás; su constitución silábica es de sílabas simples, aunque por la nasalización de muchos de sus sonidos se diferencian algo de las demás de este grupo; sus numeraciones están poco mezcladas y es general el sistema bi-quinario-vigesimal, frecuentemente reducido a quinario-vigesimal, y en la región del Paraguay se nota la supervivencia de un sistema de cuatro, sin números mayores.

Nos toca ahora hablar de una infinidad de pequeñas familias perdidas y entreveradas entre las tribus de las tres grandes familias que acabamos de tratar, y lo haremos siendo lo más breves posible.

Los guaraúno forman una familia cuya dispersión se limita al delta del Orinoco y territorio inmediato adyacente.

La familia timote que comprende muchos dialectos, pero una pequeña extensión geográfica, ocupa el estado de Mérida y parte del de Trujillo en Venezuela.

La familia xiraxara o jirajara ocupa un pequeño territorio situado al norte de la familia anterior.

Los yaruro viven en la hoya del Capanaparo, afluente izquierdo del Orinoco, de Venezuela.

La familia otomaca, que comprende una lengua y un dialecto, habita en una región situada al sur y al oeste de la anterior.

La familia guahibo, con varias lenguas y dialectos, se extiende al sur de las anteriores, en las riberas del río Meta.

La familia sáliva comprende las lenguas sáliva, piaroa y macu, sitas al sur de las anteriores. Son lenguas de sílabas simples, con la numeración muy entreverada, un predominio quinario-vigesimal y una influencia senaria que altera los números del siete al diez.

La familia shiriana o shirichana se encuentra en el Alto Orinoco, al sur de Venezuela. Las familias calina y auaque, pequeñísimas, viven al norte de los anteriores.

La familia puinave comprende a los puinave, con varios dialectos, que habitan en la hoya del Inirida, y a los maku, que vagan entre el Río Negro y el Yapura.

La familia maku se encuentra situada sobre el río Auarary, afluente izquierdo del alto Uraricuéra, brazo del río Branco.

La familia tucano o betoya se halla esparcida por la región sur de Colombia, comprende numerosas lenguas y dialectos y Rivet le adjunta la lengua Pasto, de la región sur andina de Colombia.

La familia yuri se extiende sobre el bajo Caquetá y el Putumayo.

La familia witoto comprende varios dialectos, y sus tribus se hallan sitas entre los ríos Caquetá y Putumayo, en su región media. Se trata de una lengua de sílabas simples.

La familia zaparo, que comprende cinco dialectos, se extiende por la región del oriente ecuatoriano, en la zona de los ríos Napo y Pastaza.

La familia xíbaro, jíbaro o shiwor, se extiende por el sur del oriente ecuatoriano; comprende varias lenguas y dialectos, y entre ellas se pone la lengua palta del sur de la región andina del Ecuador, cosa que no nos parece del todo aceptable. La familia chirino, muy pequeña, ocupaba una región sita al sur de los jívaros, ya en territorio peruano.

La familia kahuapana o maynas se extiende por las dos riberas del Alto Amazonas, un poco más arriba de Iquitos, en el Perú.

La familia cholona, que comprende el dialecto xibito, se extiende por la ribera izquierda del Huallaga. Su numeración tiene influencia quichua.

La familia pano es mucho mayor e importante. Geográficamente se halla dividida en tres grupos, el más importante de los cuales se extiende sobre la ribera sur del Amazonas y toda la región del Urubamba y el Yurua; el segundo ocupa la hoya del Inambari, y el tercero se halla sobre las riberas del Mamoré, del Beni y Madre de Dios.

Comprende numerosas lenguas, unas treinta y cinco, de las cuales son las principales las: mayoruna, catuquina, pano, sipibo, conibo, nana, atsahuaca, caxinahua, pacaguara, etc. El grupo tacana, vecino de ellos en la parte sur, según Rivet

tiene una gramática de tipo pano y un vocabulario arawak, y los clasifica entre estos últimos, pero más bien debe considerarse un grupo aparte o unido a los panos.

Algunas de estas lenguas, como el caxinahua y las lenguas tacana, son de sílabas simples; otras están mezcladas.

La familia amuesha se encuentra sobre todo en las fuentes del Palcazu, y según Tello sería una lengua arawak. No más grande es la familia tuyuneiri, sita sobre el Madre de Dios y su afluente el Inambari.

En la región central-sur del Amazonas, existen las pequeñas familias siguientes:

Familia mura, habitan en el curso inferior del Purus y parte del Amazonas. La familia katuquina ocupa un territorio bastante extenso, en la zona de los ríos Jurus y Purus, comprende varias lenguas y dialectos. La familia masubi, sita al este del Guaporé, su lengua es casi desconocida. La familia huari, se halla situada en la cordillera de Paressis.

La familia chapacura se extiende por la región de los ríos Beni, Guaporé y Madeira hasta cerca de su desembocadura; comprende numerosas lenguas y dialectos. La familia nambicuara, constituída por varios dialectos, se extiende por la zona sita entre el Juruena, afluente del Tapajoz, y el alto Guaporé.

Hacia el norte de Bolivia existen varias lenguas interesantes, ellas son:

La familia leco, que se extiende por el este del lago Titicaca, al pie de la Cordillera, su sistema de numeración parece presentar una forma andina antigua. La familia mosetén ocupa la región montañosa al este del Beni y de la familia anterior. La familia yuracare se extiende hacia el noroeste de Cochabamba. La familia movima, se extiende al norte de los mosetenen, en los llanos del oeste del Mamoré. La familia cayubaba se extiende al norte de los movimas, en la ribera occidental de Mamoré, poco antes de su confluencia con el Guaporé. La familia canichana se extiende en la ribera este del Mamoré, frente a los cayubabas. La familia itonama, se extiende también al este de la anterior.

Estas lenguas son muy interesantes, pero están poco estudiadas todavía. Sus numeraciones son pobre en general, pero se nota en toda la zona una fuerte influencia senaria y aun decimal.

La familia ge, kran o tapuya es otra de las mayores de América del Sur. Se extiende por toda la zona oriental del Brasil, desde el Xingú hacia el mar, al que no toca, interrumpido por la delgada línea de los tupí, y desde casi la boca del Amazonas hasta el alto Uruguay.

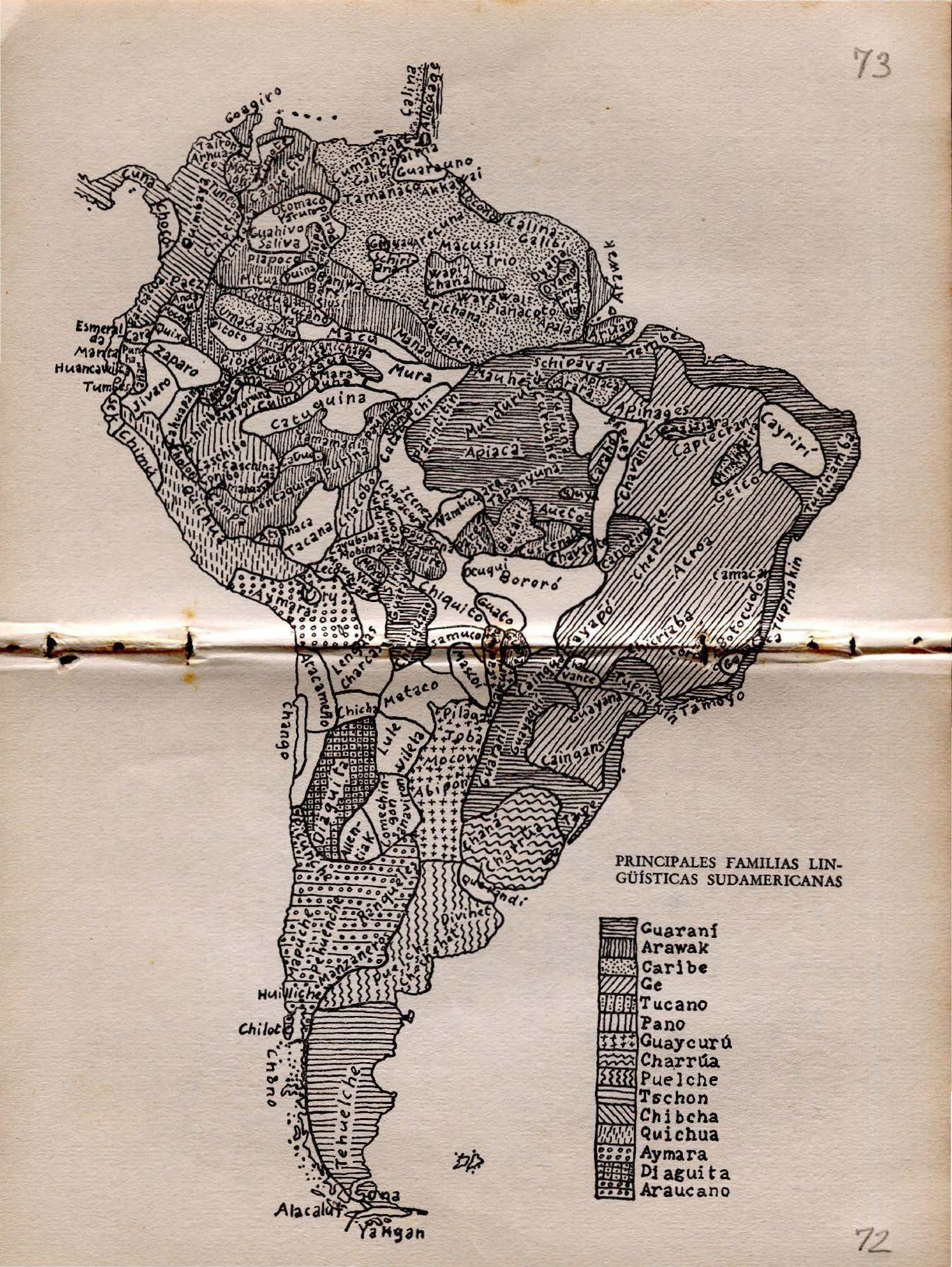
Comprende unas treinta y cinco lenguas y dialectos, de las cuales son las principales: caingans, came, savante, coroado, botocudo, cayapó, acroa, cherente, maxacara, chavante, apinages, sacamecran, etc. Estas lenguas corresponden a las capas más primitivas de América y sus numeraciones suelen ser binarias y aún faltar.

Modernamente existe la tendencia de dividir a esta familia en tres o cuatro distintas, separando del conjunto principal sobre todo las lenguas de más al este.

La familia carirí o cairiri ocupa un vasto territorio al este del río San Francisco, y comprende también a los sabuja del oeste de Bahía; su numeración es quinario-vigesimal.

La familia carajá se extiende a lo largo del río Araguaya, ensanchándose en el noroeste del mismo hasta llegar al Xingú. La familia bororó se extiende por la mayor parte del estado de Matto Groso, sur de Goya y oeste de Minas Geraes; comprende numerosas lenguas y dialectos, parte de los cuales están extinguidos.

La familia shavante, chavante u oti, se extendía por el oeste de San Paulo, en el curso inferior de los ríos Tiene y Paranapanéma. La familia guató ocupa una zona del Alto Paraguay, sita al sur de los anteriores, en la región de los lagos Uberabá y Guaiba. La familia chiquito se encuentra en el oriente de Bolivia, hacia el este de Santa Cruz; según los misioneros no tenían palabra alguna para contar, y en la actualidad cuentan en castellano.



PRINCIPALES FAMILIAS LINGÜÍSTICAS SUDAMERICANAS
Guaraní
Arawak
Caribe
Ge
Tucano
Pano
Guaycurú
Charrúa
Puelche
Tschon
Chibcha
Quichua
Aymara
Diaguita
Araucano
Goagiro
Cuna
Chocó
Paez
Esmeralda
Manta
Huancavilca
Tumbes
Jivaro
Zaparo
Chimú
Quichua
Aymara
Catuquina
Mura
Manao
Macussi
Trio
Calina
Calibi
Tamanaco
Cumanagoto
Guarauno
Apiaca
Mundurucú
Apinages
Capiecran
Cayriri
Acroa
Cherente
Bororó
Chiquito
Guató
Tacana
Tupinambá
Tupinakin
Tamoyo
Guayaná
Caingans
Chaná
Charrúa
Querandí
Mataco
Lule
Vilela
Toba
Mocoví
Abipón
Chicha
Chango
Diaguita
Pehuenche
Puelche
Tehuelche
Huilliche
Chilote
Chono
Alacaluf
Ona
Yahgan
73
72

Ya hemos entrado en territorio plenamente chaqueño, que termina hacia las pampas de Santa Fe, zona ocupada por numerosas naciones indígenas, algunas de las cuales han desaparecido.

La familia samuco se extiende por el Chaco septentrional, desde el Paraguay hasta el río Parapití; comprende varias lenguas y dialectos, entre las cuales citaremos las siguientes: chiracua, samuco, guarañoca, potatero y chamacoco. La familia mascoy o machicuy ocupa una larga banda de territorio al oeste del río Paraguay, hasta tocar la confluencia del Pilcomayo al sur; comprende las lenguas guana, sapuquí, sanapana, angaité y lengua.

La familia enimaga ocupa un pequeño territorio al suroeste de los mascoy (con anterioridad ocuparon el territorio argentino sito entre el Pilcomayo y el Bermejo).

La familia mataco-mataguaya forma un grupo compacto en el medio del Chaco, a ambos lados y en la zona media de los ríos Bermejo y Pilcomayo; comprende las lenguas y dialectos: mataguayo, vejoz, nocten, chorote, mataco, ashluslay, guisnai, malbala, hueshua. Son un tipo de lenguas prefijadoras, con numeración bi-quinaria en origen pero con infuencia vigesimal.

La familia guaycurú se extiende en la Argentina siempre al oeste del Paraná y ocupa todo el Chaco, desde Santa Fe hasta pasar un poco el Pilcomayo; más arriba se sitúa al este del río Paraguay y ocupa una extensa zona sobre este río y también en las fronteras del Brasil con el Paraguay. Su numeración es binaria, pero en varias tribus se ha transformado en biquinaria, y otras tienen una numeración de cuatro.

La familia querandí, adjuntada por Rivet a la guaycurú sin más motivo que simplificar el mapa, ha desaparecido sin dejarnos otro material que algunos nombres geográficos y apellidos de indios.

La familia charrúa también ha desaparecido, pero nos queda de ella algún material lingüístico. Se extendía por Entre Ríos, parte de Corrientes y de Río Grande y casi todo el Uruguay. Como principales lenguas comprendía: el charrúa, del que recientemente han aparecido dos pequeños vocabularios, el guenoa, el yaro, el chaná, bohane, mocoretá, timbú, mbeguá, etc.

La familia het, constituída no ha mucho por Lehmann Nitsche, comprende las lenguas chechehet, taluhet y diuhet, totalmente desaparecidas, habiéndonos quedado de ellas apenas una quincena de palabras. Ocupaban la mayor parte de la Pampa y la provincia de Buenos Aires.

No todos los autores aceptan la existencia de la familia citada anteriormente, por demás construída sobre bases muy débiles, y los que la niegan colocan sobre el territorio dicho a la familia siguiente:

La familia puelche, gennaken o kunnu, cuenta en la actualidad con unos pocos representantes que viven en el Río Negro (antes se extendían también por las pampas). Su numeración tiene influencias andinas y lo mismo lo poco que se conoce de su gramática. Son los antiguos pampas, de antes de la invasión araucana.

La familia chon, tschon, tehuelche o Patagona, se extiende por toda la Patagonia al sur del territorio de Río Negro, y comprende no sólo a los patagones o tehuelches, que hablan varios dialectos, sino también a los onas de Tierra del Fuego. Es una familia de índole prefijadora, con la numeración influída por las lenguas andinas, hecho que naturalmente no alcanza a la lengua ona de Tierra del Fuego, cuya separación del tehuelche debe remontarse a bastante antigüedad. En cuanto a la numeración tehuelche originaria, nos presenta el curioso sistema que hemos llamado biquinario-decimal de pares y que en América únicamente aparece en la zona patagónica y entre los shoshones y athabascas de América del Norte.

La familia alacaluf contiene varias lenguas casi todas desaparecidas, que se hablan y hablaban en los archipiélagos chilenos, desde Chiloé hasta el Estrecho de Magallanes. Y, por último, la familia Yahgan o Yamana, ocupaba la zona meridional de Tierra del Fuego, todo a lo largo de las costas y las islas que quedan al sur; comprende cuatro dialectos.

Esta larga enumeración de las familias lingüísticas americanas, muchas de ellas constituídas por una sola lengua aislada, era necesaria para abarcar en toda su amplitud el problema que se nos presenta en el estudio de la lingüística indígena. Hemos querido decir, siquiera, que existen cada una de estas familias lingüísticas, pero decirlo, y no ocultarlo bajo la forma de un esquema simplificado, en el que se dejan de anotar la existencia de la mayoría de estos grupos, so pretexto de que son pequeños y no tienen mayor importancia.

En esta descripción hemos seguido, principalmente, la lista de familias lingüísticas americanas que nos presenta el profesor Paul Rivet en su trabajo titulado *Lenguas americanas.*

CAPÍTULO VI

LENGUAS INDÍGENAS ARGENTINAS

El estudio de las lenguas aborígenes argentinas ha comenzado hace ya bastante tiempo y podemos decir con satisfacción que es el más adelantado del continente suramericano, pero ello no obsta para que todavía quede muchísimo por hacer. La prosecución de este estudio puede resolvernos una multitud de problemas, no sólo de la lingüística argentina y americana, sino también de las otras disciplinas afines, la etnografía y la antropología.

Hemos citado a Lafone Quevedo como al mayor lingüista que ha tenido la Argentina. Su labor se refirió casi exclusivamente al campo lingüístico de nuestro país. No hemos podido presentar, como habría sido nuestro deseo hacerlo, una clasificación general de las lenguas americanas según su sistema de clasificación pronominal, pero el estudio que hizo mediante él de las lenguas indígenas argentinas es extremadamente valioso y basta para darse cuenta del valor de ella en su aplicación continental.

Transcribiremos aquí un párrafo de Lafone Quevedo en donde éste nos describe con toda claridad las bases de su clasificación. Se halla en su trabajo *La raza pampeana y la raza guaraní,* que se verá en el índice bibliográfico para mayores datos, y que por su valor debería ser más conocido:

"Estudiando las lenguas de nuestro continente, me he fijado en que algunas sufijaban sus articulaciones pronominales y

que otras las prefijaban, es decir, que mientras unas dirían *mi-cabeza,* otras se expresarían así: *cabeza-mi.* La misma regla se observa en la flexión verbal, porque si unos conjugarían *am-o, am-as, am-a,* para otros sería *o-am, as-am a-am.*

"Establecida esta distinción, hallé que en la parte oriental de la América Meridional las lenguas son, por lo general, *prefijadoras,* mientras que las del Pacífico son, por el contrario, *sufijadoras.* Así el peruano diría:

> Uma-y: *cabeza-mía;*
> M'una-ni: *quier-o.*

mientras que para el guaraní sería:

> Che-r-acang: *mi cabeza:*
> A-mboé: *enseño* (*o-enseñ*).

"Los aymaráes, los araucanos y los allentiak observan la misma regla del peruano, y otro tanto puede decirse de los lules, de machoni y vilela-chulupíes, ese oasis lingüístico en medio de razas prefijadoras.

"El mecanismo del idioma guaraní se encuentra también en el chibcha, caribe, mojo, maipure, mataco-mataguayo, chiquito, chaco-guaycurú, chaná, patagón, etc., etc. Puede decirse que éste es el más general.

"En algunas lenguas se ha observado que se pueden combinar los dos mecanismos, como por ejemplo, en el mocoví, que en la segunda persona se vale de un recurso curioso. Supongamos que la voz que hay que poner en posesivo sea *cabeza* y el pronombre posesivo *tuya;* éste se descompone así: *tu-ya,* y se interpola la voz *cabeza,* quedando el tema nuevo de esta manera: *tu-cabeza-ya.*

"He creído notar también en el puelche-genaken cierta tendencia a sufijar estas partículas; esto puede resultar del contacto con el araucano."

La diferenciación es tan clara que no se necesita insistir en el tema; pero nosotros consideramos que toda diferenciación binaria es insuficiente en este campo. Es como si en la antropología argentina nos fijásemos únicamente en el índice cefálico, con lo cual reuniríamos en una misma raza a los fuéguidos, láguidos y pámpidos.

Tomemos, por ejemplo, la parte de la gramática que en castellano llamamos *preposición:* en quichua tendríamos que llamarla *postposición,* pues dado el carácter exclusivamente sufijador de esta lengua ello es puesto en forma de sufijos. Vayamos ahora a la lengua guaraní, en ella nos hallamos con que las preposiciones son también postposiciones como en el quichua, en tanto que varias lenguas del Chaco admiten la preposición propiamente dicha, lo mismo que el araucano.

Como no podemos juntar el guaraní al quichua, dada la primera y fundamental diferencia, y tampoco podemos seguir considerándola como una lengua exclusivamente prefijadora, hemos de considerarla como perteneciente a un tercer grupo, lo cual en principio concordaría por completo con la subdivisión actual de las razas y las culturas suramericanas.

Pero no hay tal. No nos apresuremos a generalizar y a suponer que todas las lenguas amazónicas tienen ese mismo sistema gramatical que advertimos en el guaraní; no lo tienen, y tampoco se puede, por esta sola y única diferencia que observamos hasta el momento en una lengua, establecer una diferencia absoluta. Fijarémonos si se nos presentan otras, y efectivamente las hay, nos referiremos únicamente a la diferencia fonética, el guaraní sólo admite sonidos de *consonante-vocal,* las otras lenguas prefijadoras de la Argentina admiten sonidos de *consonante-vocal, consonante-vocal-consonante* y *vocal-consonante.* Esto nos presenta una diferencia mucho más importante, que se suma a la anterior para diferenciar el tipo de las lenguas guaraníes de las otras prefijadoras de la Argentina.

Nos haría falta, entonces, hacer una revisión completa, no solamente de las lenguas indígenas argentinas sino de las de todo el continente, como asimismo de las particularidades gramaticales y fonéticas que presentan las lenguas que estudiamos, y recién después de tal revisión sería factible proceder a nuevas agrupaciones y a denominarlas.

Otra particularidad importante se presenta en las lenguas del sur argentino y chileno: el araucano, el tehuelche y el yahgan, tienen lo que se llama un *dual,* es decir, una palabra

o partícula que en la conjugación del verbo, en los pronombres, etc., permite decir "nosotros *dos* amamos", por ejemplo. Este hecho es interesante ya que nos presenta una forma similar en lenguas fundamentalmente distintas, sufijadora una como el araucano y prefijadora las demás.

Es difícil admitir que unas y otras se hayan influenciado hasta el punto de prestarse esta característica, porque las relaciones tendrían que haber sido muy intensas y ello no se advierte. En consecuencia es muy difícil, por no decir imposible, que el araucano haya tomado el dual de sus vecinos, y también es difícil que haya sucedido lo inverso pues en este caso tendrían que advertirse mayores influencias araucanas en las otras lenguas.

Nos queda, sin embargo, otro camino de interpretación, y es que en la zona en que se habla actualmente el araucano han existido antes otras lenguas, las cuales probablemente han tenido también el dual y por ese camino las lenguas australes pueden haberlo recibido y difundido, junto con un caudal importante de las particularidades y vocabulario de esas lenguas, caudal que no podemos investigar pues todo rastro de estas lenguas pre-araucanas ha desaparecido. Con ello llegamos a un punto muerto.

Es conveniente recordar que no sólo hay influencias andinas en la Tierra del Fuego (la honda, la cestería, etc.) sino que también los pueblos que allí habitan seguramente debieron habitar antes en las costas chilenas de más arriba y que, sin duda, han tenido contacto con los primitivos agricultores andinos (la honda es propia de los agricultores más antiguos).

Lo único que nos queda por decir, como conclusión, es que el dual en el resto del mundo se presenta preferentemente unido con las lenguas sufijadoras en la conjugación del verbo pero que admiten prefijos, como el araucano, en tanto que es mucho más raro en las lenguas prefijadoras y falta por completo en las lenguas que sólo admiten sufijos, como el quichua.

Lo último que acabamos de decir nos lleva a observar otra diferencia importante: lo mismo que hemos partido en dos al grupo prefijador de Lafone Quevedo, tenemos que partir también a su grupo sufijador, y aún en este caso el hecho se presenta más claramente marcado.

El araucano no sólo admite prefijos en los casos de preposiciones, sino que inclusive los pronombres posesivos se colocan prefijados y lo mismo ocurre con el allentiak. Por ejemplo, el araucano dice: *ñi-lonco*, mi cabeza, siendo *lonco* cabeza; el quichua, ya hemos dicho, dice *uma-y*, por lo mismo, siendo *uma* cabeza.

La diferenciación ya es completa; no se observa aquí una diferencia fonética como en el caso del guaraní, pero el hecho de una sufijación absoluta de todas las partículas como se observa en el quichua, y una sufijación parcial como la del araucano, nos da motivo más que suficiente para separarlas en dos grupos distintos.

No se trata, queremos hacerlo notar bien, de simples subdivisiones dentro de los grandes grupos, quedando éstos intactos, sino de la constitución de nuevos grandes grupos, totalmente independientes entre sí, y para los cuales hay que crear nuevas denominaciones.

Un hecho importante, que se relacionaría con varios elementos culturales que hallamos entre los araucanos, es que los detalles gramaticales que hemos expuesto y que se hallan en esta lengua, o sea la sufijación de la conjugación verbal, la admisión de prefijos y el dual, se hallan igualmente presentes en el esquimal.

Lafone Quevedo nos ofrece otra observación importante, que tal vez pueda servirnos para agrupar un grupo menor dentro del conjunto de las lenguas suramericanas, publicada en el mismo trabajo citado y a continuación de lo transcripto:

"Además de la clasificación de nuestras lenguas en sufijadoras y prefijadoras, cabe otra igualmente sencilla, y es en grupos *uniformes* y *multiformes* en su articulación pronominal.

"El grupo *uniforme* es aquél que, como el español, etc.,

tienen una sola serie de pronombres personales y posesivos: ex. gr.: *mi casa, tu casa,* etc. En este grupo debemos incluir las siguientes lenguas:

Quichua	Chaná
Aymara	Mataca (?)
Araucana	Caingangue
Allentiak	Guaná-Kinikinao
Atacameña	Lule de Machoni
Tehuelche	Vilela-Chulupí
Puelche	Guaraní
Yahgan	

"El grupo *multiforme,* a la inversa, es rico y variado en series de articulaciones pronominales, e incluye todas las lenguas de tipo chaco-guaycurú, a saber:

Toba	Payagua
Mocoví	Mbayá-Guaycurú
Abipón	etc.
Mataco (?)	Caingangue (?)

"El mero hecho de que estas lenguas sean multiformes en medio de otras en que resalta la uniformidad, es en sí un argumento en favor de la diferencia de la raza y lengua; y yo me inclino a creer que esta complicación gramatical resulta de la mezcla o hibridación.

"Hasta aquí, los ejemplos más conocidos del grupo multiforme son:

La familia Chaco-Guaycurú
" " Chiquitana
" " Kirirí del Brasil.

"Sería prematuro pretender atribuir cada una de las series multiformes de articulaciones pronominales a su lengua de origen; pero desde ya puede asegurarse que entre las del grupo chaco-guaycurú se distinguen muchas que tienen su razón de ser en las que están en uso por las naciones o lenguas limítrofes."

La última observación de Lafone Quevedo, o sea que esta multiplicidad de pronombres proviene de una mezcla con las

lenguas vecinas, nos parece un tanto discutible; tal vez el problema se pueda interpretar más bien como representando una clasificación pronominal de las cosas. El hecho más importante que observamos en contra de la tesis de la mezcla, es que esta forma multiforme no se presenta precisamente en los lugares en que mayores mezclas ha habido, en la región de la América Central, por ejemplo, en donde varias veces hemos tenido que señalar manifiestas mezclas, sino en regiones algo apartadas, que conservan formas culturales bastante primitivas, por más que los chiquitos se hayan adaptado a la cultura del arco norte-amazónica.

Kirirí, chiquitos y guaycurú son pueblos de cultura relativamente baja, dejando de lado las intromisiones posteriores que hayan tenido, y no es imposible que en algún momento lejano hayan tenido relaciones mucho mayores que las que nos presentan hoy a primera vista. Lafone Quevedo ha publicado un valioso trabajo relacionando a la familia lingüística chiquito con la guaycurú, pero es un trabajo escasamente conocido y muy poco tomado en cuenta.

Para la región de la zona andina argentina tenemos más de un problema grave e insoluble, por la pérdida total del material que existía cuando la conquista. Pero dentro de estos problemas hay varios que se solucionan solos en el estado actual del estudio de la lingüística indígena argentina, y sin embargo siguen preocupando a no pocos aficionados y aun a algunos investigadores serios.

Tenemos en primer lugar el problema de la lengua quichua en la Argentina. En un principio se creía que la lengua kakana era un simple dialecto del quichua, y que por lo tanto éste se había hablado originariamente (antes de la conquista incaica), en la mayor parte del territorio del noroeste argentino; pero Lafone Quevedo demostró que se trataba de una lengua completamente distinta, y desde entonces se la consideró como familia aparte. De ella nos quedan sólo algunas pocas palabras dudosas.

Sin embargo, el quichua sigue figurando como lengua originariamente argentina por ocupar supuestamente una pequeña región del norte de Jujuy y Salta. Además no faltan investi-

gadores que quieren relacionar las pocas palabras que conocemos del kakán con el quichua, pretendiendo que si bien no es la misma lengua, es una forma derivada que pertenece a la misma familia. Los que no creen en esto suelen suponer que se trata de un derivado del aymará.

Pasemos por un momento a territorio boliviano, la región del centro y sur de este país, en donde hoy se habla el quichua. ¿Se hablaba originariamente el quichua en esta región? Nadie parece haberlo puesto en duda, pero ninguno de los cronistas nos lo dice, y en cambio encontramos la afirmación indirectamente contraria en Garcilaso, quien, hablando de las conquistas de Cápac Yupanqui, nos dice: "De Chayanta salió el Inca, y habiendo dejado en ella la gente de guarnición, y los ministros necesarios para su idolatría, y para su hacienda; y fué a otras provincias, que hay en aquella comarca, que llaman Charca, debajo de este nombre se encierran *muchas provincias de diferentes naciones, y lenguas,* y todas ellas son del districto Collasuyu. Las más principales son Tutura, Sipisipi, Chaqui, y al levante destas, que es hacia los Antis, hay otras provincias, que llaman Chamoru (en la cual también se cría la yerba, que llaman cuca, aunque no tan buena como la del Término del Cozco) y otra provincia llamada Sacaca, y otras muchas que se dejan, por escusar prolijidad; a las cuales envió el Inca los apercibimientos acostumbrados", etc. (página 95, de la edición de Madrid, 1723).

Más adelante, hablando de Inca Roca y sus conquistas en Cochabamba, después de sus conquistas en Chuncuri, Pucuna y Muyumuyu, nos repite la misma afirmación: "El cual, habiendo proveído los ministros necesarios, pasó adelante a reducir las demás provincias cercanas, que son, Misqui, Sacaca, Machaca y otras, que hay hasta Chuquisaca, que es la que ahora llaman la Ciudad de la Plata. Todas son del apellido Charca, aunque de diferentes naciones y de *diferentes lenguajes.*" (Páginas 123-4.)

Aquí no se cita para nada al quichua y en cambio aparecen otras muchas lenguas, que no sabemos cuáles han sido, pero lo que sí resulta claro es que el quichua no se hablaba en ninguna de estas provincias y que recién fué expandido con la conquista incaica.

No sabemos cuáles eran estas lenguas bolivianas que han

desaparecido, pero para las regiones de más abajo y ya al finalizar el territorio Charca tenemos la lengua cunza o atacameña; también encontramos en los cronistas datos vagos sobre *una lengua chicha,* la cual se ha pretendido, por algunos, ser el quichua; Lafone Quevedo mismo lo creyó, pero hoy hay más informaciones que nos permiten afirmar lo contrario; además en la región en donde ella se habría hablado hay numerosos nombres geográficos que no se pueden traducir mediante el quichua y menos por el aymara.

Nos hallamos, por lo tanto, frente a otra lengua distinta, y lo que es de gran importancia, que cierra el paso al pretendido quichua del norte argentino, ya que se tocaría en gran parte de su extensión con el atacameño. Y agregando a ello las otras lenguas perdidas de Bolivia, que muy probablemente no formaban una sola familia (los restos arqueológicos nos muestran culturas fundamentalmente diversas), tenemos por resultado que hay que hacerlas figurar en el mapa sacando al quichua de toda la región, y sustituyéndolo con el rótulo de "lengua chicha" en la zona sur y "lenguas charcas perdidas" en toda la zona intermedia hasta llegar al aymara.

La lengua kakán es más probable que estuviera relacionada con alguna de las desaparecidas, y no con el quichua o el aymara, que quedan, según acabamos de anotar, separadas por una gran distancia geográfica, además de hablarse otras lenguas en los espacios intermedios. Creemos que, al menos, en esta forma queda claramente solucionado un problema: la lengua kakana no era ni quichua ni aymara en su origen.

Con eso no concluyen los problemas de la región Andina de la Argentina. Hemos de considerar otras cosas. Por ejemplo: los restos arqueológicos de la cultura Humahuaca (en donde no pudo, después de lo dicho está claro, haberse hablado originariamente ni el quichua ni el aymara) se nos presentan como completamente distintos de los de los diaguitas y calchaquíes, eran otro pueblo. ¿Qué lengua hablaba ese pueblo? No lo sabemos, pero es evidente que ha debido tener una lengua propia y que ésta ha desaparecido.

Lo mismo pasa con el conjunto diaguita-calchaquí. Cuando la conquista parece evidente que todos hablaban una misma

lengua, la kakana, pero ¿desde cuándo ocurría tal cosa? Creemos que desde antes de la conquista incaica, pero ha debido haber un momento en que ello no sucedía. Los restos arqueológicos nos muestran que en esta región existían cuatro pueblos distintos, al menos, unificados al parecer por los calchaquíes en un habla común y una cultura más uniforme, pero en su origen han tenido que hablar lenguas distintas, alguna de las cuales acaso pudo conservarse hasta épocas más recientes al lado del kakán. El tan vago capayán, ¿era efectivamente un dialecto kakán o una lengua distinta en vías de desaparecer?

Otro problema largamente debatido tenemos con el tonocoté. Casi mejor diríamos con la obra que escribió el P. Machoni y que denominó *Arte y vocabulario de la lengua lule y tonocoté*. Como bien sabemos la lengua lule era una y la tonocoté otra bien distinta; entonces se nos presenta el problema de averiguar cuál de estas lenguas es la que trató Machoni, tarea al parecer difícil por cuanto esta obra es todo lo que tenemos de ambas lenguas, falta todo otro material con el cual compararla y resolver la cuestión.

A nuestro modo de ver es lo más probable que se trate de la lengua tonocoté. Para llegar a esta conclusión nos fijamos simplemente en que se trata de una lengua sufijadora, estilo propio de los pueblos andinos agricultores, y no cazadores como los del Chaco; y los tonocotés no cabe duda de que eran un pueblo agricultor y sedentario, al revés de los lules que en los cronistas se presentan como nómadas. Según Serrano los tonocotés no ocuparían el lugar que generalmente se les supone, en Santiago del Estero, sino que habitarían más al norte en las fronteras del Chaco salteño. Ello es muy probable, pero este asunto está fuera de nuestro tema. Lo que está fuera de duda es que la lengua de que trató Machoni, por la sufijación que presenta y por las palabras que allí figuran, es de un pueblo de agricultores, y los tonocotés lo eran y los lules no.

A las mismas conclusiones que nosotros llegó Lafone Quevedo. En un principio había creído que se trataba del lule, a pesar de ser una lengua sufijadora, pero posteriormente se rectificó, ante la aparición de nuevos documentos, y dijo que no cabía duda de que era el tonocoté y que consideraba definitivamente resuelta la cuestión. Sin embargo, casi todos los autores actuales siguen considerándola como la lengua lule y, lo que no nos parece muy bien, citando en su favor los primeros trabajos de Lafone Quevedo, y olvidando su rectificación posterior.

Hay todavía un punto que no está claro: el del nomadismo de los lules. Este hecho, repetido por todos, puede ser un simple resultado de que los españoles los conocieron principalmente a través de sus excursiones guerreras; pero la verdad es que también nos dicen que tenían poblados permanentes, con postes totémicos, que cazaban cabezas, etc., y ello denota una cultura más elevada que la de los pueblos propiamente chaqueños. Pueden, entonces, haber sido también agricultores en origen y haberse adaptado a una vida más guerrera. En ese caso quedaría de nuevo abierta la cuestión.

En cuanto a la lengua vilela, se trata también de una lengua sufijadora y por lo tanto andina, pese a lo cual se la sigue considerando como una lengua chaqueña, cuando las lenguas del Chaco son todas prefijadoras. Sus verdaderas afinidades con el tonocoté hasta el momento no son más que supuestas, no habiendo ningún trabajo definitivo que las confirme o rechace. Muy poco material tenemos sobre el vilela, a pesar de ser una lengua que todavía se habla.

Las formas de numeración tanto de la lengua tonocoté como del vilela no son andinas, salvo algunos rastros en el tonocoté. Son formas quinario-vigesimales originarias de la Amazonia, pero ampliamente difundidas en la región del Chaco, también mezcladas con la forma cuaternaria chaqueña. Por todo lo cual creemos, y ello explicaría el nombre de lule-tonocoté dado por Machoni a la lengua, que puede tratarse de la lengua tonocoté hablada por un grupo de lules que habría conservado algunas particularidades de su lengua anterior. El caso del vilela sería semejante: un pueblo andino mezclado con los chaqueños, o viceversa un pueblo chaqueño que habría adoptado una lengua andina, a la vez que conservado algunos de sus elementos anteriores.

De las lenguas de Córdoba, el comechingón y el sanavirón, no nos quedan más que unas pocas palabras, insuficientes para clasificarlas en el grupo sufijador o prefijador. Lafone Quevedo las consideraba, lo mismo que al kakán prefijadoras, cosa con la cual no estamos de acuerdo por tratarse de pueblos culturalmente

andinos, pero nos faltan elementos para fundamentar lingüísticamente nuestra opinión. La única lengua prefijadora que encontramos en la zona andina es el atacameño, o cunza, a pesar de lo cual su numeración es senario-decimal, o sea puramente andina.

Capítulo VII

LOS IDIOMAS DE LAS CULTURAS MÁS ELEVADAS

Los idiomas de las culturas indígenas más elevadas, como ser el azteca, el tarasco, el maya, el quiché, el zapoteca, el chibcha, el yunca, el quichua y el aymara, ofrecen una rara disparidad entre sí en sus características gramaticales, evidenciando con ello su varia procedencia en diversas capas de cultura. No es una sola capa de cultura y lenguas la que se esparce difundiendo uniformemente sus características, sino que en gran parte ocurre que culturas anteriores se asimilan a esa cultura superior en proceso de difusión, conservando sus lenguas originarias, y difundiéndose a su vez con toda la fuerza expansiva de la nueva y más elevada cultura.

Hallamos así que el tarasco, el zapoteca, las lenguas mayas en mezcla, el yunca, el quichua y el aymara, son lenguas sufijadoras, en tanto que el azteca, las lenguas mayas en mezcla y el chibcha, son lenguas prefijadoras. La diferencia es completa y cabe la pregunta siguiente: ¿qué tipo de lenguas trajo la cultura de Estado a América? Difícil es contestar a ello todavía y aún es probable que en el lugar de origen se haya producido el mismo proceso que en América, es decir, que tanto uno como otro tipo estuviesen representados en la región de Oceanía de donde se produjeron las migraciones hacia América, viniendo por consiguiente los dos tipos con una misma cultura. Pero a pesar de lo dicho, se advierte ya el hecho de que los pueblos que hablaban lenguas prefijadoras son los que han tenido el papel principal, y entre ellos se destacan pueblos

americanos de evidente filiación austroasiática en sus numerales. Los pueblos austroasiáticos son todos de lengua prefijadora.

Un elemento lingüístico que podemos referir con bastante seguridad a la cultura de Estado es el que se refiere a los numerativos, presentes en la América Central, la Columbia inglesa y Micronesia. Está además en las lenguas malayo-polinesias; pero en forma mucho menos intensiva y clasificatoria. Este elemento lingüístico lo reconocemos como uno de los últimos que ha llegado a América procedente de afuera, en lo que se refiere a la lingüística y en forma intensa, pues también son probables pequeñas emigraciones de polinesios, absorbidos por la masa de las poblaciones anteriores, según resultaría de las comparaciones de Imbelloni.

Aun así resulta que no todas las lenguas citadas y que indudablemente pertenecen a pueblos de cultura de Estado, poseen esta característica tan particular de los numerativos, faltan por completo en la lengua quichua y en el aymara aparecen dos especies de ellos, no muy claros, y sólo en los dos primeros numerales. En principio no podemos considerarlos como numerativos a estos dos del aymara. Por el contrario, están intensamente representados en la lengua yunca, el maya y el azteca.

En las lenguas del grupo chibcha generalmente también se hallan presentes; pero nos presentan formas más primitivas con un número de ellos bastante reducido, a veces sólo dos, en tanto que el maya tiene más de ochenta. También algunas lenguas de la corriente que baja de Colombia hacia el sur, por el Alto Amazonas, presentan algunos numerativos, tal vez tomados en época relativamente reciente por su primitivo contacto con las lenguas chibchas.

Si dejando estas diferencias de lado pretendemos buscar algún resto de unidad mediante otros elementos lingüísticos, nos hallamos en el mismo caso: no los hay (la unidad entre el total de las lenguas de cultura que tratamos). Fijémonos por un momento en la constitución silábica de las lenguas citadas: todas ellas, con la sola excepción de la lengua zapoteca, nos presentan sílabas de las tres clases que hemos citado en otro lugar, excluyendo los diptongos y triptongos.

El caso del zapoteca se nos presenta curioso por su anormal diferencia con las demás lenguas. En general las lenguas de su tipo se nos presentan en América con una cultura bastante menos elevada; los pueblos de la corriente que sale de Colombia hacia el sur son todos agricultores y, aunque en algunas descripciones se nos aparecen como de tipo muy inferior, es evidente que su agricultura está bien desarrollada, y en organización social se encuentran formas estatales primitivas de un cariz patriarcal. Su equivalencia serían los agricultores colombianos, fuera del área propiamente chibcha o muisca. Los amazónicos de las tres grandes familias, caribes, arawaks y guaraníes, presentan un grado de desarrollo un tanto mayor.

Considerando la cuestión desde este punto de vista, se nos presenta como lo más probable que la lengua zapoteca ha pertenecido primitivamente a una capa cultural anterior a la cultura de Estado en tierras americanas, aunque también procedente de Oceanía, y que en fecha posterior se ha asimilado a esa cultura, elevándose así y diferenciándose a la vez de sus semejantes. Con todo no hay que excluir por completo que ella ha podido permanecer en Oceanía hasta una época más reciente, y llegar a América ya con la cultura de Estado en pleno desarrollo.

Con la lengua tarasca, sufijadora y con numeración senario-decimal vigesimalizada por los números más altos, hasta el punto de tener un ocho mil simple, ha debido ocurrir algo semejante, es decir, ella ha pertenecido a otra capa anterior de la cultura andina, y posteriormente se ha asimilado a la cultura de Estado.

En el caso de la lengua azteca el problema se nos presenta mucho más simple y fácil de interpretar: ya hemos dicho que pertenece a una gran familia lingüística, cuyos representantes más primitivos se encuentran hacia el norte, en la región de las Montañas Rocosas de los Estados Unidos. Éstas son todas lenguas prefijadoras y con un sistema numeral bi-quinario-decimal de pares, pero ya en la zona sonoriana se encuentra la forma vigesimal, que al sobreponerse a la anterior forma combinaciones típicas bi-quinario-vigesimales, que con gran frecuencia se reducen a quinario-vigesimales por reducción de los primeros numerales. Hacia la región de Sonora se nota tam-

bién la transformación de la cultura, pues aparece el cultivo de la tierra, posiblemente por obra de la sobreposición de invasores de tipo shoshon sobre pueblos agricultores de tipo primitivo. La presencia de las numeraciones vigesimales nos indica que ellos eran de tipo amazónico, cosa que también se halla confirmado por la presencia de varios elementos de cultura.

La historia nos relata las invasiones de los pueblos nahuas sobre la región de la meseta de Anahuac, centro en donde ya se hallaba en pleno desarrollo la cultura de Estado por más que la historia calle esto último y nos pretenda hacer creer que la cultura de Estado se desarrolló primeramente con los primeros invasores, cosa desmentida por el testimonio arqueológico. Los nahuas invasores se habrían asimilado a la cultura de Estado, adquiriendo algunas de sus particularidades gramaticales y numerales, y presentándosenos finalmente como parte por completo integrante de esa cultura.

No es fácil el problema de las lenguas mayas, que según dijimos se presentan mezcladas, aunque sus formas predominantes son prefijadoras. En los restos en mezcla sufijadores que en ellas aparecen reconocemos una capa andina antigua, pre-estatal, si es que fueron originariamente, como parece, lenguas sufijadoras con prefijos en las preposiciones.

Las lenguas prefijadoras que dominan en la mezcla de las lenguas mayas son de un tipo que se ha esparcido en la América Central en épocas más recientes. En sus numerales aparecen con claridad las raíces de los numerales austroasiáticos, aunque la transformación que ellos han tenido es muy intensa y los números se han simplificado hasta el diez. La existencia de altos numerales, hasta el ocho mil (20 x 20 x 20), nos indica influencias aún más recientes de las que aparecen en los otros lugares en donde existen numeraciones vigesimales.

El problema maya, por lo tanto, se nos presenta como bastante complejo, pero sin duda su estudio ha de ser uno de los que mayor luz nos proyecta sobre las características de las lenguas de la cultura de Estado en América. Su relación con las lenguas austroasiáticas se presenta firme, y sin duda ese ha de ser el camino que nos lleve a su completo esclarecimiento.

La familia lingüística chibcha se nos presenta también como un problema interesante y valioso de resolver. Las lenguas pertenecientes a ella, cuya gramática hemos tenido oportunidad de revisar, nos la presentan como lenguas prefijadoras de un tipo que por varias características se diferencia de las lenguas prefijadoras primitivas, del Chaco por ejemplo, y no menos del guaraní porque se trata de lenguas con sílabas complejas. Mayores relaciones parecen tener con las lenguas mayas, pero antes de empezar las comparaciones entre estas familias es conveniente fijar bien las características de cada grupo.

El conjunto chibcha es posible que presente algunas lenguas chibchazadas, ya que en algunas de ellas aparecen restos de sufijación y también numeraciones senarias mezcladas con las formas vigesimales.

No cabe duda que su expansión por los sitios que actualmente ocupan se ha realizado en época relativamente reciente pues, como ya hemos dicho, han partido de otras capas lingüísticas anteriores, entre ellas la de las lenguas sufijadoras y la de las lenguas de sílabas simples; pero por el momento nos faltan elementos de juicio para ahondar este problema.

En la zona panameña y costarriquense las lenguas pertenecientes a esta familia se presentan con la numeración en un estado primitivo de decimalización, algunas todavía se hallan en la etapa senaria pero otras entran ya de lleno en lo que podemos llamar decimalización. En cambio, en la zona central de Colombia la decimalización es un tanto más intensa, y en este estado de decimalización, pero conservando la forma vigesimal para los números sobre el veinte, se encuentra la lengua chibcha propiamente dicha o muisca. El nueve por lo general se hace por resta (diez menos uno). Finalmente en la zona sur de Colombia aparecen las formas más primitivas, en las cuales se observa claramente la forma bi-quinario-vigesimal, que ha debido ser la primitiva de todas las lenguas.

En las numeraciones chibchas más que en ninguna otra parte de América, se nota el origen austroasiático, ya que las palabras se hallan casi inalteradas y son fácilmente relacionables con los restos austroasiáticos que nos quedan en el sur de la Melanesia. Igualmente se nota que sobre las formas primitivas de estos numerales se han ido acumulando nuevas invasiones oceánicas que traían los mismos numerales en un

estado de mayor desarrollo y ya casi decimalizados, hasta el punto que algunas palabras de las que han debido llegar últimamente ya no pueden ser consideradas como austroasiáticas, sino que son malayo-polinesias primitivas; tal pasa con el nueve en la lengua koggaba que es en su totalidad de este origen.

En cambio, y de manera casi inexplicable, faltan en estas lenguas los más altos numerales, ya que apenas en algunas de ellas se encuentra un cien simple, que parece un derivado del diez; el mil no existe en ninguna de ellas ni tampoco formas de altos numerales correspondientes a las formas vigesimales, por ejemplo un cuatrocientos.

La lengua yunca también es singularmente interesante por sus caractarísticas y por el aislamiento en que se halla, a pesar de que se ha querido relacionarla con la familia chibcha, cosa con la que no estamos de acuerdo en absoluto. Se trata de una lengua sufijadora, aunque la conjugación del verbo auxiliar *ser* se hace con los pronombres personales dispuestos como prefijos separados y conservando inalterado el verbo; todos los demás verbos se hacen con sufijos y la numeración es decimal pura, cosa relativamente rara en América, con la particularidad de tener un doble diez (*napong* y *nasson*), el primero de los cuales sirve para contar las frutas y lo que sirve de intercambio, así como los días, y el segundo para contar los seres animados, sean racionales o no.

Tiene también numerosos numerativos que sirven para contar las diversas cosas y que, según parece, se aplican a uno u otro de estos diez según el caso, además de los otros números. Los números cien y mil están constituídos por palabras simples.

El origen de esta lengua no es fácil de rastrear; la presencia de los numerativos en ella nos señala de antemano la América Central, pero no podemos avanzar más. En todo caso sus características sufijadoras la apartan por completo tanto de las mayas prefijadoras como de las chibchas, y tal vez hubiera que rastrear más en las pequeñas lenguas sufijadoras que quedan en diversos sitios de aquella región.

Para las lenguas quichua y aymara el problema se nos presenta no menos complejo y difícil de solucionar. Las comparaciones hechas por Imbelloni y su escuela con el Polinesio prueban que, a lo más, algunas palabras del quichua son de origen polinesio, pero ello no nos aclara el origen mismo de la lengua, que naturalmente no puede ser polinesia en su totalidad.

El quichua es una lengua sufijadora que no admite prefijos de ninguna clase. Aunque el adjetivo se antepone, no se suelda nunca y siempre está constituído por una palabra entera y no por una partícula. Su numeración es decimal pura, al menos tal como se nos presenta hoy en todos sus dialectos; no tiene numerativos de ninguna clase, ni tampoco otro estilo de partículas clasificatorias. Tiene palabras simples para designar los números cien, mil y diez mil (respectivamente *pachac*, *huaranca* y *hunu*); este último numeral se ha perdido entre los indígenas actuales, que dicen *chunca huaranca* (*chunca*, diez) en vez de *hunu*, y, a pesar de que en las primeras gramáticas que se compusieron del idioma está bien traducido, y lo mismo que en las relaciones de los cronistas, en la mayoría de las gramáticas actuales se ha traducido como significando "un millón", cosa totalmente falsa. *Hunu* era el numeral más alto que tenían los Incas y equivale al *miria* griego.

El dialecto más primitivo de esta lengua es el de chinchaysuyu, y es indudable, según las relaciones de los cronistas, que allí se hablaba el quichua desde antes de la conquista incaica, pero desgraciadamente este dialecto está muy poco estudiado todavía y sólo tenemos de él unos fragmentos de gramática, además del vocabulario que, podemos decir, es bastante completo.

La lengua aymara comprende varios dialectos muy poco estudiados hasta el momento, por ejemplo, en Soropalca, en el departamento de Potosí, se habla un aymara bastante diferenciado, además de estar algo mezclado con el quichua, pero estuvimos sólo unos momentos en el lugar, de paso en viaje de camión, y nos faltó tiempo para recoger un vocabulario.

El aymara de la zona de La Paz y de Puno está muy mezclado con el quichua, y lo mismo el quichua del Cuzco con el aymara; pero es más lo que ha tomado el aymara que lo que ha dado. Se trata de una lengua sufijadora que pospone las

preposiciones, como el quichua, pero el verbo *ser* se hace como en algunas lenguas prefijadoras directamente con el pronombre personal, agregándole una partícula, por más que hoy utiliza preferentemente el verbo *ser* quichua. Su numeración es senario-decimal, con varios numerales tomados del quichua, lo mismo que los numeros cien y mil (*pataca* y *huaranca*); pero también tiene una palabra simple para el mil, *hachu,* que hoy ha caído en desuso completamente distinta de la quichua. En época antigua usaron igualmente el número simple quichua para expresar el diez mil.

Presenta, además, una particularidad que nos hace recordar a las lenguas de sílabas simples, y es que a todas las palabras que ha tomado del quichua o del castellano y que terminan en consonante, les ha agregado una vocal, las más de las veces una *a* o una *i;* por ejemplo, de papel, del castellano, hacen *papela,* de Dios, *Diosa;* de *cuntur* (cóndor), quichua, hacen *cunturi;* de *huaman* (alcón), *mamani;* de *pachac* (cien), *pataca,* etc. En las palabras propiamente aymaras no hay ninguna que acabe en consonante.

El origen de estas palabras es difícil de determinar, lo mismo que sus reales afinidades entre sí; pueden haber llegado a la América del Sur por el mismo camino que el yunca y anticipándosele, y también pueden ser lenguas pertenecientes a capas culturales anteriores, elevadas por influencias llegadas de Centroamérica.

Capítulo VIII

SISTEMAS INDÍGENAS DE NUMERACIÓN

El campo de investigación que ofrecen los sistemas de numeración empleados por los pueblos aborígenes americanos es amplio; más aun que el que presenta el antiguo continente en su conjunto, porque en el área americana se hallan todas las formas de numeración existentes en el resto del mundo y, al mismo tiempo, sus derivaciones.

Ello nos permite una clasificación relativamente sencilla de las lenguas americanas en capas de cultura, pero dista mucho de ser completa y satisfactoria, pues dado el carácter propio de los sistemas de numeración son fáciles de difundir por lenguas vecinas, pertenecientes a capas de cultura más primitivas, independientemente de los restantes elementos lingüísticos y culturales, falseando por consiguiente la realidad total del mapa.

Todo esto no quiere decir que debemos dejar de lado en nuestras investigaciones esta parte de la lingüística; al contrario, tomándola con la debida cautela, es una guía valiosa que nos permite una serie de comparaciones y de deducciones importantes, en las que difícilmente podemos equivocarnos. Así, al comienzo de nuestros estudios en esta materia, encontramos en la Columbia inglesa una numeración perteneciente al tipo senario-decimal; de ello deducimos la presencia de lenguas sufijadoras en la región, hecho que confirmamos luego al revisar las gramáticas de esas lenguas.

Un sistema de numeración es simplemente el modo de com-

binar los números para poder contar. Nosotros utilizamos el sistema 'decimal', el mismo que emplean los pueblos de lengua quichua y yuncas. Los otros sistemas son de origen más antiguo que aquél, y uno de los más primitivos es el 'binario', con el cual sólo se puede contar hasta cinco o seis. Formas aún inferiores al sistema binario se encuentran en aquellas lenguas donde los tres o cuatro primeros números se designan por varias palabras que no se pueden sumar; es decir que no tienen idea de la adición y por lo tanto, tales palabras no son exactamente lo que llamamos numerales, sino términos que expresan cantidades determinadas fijas.

En América aparecen varios sistemas numerales muy rudimentarios (inclusive algunos que propiamente no son tales), correspondiente a los pueblos americanos más primitivos, que proceden de antiquísimas capas culturales de Asia. Los sistemas numerales correspondientes a estas capas primitivas serían: en primer lugar una forma de contar asistemática, luego los sistemas binario, cuaternario, bi-quinario y bi-quinario-decimal. Este último fué traído a América por los primeros pueblos procedentes del Pacífico. En realidad, bajo este nombre aparecen dos sistemas distintos, bien caracterizados e independientes entre sí: el primero de ellos designa al cuatro como 'dos-dos', al seis como 'cinco más uno' y al ocho como 'cinco y tres'; el segundo, que mejor podemos llamar bi-quinario-decimal de pares, procede por duplicaciones, o sea que el cuatro es 'dos-dos' (con frecuencia apocopado), el seis es 'dos-tres' y el ocho es 'dos-cuatro', debiéndose dar al 'dos' el significado de 'doble' Los números intermedios se acomodan naturalmente al sistema; por ejemplo, el siete es indistintamente 'cinco y dos' o 'tres-cuatro'.

Estos sistemas se distribuyen en forma bastante regular las capas culturales más primitivas de América: la región del Canadá correspondiente a las lenguas de los pieles rojas; la mayor parte de Estados Unidos (exceptuándose sólo parte de California y el Oregón por un lado y la zona de la Florida y el San Lorenzo por el otro), la Baja California, el Brasil oriental, el Chaco, las Pampas y Tierra del Fuego, son otros tantos territorios de numeraciones primitivas, además de numerosas lenguas aisladas en diversas partes, particularmente el territorio amazónico.

El sistema binario aparece sobre todo en algunos pueblos del Chaco y del Brasil oriental, correspondientes a la familia lingüística *ge*. El sistema bi-quinario se encuentra más raramente en las mismas regiones. El sistema cuaternario o tetrasimal (tal vez exclusivo de América, y cuyas posibilidades de contar se acaban en el diez y nueve) se encuentra en algunas lenguas del Chaco y del Uruguay, en el guaraní del Paraguay y en algunas lenguas del sur de la California, como el chuma, que simultáneamente emplean un sistema más elevado. El sistema bi-quinario-decimal simple aparece en algunas lenguas del Chaco y del Brasil oriental y, con un intenso proceso de decimalización, en las dos grandes ramas de los pieles rojas —algonquinos y dacotas. El sistema decimal de pares es empleado por los athabascas, shoshones y por algunos sonorianos y californianos; luego, como un grupo completamente aislado, reaparece en el tehuelche de la Patagonia.

En este último lugar, la numeración fué sin duda tomada a pueblos andinos primitivos de procedencia septentrional. La presencia de dicho sistema entre los athabascas y shoshones indica que los de aquellas regiones deben pertenecer a la última capa lingüística y numeral llegada por la vía de Behring, antes de la intromisión de los esquimales en las regiones del estrecho. Esta forma de contar es la base sobre la cual se desarrollan más tarde las numeraciones decimalizadas de las grandes familias lingüísticas de cultura pastoril, del norte de Asia y Europa, o sea los pueblos altaicos (turcos, mongoles y tungusos), uralianos (fineses, húngaros, samoyedos, etc.), e indoeuropeos.

Esto es lo que podemos decir de las formas de contar que aparecen en los pueblos primitivos de América. La expansión de culturas superiores, con numeraciones más elevadas y complejas, hace que las formas rudimentarias yazgan entre los elementos alterados u ocultos; por lo que resulta muy difícil reconstituirlas en su estado de primitiva sencillez, anterior de las superposiciones señaladas.

Los sistemas de numeración de los pueblos posteriores resultan algo más fáciles de estudiar, pues no se presentan en forma tan dislocada, tan fragmentaria; en cambio tienen la desventaja de las numerosas mezclas que se han producido entre ellas y que frecuentemente se han difundido en esa forma mezclada.

Las mayores dificultades se presentan, naturalmente, en las zonas en donde se han superpuesto varios sistemas, como ser América Central y Columbia. En las lenguas mayas, por ejemplo, aparece una forma deca-vigesimal, que viene a ser la que generalmente es conocida como vigesimal y que, al final de cuentas, se trata de una influencia decimalizadora para los diez primeros números. La forma originaria ha sido bi-quinario-vigesimal y la influencia decimal se ha ejercido en forma de simplificar y reducir los números dígitos, persistiendo, en cambio, la manera de contar por veintenas. Un problema que se nos presenta en este caso es el averiguar si esta mezcla se ha producido en tierras americanas o si ya vino así desde las islas oceánicas.

Otro problema importantísimo es el averiguar la antigüedad relativa de las capas lingüísticas en que aparecen estos sistemas de numeración; problema más grave de lo que parece, pues no se presentan capas uniformes, sino que se notan variaciones, a veces extraordinarias, dentro de una capa numeral que a primera vista parece compacta. Por otra parte, frente a la falta de correlación precisa entre las capas de cultura y las razas que generalmente se aceptan, cabe preguntarse ¿qué es lo que nos ofrece una más exacta realidad, una capa de numeraciones bien estudiada o una raza o una cultura de las cuales lo mejor que podemos decir, es que están relativamente estudiadas? Para dar un ejemplo concreto a este respecto, proponemos la siguiente cuestión: ¿qué raza o qué cultura podría relacionarse con las lenguas de sílabas simples, tan típicas, tan dispersas y tan claramente procedentes de Oceanía?

La Amazonia nos presenta como su forma numeral más característica el sistema bi-quinario-vigesimal, expresándose el veinte por medio de la frase 'manos y pies'. Hacia la región septentrional esta frase es sustituída por la palabra 'hombre' o 'un hombre' de procedencia centroamericana más reciente, donde está en relación con el sistema bi-quinario-vigesimal reducido en sus numerales hasta el cinco o sea quinario-vigesimal.

En varios lugares de los bordes de la Amazonia, mejor dicho, de los bordes de las tres grandes familias lingüísticas que caracterizan esa zona, aparece una forma quinario-vigesimal que, curiosamente, se presenta como más propia de pueblos que la han tomado de los amazónicos. En realidad no se trata sino de la misma forma amazónica reducida en sus primeros numerales, cosa que ocurre también en numerosos pueblos amazónicos (caribes, arawak, guaraní). Se diferencia de la verdadera forma quinario-vigesimal que encontramos más en Centroamérica, por la falta de la expresión 'un hombre' para designar la veintena.

Tanto la forma bi-quinario-vigesimal como la quinario-vigesimal, aparecen en numerosos lugares de América Central y México, hasta tocar la frontera Este con Estados Unidos y de allí subir con los pueblos caddos hasta cerca del Canadá, en una pequeña tribu. En cambio faltan por completo en la zona oriental de este país, a la cual por lo general se la considera como de cultura semejante o al menos comparable a la de la Amazonia.

En la región que va desde California hasta Columbia y sur de Alaska aparecen nuevos pueblos con numeración vigesimal, pero en ellos predomina por completo la forma quinario-vigesimal, es decir, que los primeros números ya se hallan reducidos, por más que aún se advierte que el cuatro se encuentra formado por un dos-dos.

Los pueblos esquimales practican el sistema quinario-vigesimal, con el veinte expresado por las palabras 'un hombre'. El cuatro, aunque bastante reducido, parece expresarse en forma semejante a la de la resta de la escritura del cuatro romano (IV). Formas vigesimales se hallan también en los pueblos paleoasiáticos de la punta de Siberia, pero la relación con el esquimal no parece ser directa.

Los sistemas vigesimales recorren un camino que va, por un lado, desde la India, Indochina, Malasia, Micronesia, América Central y Columbia; por el otro se desprende una rama, tal vez desde la Malasia, hacia el norte de Asia, los ainos del norte

del Japón y los paleoasiáticos. El sistema numeral de los esquimales podría haber llegado por este camino, pero las palabras que designan a varios de sus numerales indican mayores relaciones con la Columbia y Centroamérica, inclusive las lenguas mayas y chibchas. Además su gramática sufijadora nos indica que este sistema numeral no es propio de ellos sino adoptado, y creemos que la influencia de la numeración vigesimal (de origen austroasiático) se ejerció en la zona norte de Columbia antes de la expansión esquimal por la zona ártica.

La forma de numerar en las lenguas de sílabas simples presenta variaciones muy marcadas, pero su prototipo sería la bi-quinaria. En Oceanía (Melanesia) es la forma más primitiva que se presenta en lenguas de sílabas simples. La encontramos también en América, principalmente en varias lenguas de la región del alto Amazonas, por ejemplo los caxinahuas. Diferenciamos la numeración bi-quinaria de la que practican los pueblos más primitivos de procedencia asiática por el carácter fonético que presentan las lenguas de esta procedencia. Por lo general encontramos numeraciones más elevadas dentro de estas lenguas, pero es probable que ellas hayan sido tomadas de otras lenguas, lo mismo que otros elementos superiores de cultura que aparecen en ellas. Los timucua de la Florida, por ejemplo, poseen una numeración senario-decimal e inclusive elementos del decimal puro, a la vez que su cultura es muchísimo más elevada que la de los caxinahuas.

En América Central y el sur de México estas lenguas presentan generalmente numeraciones deca-vigesimales y quinario-vigesimales, no faltando algunas influencias senarias. La cultura de estos pueblos (al menos algunos de ellos, como ser el chiapaneca), es todavía más elevada que la de los timucua y no cabe duda de que se trata de elementos tomados a culturas superiores, hecho que puede haberse producido tanto en América misma como en Oceanía y posiblemente se ha producido en ambas partes.

Las lenguas de este tipo que encontramos en América del Sur practican el sistema deca-vigesimal o se hallan bajo la influencia de otros sistemas, hallándose en parte decimalizados o, en menos casos, vigesimalizados. Su cultura, tanto aquí como en el resto de América, es de tipo agrícola, pero la mayoría de los grupos cuentan con principios de cultura estatal y algunos llegaron a la plenitud de este tipo de cultura.

En cuanto a la antigüedad relativa de las primeras lenguas de este tipo que llegaron a América, su difusión nos indica que son posteriores a las lenguas de tipo sufijador; en parte parecen haberse anticipado a las lenguas prefijadoras provistas de numeraciones vigesimales, pero algunas de ellas pueden haber llegado a nuestro continente en el pleno proceso de la llegada de éstas.

Los primeros pueblos que llegaron a territorio americano procedentes de Oceanía se caracterizaban por su gramática sufijadora y por un sistema numeral senario-decimal que, por regla general, estaba alterado y en vías de decimalización. Su verdadera posición cronológica relativa, no obstante lo dicho, no está del todo clara. Las lenguas de estos primeros pueblos se encuentran difundidas en América del Sur por toda la zona andina; en América Central en forma fragmentaria, destruída su unidad originaria por las invasiones posteriores, lo mismo que en México; en la Columbia inglesa se presentan con un grupo separado. Algunas lenguas algonquinas, por ejemplo el micmac, poseen este sistema gramatical, pero de ellas no podemos decir si se trata de antiguas emigraciones, en mezcla procedente de la América Central o si, inversamente, se trata de lenguas sufijadoras más antiguas que han entrado por el camino de Alaska.

La mezcla que presenta su sistema numeral hace difícil ver, en la mayoría de los casos, su real forma originaria; es frecuente la mezcla con formas vigesimales y decimales, igualmente se presenta en muchos casos la forma senaria en vías de decimalización.

Un hecho de interés que resulta de la distribución geográfica de estos numerales es que algunas lenguas de los pieles rojas orientales presentan relaciones con las de la región andina más antigua, diferenciándose por completo de las amazónicas. Lo mismo se observa en la mayoría de los elementos culturales de esta región.

Particularmente interesante es el grupo aislado que aparece en la Columbia inglesa, por cuanto sería también allí la pri-

NUMERACIONES INDÍGENAS

Formas primitivas

Formas vigesimales

Senario-decimal

Decimal pura

mera migración oceánica hacia esta región. Las lenguas de sílabas simples no aparecen en Columbia, lo que parecería un hiatus en las emigraciones producidas hacia esta zona, pero en realidad no tenemos por qué suponer una ocupación sucesiva de la región oceánica por estos pueblos. Algunas islas del Pacífico habrían sido ocupadas por unos pueblos y otras por otros, de modo que las migraciones hacia cada lugar de América no han tenido que ser sucesivamente las mismas.

En el sur de México, las lenguas sufijadoras se presentan generalmente aisladas, como en el caso del tarasco, y como lo mismo pasa en América Central, lo más probable es que estas lenguas hayan venido a América formando una capa relativamente homogénea, al menos en lo que se refiere al medio cultural que trajeron y que sería de un tipo de agricultores primitivos. El hecho contradictorio que se observa en las lenguas yunca, quichua y aymara, puede interpretarse como que estos pueblos asimilaron posteriormente la cultura superior de Estado, cosa que parece manifiesta en la lengua aymara, con numeración actual senaria-decimal, pero que es más dudoso para las lenguas quichua y yunca.

La última capa numeral que se presenta en América es la decimal. Más exacto es denominarla como el proceso de decimalización de las lenguas anteriores hasta llegar, en pocos casos, a la forma decimal pura. Llamamos formas de decimalización a las que presentan una reducción y simplificación de los números compuestos que existían anteriormente entre el cinco y el diez, y aún entre el cinco y el dos. La mezcla deca-vigesimal, por ejemplo, se presenta claramente como una absorción hecha por el sistema bi-quinario-vigesimal de los numerales simples que hasta el diez posee la forma decimal, en tanto que la cuenta superior se sigue haciendo por veintenas. Este fenómeno aparece tanto en tierras americanas como en las islas oceánicas; y aún en las tierras asiáticas en donde tuvo su origen el proceso, que alcanzó a América lo mismo que se difundió por el Viejo Mundo.

El sistema senario lo concebimos simplemente como uno de los primeros pasos dados en el proceso de decimalización.

Arranca, lo mismo que todo lo decimal, de una forma de pares, cosa que se advierte en varias lenguas.

La forma deca-vigesimal se presenta en gran parte de Columbia y un tanto menos en California; pero esta decimalización no es todavía muy intensa y abundan las formas senarias o sus rastros tanto como los pares. En la zona más al sur de Columbia, en las lenguas salish, la decimalización es completa o poco menos, según las lenguas.

La numeración decimal también se presenta en un pequeño lugar de California y, del otro lado de los Estados Unidos, en las lenguas iroquesas; en tanto que las lenguas muscogi y timucua del sureste de Estados Unidos presentan formas senario-decimales o se hallan en un estado un poco inferior a los iroqueses. Esto demuestra las fuertes relaciones que estas lenguas han debido tener con la América Central y no con la Amazonia, como se ha pretendido.

En la región andina, las formas más o menos decimalizadas se presentan desde el sur de México hasta la zona donde se habla araucano. En la zona que, desde el sur, penetra en Colombia, faltan las formas vigesimales, pero quedan algunos restos que denotan haber habido por lo menos algunas lenguas que usaron esta manera de contar.

Los altos numerales que encontramos en el quichua, el yunca y el aymara, son propios de la numeración decimal pura, y el numeral que expresa diez mil en quichua es el más alto que existe en toda la América indígena. Además, todo numeral que exprese el cien por medio de una palabra simple, ya proviene de la numeración decimal pura (el vigesimal dice 'cinco hombres').

América Central presenta con mucha frecuencia la mezcla decavigesimal, como ocurre en las lenguas mayas. Lo vigesimal aparece aquí con el veinte expresado por 'un hombre' cosa que advertimos aun en el maya, tan desarrollado por otros conceptos. La base de la cual se ha partido en todas estas lenguas ha sido la bi-quinario-vigesimal, y posiblemente ya antes de la influencia decimalizadora se produjo otra que quinarizó estas lenguas, al menos y en parte, ya en la misma Oceanía.

Las lenguas chibchas tienen por lo general una decimalización incompleta; pero lo más notable en ellas es la falta casi

total de altos numerales, falta inclusive el cien en casi todas las lenguas y, naturalmente, no se presenta ningún cuatrocientos.

En las lenguas mayas y otras del sur y centro de México, la decimalización es algo más completa. De los altos numerales, el cien se presenta muy raramente, en cambio están muy desarrollados los altos numerales correspondientes a la forma vigesimal, encontrándose con frecuencia el cuatrocientos y, menos difundido, el ocho mil.

El proceso de decimalización en las lenguas de Columbia y de América Central, no se ha producido con el arribo de nuevas lenguas, al menos que las lenguas llegadas pertenecieran a los mismos grupos anteriores, como parece haber sucedido con los chibchas. Más verosímil es suponer que, sobre una capa de lenguas bi-quinario-vigesimales llegada primeramente a estas regiones, se fueran produciendo pequeños agregados culturales nuevos que elevaron la cultura.

La decimalización completa del quichua se presenta como un hecho extraño y de difícil explicación, pues sus palabras no presentan relaciones de ninguna clase con las que se han difundido por Centroamérica y Columbia, inmediatamente relacionadas entre sí.

Capítulo IX

LA ESCRITURA DE LOS INDÍGENAS AMERICANOS

Las formas de escribir que se han usado en el mundo no sólo son variadas en su desarrollo y forma de los signos, sino que se adaptan a las modalidades de las lenguas en que se las emplea. De aquí deriva una multitud de variaciones en cuanto a las escrituras.

El fenómeno se repite en la América indígena, donde también son notables las variaciones en la forma de escribir que presentan varios pueblos.

Contra lo que generalmente se cree, tanto entre el público como entre muchos investigadores, los indígenas americanos conocieron varias formas de escribir, cuya difusión dentro del continente fué mucho mayor de lo que se supone. Todavía se practican varias de estas formas de escribir. Naturalmente tales escrituras eran muy primitivas y las más desarrolladas no sobrepasaron el estado jeroglífico, similar al de la antigua escritura egipcia.

Emplearon formas primitivas de escritura jeroglífica los esquimales y los pieles rojas del centro y del este, hasta las costas del Golfo de México; los indígenas del noroeste de México; las civilizaciones azteca y maya, cuyos jeroglíficos son los más conocidos y generalmente considerados como la única escritura indígena de América. También se utilizaron escrituras jeroglíficas en la antigua América Central, sobre todo en la vertiente del Pacífico, según nos dicen los cronistas, pero

ellas han desaparecido sin dejarnos ni un solo ejemplar de muestra; entre los pueblos de esta zona que usaban estas escrituras podemos citar a los chiapanecas y nicaraos.

El uso de las escrituras jeroglíficas ha sido mucho más escaso en América del Sur, pero todavía se practican al menos en dos regiones: entre los indios cuna de Panamá, de la familia chibcha, que usan una escritura jeroglífica cuya existencia había pasado inadvertida hasta que fué descubierta por E. Nordenskiöld en 1925; y en la zona andina de Bolivia y sur del Perú, donde, en 1940, tuvimos la sorpresa de descubrirla en pleno uso entre miles de indígenas.

En cuanto a formas de escritura jeroglífica desaparecidas en la América del Sur, podemos citar por lo menos otras dos regiones donde ellas han existido seguramente. La primera es la región de Sinú, en Colombia, y la segunda la tribu de los mojos, en el departamento de El Beni, al norte de Bolivia. Ambas fueron mencionadas por los cronistas, por más que no nos hayan quedado muestras. Además, existen vagas noticias de que se la empleó en otras regiones, como ser entre los indios panos de la montaña peruana. Finalmente nos acaban de comunicar el descubrimiento de una escritura de este tipo entre los indios motilones del oeste de Venezuela, la cual se usa para enviar mensajes.

Los *quipus* o *quipos* (cuerdas anudadas que servían a los incas de escritura o de archivos numéricos) no estaban limitados a este país como muchos suponen, sino que su difusión abarcaba gran parte de América; podemos asegurar que los utilizaban casi todos los pueblos agricultores y que de éstos habían pasado a algunos que no lo eran.

Ordinariamente, los *quipus* servían para llevar cuentas; así se los emplea actualmente, según hemos podido comprobar, en la isla Cumana del lago Titicaca y en la provincia Chayanta, al norte de Potosí. Con ellos se lleva la cuenta de los ganados, la cantidad de frutos cosechados y (una sola vez según nuestras observaciones) la cuenta de los días, anotando semanas y meses según nuestro calendario. El mismo uso ha tenido en el resto del mundo, tanto en la China antigua como en

la Polinesia actual (donde el *quipu* se llama *tipuna*) y en África [1].

Como hemos visto, son numerosas las tribus americanas que emplean *quipus;* citaremos en particular a los araucanos (que los llamaban *pron*), a los guaraníes, a los caribes de Venezuela, a los toltecas de México antes de la adopción de la escritura jeroglífica y a varias tribus de la Columbia inglesa. El llamado *wampun* de los pieles rojas orientales, consistente en un conjunto de conchas de colores ensartadas en hilos, cosidas sobre una tela o entretejidas con sus hilos para formar una especie de cinturón, aparece las más de las veces como un simple *quipu* y otras como reuniendo en sí caracteres de una escritura jeroglífica primitiva.

El *quipu* de los incas, también usado por las tribus de la región andina y de la Costa peruana anteriores a ellos, en los ejemplares que se salvaron de la destrucción de la conquista, sobre todo en las tumbas antiguas de la Costa, presenta algunas variedades. Los que se han conseguido traducir son simplemente numéricos, basados en el sistema decimal de los quichuas y ordenados de menor a mayor como nosotros escribimos nuestros números, comenzando por abajo. Estas numeraciones se refieren a diversas cosas y los más valiosos, traducidos por Nordenskiöld, contienen cifras calendáricas, de un calendario solar y otro venusiano. El calendario incaico que aparece en estos *quipus* es el mismo que nos describe Montesinos en sus *Memorias*, e idéntico al antiguo egipcio.

No es imposible que entre los *quipus* subsistentes de la época incaica haya algunos que contengan algo más que cantidades; en todo caso ellos no han podido ser traducidos todavía. Señalaremos aquí una sugestiva coincidencia con la escritura jeroglífica andina que hemos citado: en los *quipus* numéricos, el punto de separación entre dos cantidades son 'dos nudos' sucesivos juntos; en la escritura jeroglífica ese mismo punto se hace por medio de dos rayitas.

En cuanto al origen de los *quipus* en América, la disper-

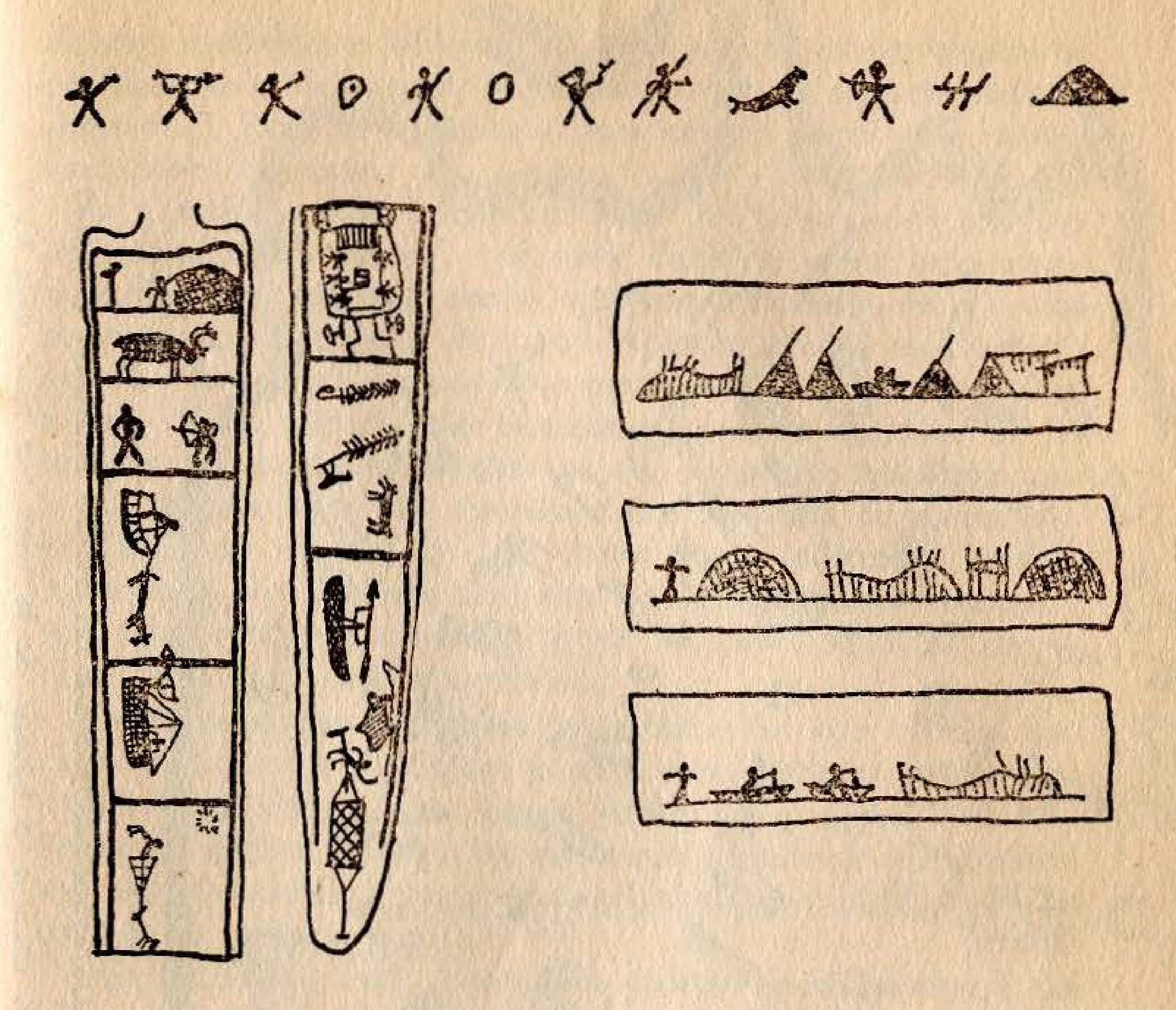
[1] Un francés de origen provinciano nos informa que los pastores de su país usan actualmente una especie de *quipus* para llevar la cuenta de sus ganados. No hemos visto registrada esta costumbre en ninguna obra sobre folklore francés, pero no nos parece un hecho imposible.

sión que nos presentan nos muestra un origen oceánico antiguo, con los primeros pueblos agricultores que vinieron de Oceanía. Su presencia en tierras amazónicas, entre los caribes y guaraníes, así lo indica, creemos que con toda seguridad.

Los esquimales practican un sistema de escritura verdaderamente jeroglífica, aunque primitivo. Consiste en grabados sobre hueso o marfil de morsa, de modo que por la misma naturaleza del material, las figuras quedan ordenadas en líneas rigurosas, que a veces se extienden en zig-zag sobre uno y otro lado del hueso, pasando sobre sus bordes. Las figuras son realistas aunque esquematizadas y representan cosas comunes de la vida de esos indígenas. Las actitudes de las figuras están con frecuencia relacionadas con el llamado 'lenguaje de gestos', que los indígenas utilizan para comunicarse entre sí cuando están a distancias que no alcanza la voz. En esta forma los signos pueden ser de varias clases y entre ellas no faltan incluso algunos sonidos fonéticos de aproximación.

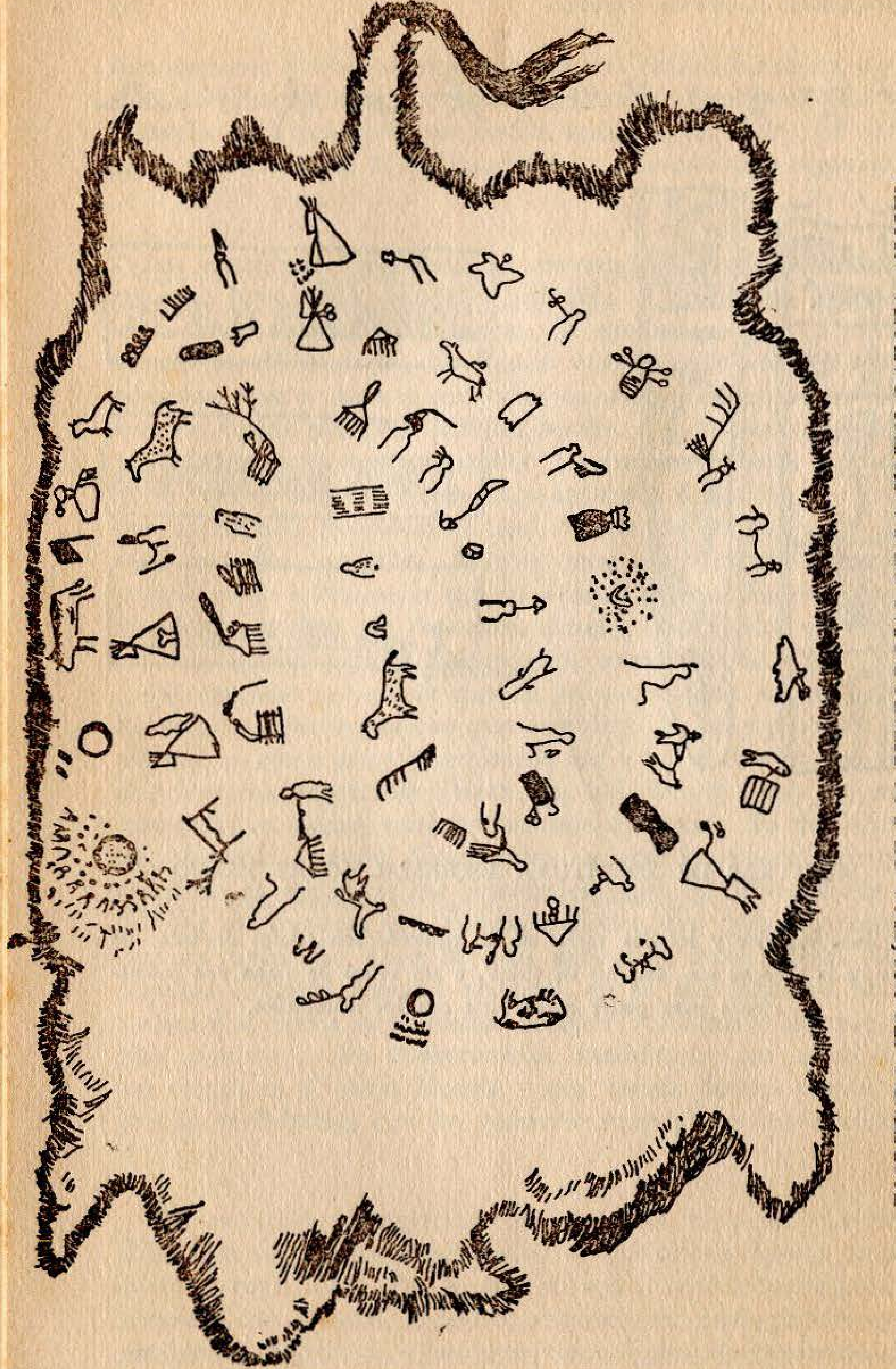
No tenemos noticia de que en los yacimientos arqueológicos hayan aparecido huesos con esta escritura. Es muy probable que existan; y como estos yacimientos son a veces de una antigüedad bastante respetable (hasta dos mil años y más) los mismos podrían darnos noticias bastante antiguas. Su traducción no ofrecería grandes dificultades ya que la misma escritura continúa en uso entre los esquimales actuales. El estilo de los dibujos se relaciona con el tipo artístico que presenta toda la cultura ártica del Viejo Mundo, extendida desde Siberia hasta Laponia y cuyos remotos orígenes, en lo que sabemos, se remonta a la época auriñaciense europea (comienzos del paleolítico superior). En consecuencia, tendríamos que adjudicarle un origen en el Viejo Mundo y una venida directa por el Estrecho de Behring, con las primeras migraciones esquimales.

Las escrituras jeroglíficas de los pieles rojas son distintas. Ellas han sido mal comprendidas, no considerándoselas propiamente jeroglíficas. Por lo general son llamadas 'pictografías', término con el cual se quiere expresar un tipo primitivo de escritura ideográfica, o sea que tiene signos de representación



MUESTRAS DE ESCRITURA ESQUIMAL SOBRE HUESO

La línea superior y las dos tarjas de la izquierda son relatos de caza; las tres de la derecha son 'tarjetas de visita', o sea avisos de viajes con indicaciones para poder encontrarse con los interesados.



ESCRITURA JEROGLÍFICA DE LOS PIELES-ROJAS DE LA TRIBU DAKOTA (SIOUX)

Ejecutada sobre una piel de búfalo, contiene la historia de la tribu por años; cada signo representa el acontecimiento principal ocurrido en el respectivo año. La lectura debe efectuarse en espiral comenzando por el centro.

directa, simbólica y aún expresa ideas abstractas por medio de combinaciones de signos, pero que carece de representaciones fonéticas. Esto no es exacto, pues existen entre ellas representaciones fonéticas.

La cuestión consiste en determinar qué se entiende por una representación 'fonética', que suele definirse como una representación completa por medio de letras o sílabas. Pero si nos atenemos a la realidad de lo que aparece en los escritos primitivos, hay otras formas de representación fonética indiscutibles. Si en uno de esos escritos que suelen aparecer en las revistas infantiles, se dibuja un ala de pájaro para expresar 'a la', estamos ante una representación fonética; lo mismo que si dibujamos un 'sol' y 'dos dados' para indicar la palabra 'soldados'. De la misma clase son las representaciones fonéticas que aparecen en las escrituras de los pieles rojas y, por lo tanto, son escrituras jeroglíficas.

Entendemos por escrituras jeroglíficas las que reúnen tres clases distintas de signos, en cuanto a su modo de representación: signos ideográficos, signos simbólicos y signos fonéticos como los dichos. Todas las escrituras primitivas que conocemos son de este tipo; escrituras exclusivamente ideográficas no existen en ninguna parte.

Han utilizado este sistema de escribir principalmente los algonquinos del este, algunos iroqueses, los dacotas, kiowas y muscogis y hasta los pimas de la frontera californiana entre México y Estados Unidos. En esta vasta extensión geográfica se encuentran naturalmente muchas variantes, tanto de dibujo como de desarrollo de la escritura.

Las formas más primitivas no son verdaderas escrituras, sino cuadros en donde se ha representado una escena. Los verdaderos escritos tienen los signos dispuestos en líneas, todos de un mismo tamaño o poco menos, y se leen en forma seguida como lo hacemos nosotros, en tanto que en los 'cuadros' hay que interpretar el conjunto. El material en que se escribe es principalmente el cuero y la madera. Los mismos signos a veces se usan en pinturas corporales.

Lo que se consigna no es muy variado: cantos mágicos, de medicina principalmente, y los llamados 'calendarios históricos' o 'cuentas de invierno', es decir, una especie de historia de los acontecimientos pasados, donde cada año está represen-

tado por el suceso principal. También hay verdaderos relatos, como el del *Walam Olum* (Cuero Rojo), en donde una tribu algonquina ha perpetuado el relato de su origen mitológico expresando sus ideas acerca de la creación del mundo: un verdadero génesis bíblico.

La escritura de los pieles rojas no tiene el mismo origen que la de los esquimales, sino que está relacionada inmediatamente con otras escrituras indígenas de que trataremos en seguida, empleadas en México y Panamá, y con la escritura andina que hemos descubierto; todas ellas tienen evidente parentesco y hay que adjudicarles un mismo origen y un traslado a América por la vía oceánica. En época no establecida todavía, tales escrituras se difundieron desde América Central y centro de México, junto con otros elementos de cultura, especialmente con la agricultura, pero como se hallaban ejecutadas sobre materiales muy poco resistentes no nos han quedado muestras de sus formas antiguas. Otra forma de posible difusión de estas escrituras —que creemos más probable— es que hayan sido llevadas por las sociedades secretas de guerreros y hombres-medicina, que la utilizaban unos para recordar sus hazañas y otros para conservar sus recetas.

Llegamos así a las antiguas escrituras de la región mejicana. No hay noticia que ellas se conserven en uso en ninguna parte, pero no nos extrañaría que alguna de las formas más primitivas se empleara todavía.

Los aztecas y sus parientes lingüísticos los tlaxcaltecas, además de otros que no lo eran como los tarascos, zapotecas, mixtecas, etc., usaban una escritura jeroglífica mucho más desarrollada que las que hemos venido tratando. La misma se ejecutaba sobre cuero y sobre una especie de papel semejante al papiro, que se doblaba como un biombo, en vez de arrollarse como los antiguos pergaminos. Los signos eran del mismo tipo jeroglífico tratado antes, mezclados con signos fonéticos de aproximación, pero su dibujo era mucho más complicado. El uso de colores mejoraba la representación de las cosas. En conjunto, la escritura, por la agregación de detalles sobre las figuras (primorosamente pintadas hasta constituir un verdadero cuadro), parece que se desarrollaba en el sentido

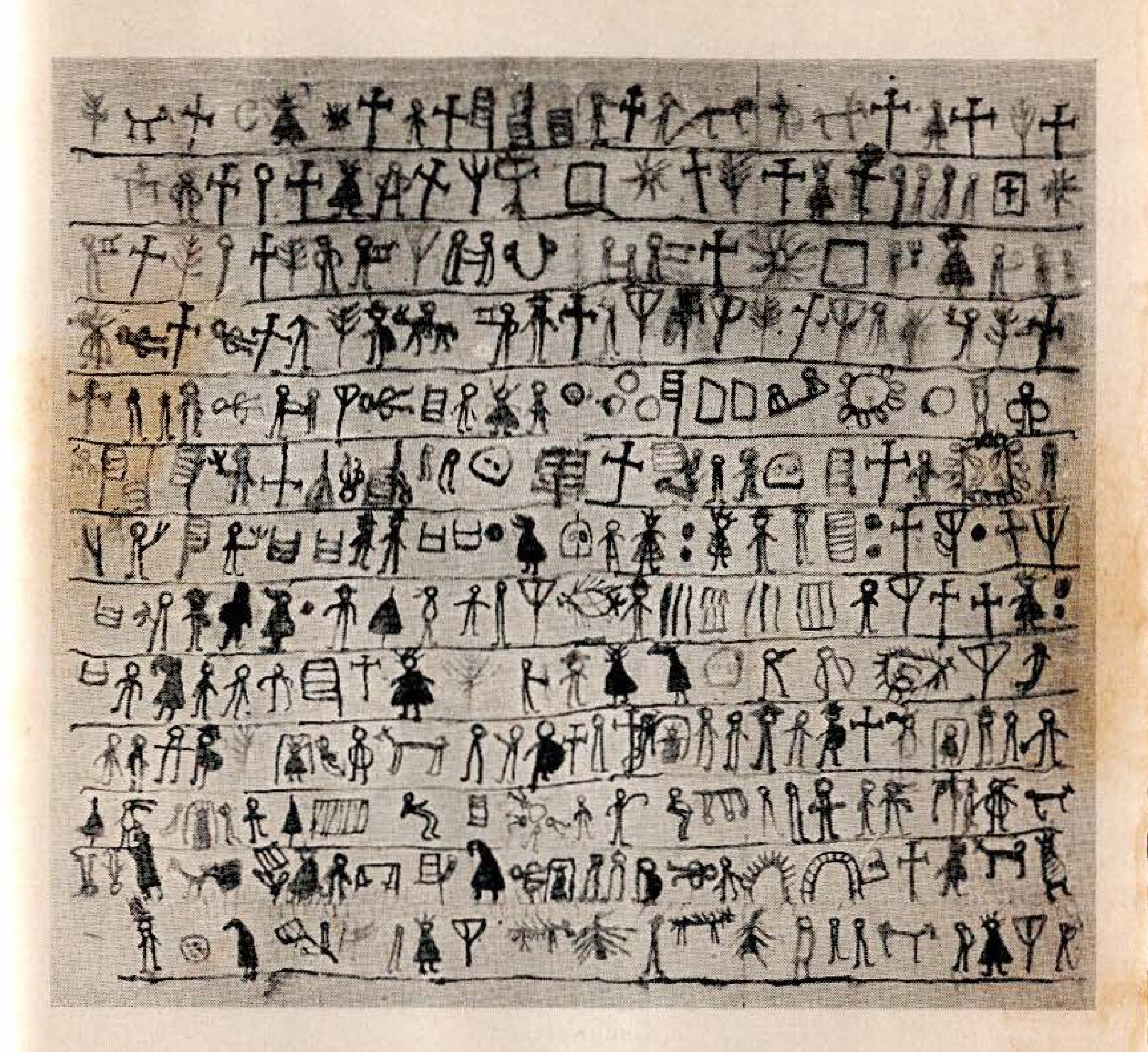


MUESTRA DE ESCRITURA AZTECA

El original está iluminado en varios colores.

ESCRITURA MAYA PRECOLOMBINA

Reproducción de la página XXII del Códice Tro-cortesiano.



ESCRITURA JEROGLÍFICA ANDINA EJECUTADA EN PAPEL

Texto del catecismo católico en lengua quichua. Procede de Vitichi, Nor-Chichas, Potosí.

Lámina II



ESCRITURA JEROGLÍFICA ANDINA MODELADA EN ARCILLA

Representa el Padrenuestro en lengua quichua y procede de San Lucas, Chuquisaca.

de acumular cada vez más sentidos sobre un mismo signo, en vez de distribuir los significados en nuevos signos subsiguientes.

Comúnmente se escribía en zig-zag, sistema llamado científicamente boustrophedon (como los surcos que trazan los bueyes al arar), el cual unas veces iba de arriba abajo y otras se extendía horizontalmente. Los mapas eran frecuentes y lo mismo formas desarrolladas de los 'cuadros' que hemos descripto entre los pieles rojas.

La antigüedad de esta escritura no ha podido ser establecida de una manera satisfactoria. Es evidente que se remonta a una época muy anterior a los aztecas, pues ya la conocieron los chichimecas y toltecas; pero sus primeros rastros se encuentran en la civilización de Teotihuacán, anterior a los toltecas. Quizá debamos asignarle un origen aún más antiguo, por más que no hayan llegado hasta nosotros sus restos (acaso aparezcan más adelante). Un fenómeno gráfico posterior a la conquista nos ayudará a poner en claro esta cuestión. Cuando se produjo la conquista, los indígenas, obligados a aprender las oraciones católicas, con frecuencia las escribieron con los signos que conocían a fin de aprenderlas y recordarlas más fácilmente. Varios de estos escritos han llegado hasta nosotros y sus signos son mucho más sencillos que los de la escritura azteca tradicional, acercándose al tipo general de las escrituras de los pieles rojas y a la escritura andina que trataremos después. En consecuencia, dicha escritura, por la circunstancia mencionada, parece haber descendido a su primer estado, que sería el originario antes de su desarrollo histórico, es decir, al estado en que fué traída de Oceanía.

La escritura maya es distinta de todas las anteriores. La forma de sus signos nos muestra un desarrollo mucho mayor del alcanzado por la escritura azteca, pero desgraciadamente no ha podido ser traducida sino en mínima parte; sólo se han descifrado hasta hoy los signos calendáricos que representan los días, los meses y los años, con lo cual han sido leídas muchas fechas esculpidas en antiguos monumentos.

De esta escritura nos quedan solamente tres libros completos, que se doblan en acordeón como los libros aztecas. En

sus dibujos, que representan en su mayoría cabezas con diversos agregados, se ha empleado casi exclusivamente el color negro. De estos libros sólo han podido ser traducidos los signos calendáricos.

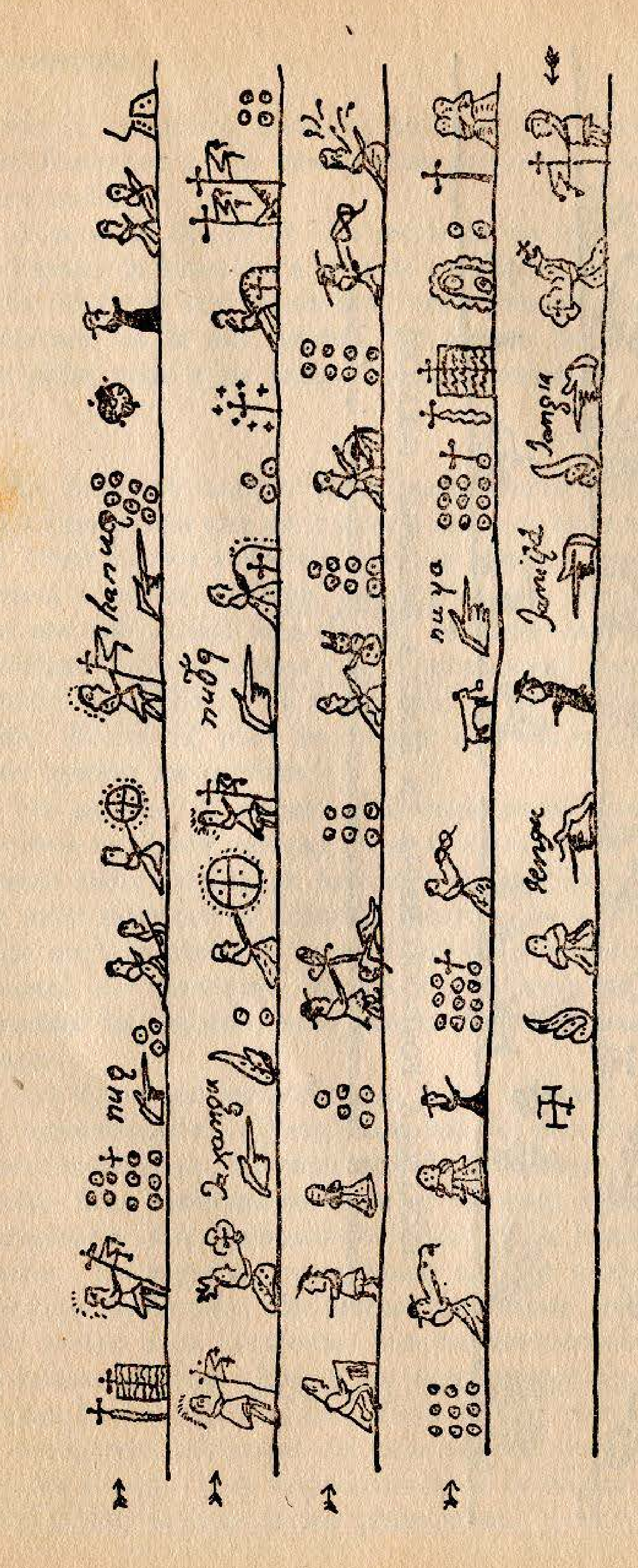
Al revés de lo que ocurre con los aztecas, aquí sí existen inscripciones que nos revelan las épocas más antiguas de la existencia de esta escritura, que resulta anterior a la época maya. Provienen de diversas ruinas de la civilización llamada ahora de La Venta, propia de los antiguos ulmecas u olmecas, pueblo que según la tradición trajo la civilización a estas regiones. El lugar que nos ha proporcionado el mayor número de estas inscripciones es la ciudad de Monte Albán; en su época I, sita en Oaxaca al sur de México. Se trata de inscripciones calendáricas cuya edad es varios siglos anterior a Cristo, sin poderse fijar todavía exactamente la fecha. Estas inscripciones muestran ya la escritura maya en un estado de completo desarrollo.

La cultura de La Venta y especialmente los restos de Monte Albán I, representan posiblemente la primera aparición importante de los austroasiáticos en América, y es de extrema importancia el comprobar que ellos ya han venido con una escritura bien desarrollada.

Esta escritura se utilizó hasta fines del siglo XVII, pero desde entonces ha cesado completamente su uso.

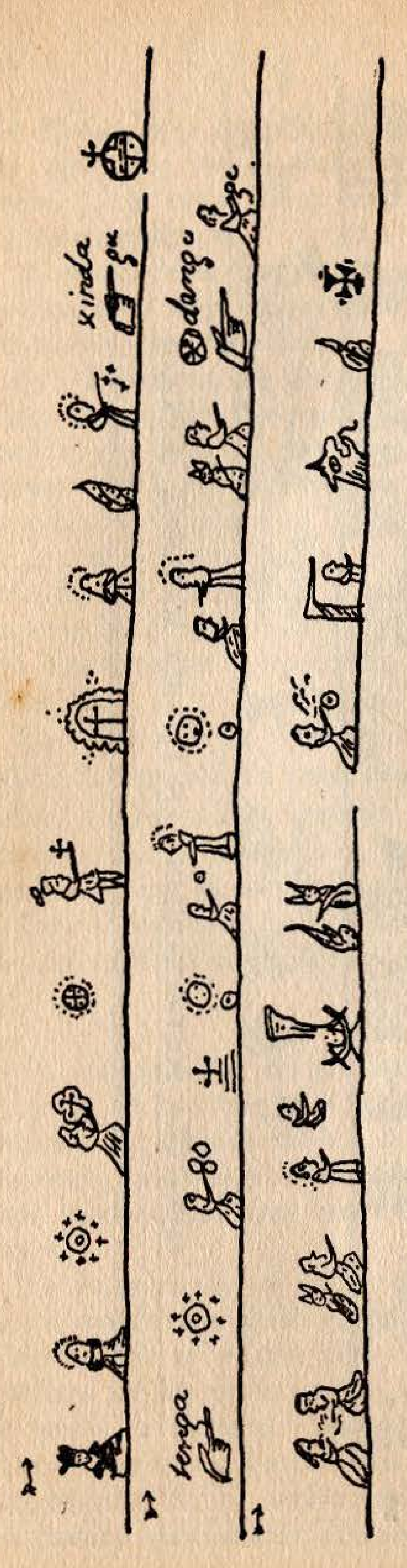
Ya dijimos que no nos queda ninguna muestra de las escrituras de la América Central al sur de los mayas y, por lo mismo, no podemos saber a qué estilo corresponderían. Por las pinturas que aparecen sobre las vasijas, deducimos que estarían más relacionadas con las del centro de México que con la maya.

La escritura de los indios cunas de Panamá no fué conocida hasta que la descubrió casualmente E. Nordenskiöld en 1925. Corresponde al mismo tipo, exactamente, que la de los jeroglíficos de los pieles rojas. Se escribe sobre papel y a veces se graba en madera. Los signos son sencillos, realistas en su forma y muy esquematizados. Se utiliza para anotar las recetas mágicas de los hechiceros. Es extraño cómo esta escritura ha podido permanecer desconocida durante el tiempo que va



ESCRITURA POST-COLOMBINA EN LENGUA MAZAHUA (MÉXICO)

Representa los Diez Mandamientos. La lectura se hace siguiendo la dirección de las flechas.



ESCRITURA POST-COLOMBINA EN LENGUA MAZAHUA (MÉXICO)

Contiene el Padrenuestro. La lectura se hace siguiendo la dirección de las flechas.

desde la conquista hasta su hallazgo por Nordenskiöld, pero este fenómeno queda obscurecido por lo ocurrido con la escritura andina.

Acerca del origen de esta escritura no hay dato alguno. Los indígenas la vinculan a uno de sus dioses, pero se advierte sin dificultad que se trata de una forma conservada de la primitiva escritura, de la que derivan las formas de los jeroglíficos de los pieles rojas y las primitivas de la escritura azteca.

La escritura andina había permanecido desconocida, salvo para unos pocos que no le dieron ninguna importancia. Cuando en 1940 fuimos a Bolivia, ya con algunos datos sobre la existencia a orillas del lago Titicaca de una escritura jeroglífica, no nos fué difícil identificarla en pleno uso por miles de individuos. Conseguimos textos escritos en papel, en cuero, en arcilla y en piedra. La traducción de los signos no ofreció ninguna dificultad, pues los mismos que nos vendieron los textos nos leyeron los escritos.

No existen, al menos en lo encontrado hasta ahora, textos escritos en época antigua, pero la escritura en sí es indudablemente sobreviviente de tiempos remotos, incluso probablemente muy anteriores al Imperio Incaico. Su uso actual se reduce casi exclusivamente a escribir oraciones católicas y su conocimiento no constituye secreto ni privilegio de clase; con frecuencia las mujeres, más que los hombres, son las que la conocen.

Los signos son naturalistas a la vez que muy esquematizados; la representación es jeroglífica, con las tres clases de signos ya mencionados; en ninguna ocasión se dibuja una parte por un todo. Esta escritura se traza en zig-zag, o sea en estilo boustrophedon y se comienza por abajo de la página, del lado derecho. En algunas zonas donde nuestro modo de escribir ha ejercido influencia, los textos comienzan como los nuestros, por arriba a la izquierda, aunque frecuentemente conservan el boustrophedon. Existe un signo ortográfico final, al cual ya nos hemos referido, consistente en dos rayitas verticales que, a veces, por influencia del cristianismo, se han transformado en dos cruces. Este signo aparece en la misma forma en algunos de los escritos de los pieles rojas.

Los escritos en arcilla constituyen algo sorprendente y creemos que único en el mundo. No se trata, como pudiera pensarse de primera intención, de algo semejante a las tablillas de los antiguos babilonios, sino de algo muy distinto. Los signos se encuentran, cada uno, modelados independientemente y pegados sobre un disco o tablón de arcilla, en forma que queden parados. Cada signo es de unos cinco a seis centímetros de tamaño. La imagen gráfica que podemos formarnos de uno de estos escritos circulares es la de una torta de cumpleaños con sus velitas.

Los escritos en cuero (hoy casi totalmente substituídos por papel) se trazan con el jugo de una solanácea llamada *ñuñumaya* que, al secarse, adquiere un tono obscuro como si se hubiera quemado el cuero con un hierro candente. Los escritos en piedra, de los que encontramos uno solo, son grabados. El material con que se escribe en el papel es la anilina común. Un simple palito sirve de lapicera en todos los casos.

En cuanto al origen de esta escritura, es evidente su relación con las otras escrituras primitivas a que nos hemos referido; las de los pieles rojas, las primitivas de México y la de los cunas. Tiene que tratarse de un derivado directo de una forma de escribir primitiva, que llegó a América con los aportes austroasiáticos y que se expandió por la región andina en época antigua. Extrañamente parece no haber sido asimilada por la civilización incaica como elemento de su cultura.

CONCLUSIONES

El presente trabajo es un planteamiento de problemas, gran parte de los cuales están resueltos y otros en vías de serlo. La clasificación de las familias lingüísticas americanas nos ha permitido presentar el conjunto de estos problemas con la claridad deseada.

En el capítulo segundo hemos expuesto, ante todo, los resultados obtenidos por otros investigadores acerca del origen de las lenguas americanas, concediendo especial atención a las similitudes inter-oceánicas. En los últimos capítulos exponemos los resultados de nuestra propia labor, contemplando por primera vez en el estudio de la lingüística americana, la integridad de los problemas que nos presentan la antropología y la etnología al señalar que una gran parte de los pueblos americanos son de origen oceánico.

No nos referimos aquí a la totalidad de la antropología y de la etnología actuales, sino a una tendencia determinada, representada por varias escuelas y numerosos autores, ciertamente divergentes entre sí tanto en los resultados obtenidos como en sus teorías y los métodos comparativos empleados.

La labor realizada por dichos autores se refiere en forma principalísima a los elementos culturales, y sin dificultad se pueden señalar por centenares los rasgos de las culturas indígenas americanas que se presentan como de origen oceánico. En cambio, en el campo de la lingüística el trabajo realizado no ha sido tan intenso; inclusive podemos decir que la obra comparativa realizada dentro de esta rama de la ciencia ha sido muy escasa. Por eso tuvimos que dirigirnos inicialmente a

los estudios etnológicos, para obtener una primera visión ilustrativa de los problemas que se nos plantearon ante los hechos lingüísticos que iban apareciendo como resultado de nuestros estudios.

Hemos tenido que apartarnos mucho de las teorías acerca del origen oceánico señaladas más atrás sobre el origen de las lenguas americanas; pero también es cierto que el planteamiento de que muchos de aquellos pueblos eran de origen oceánico en la integridad de su cultura (lo cual, lo repetimos, nos sirvió de guía), fué hecho con anterioridad por numerosos autores, y nosotros hemos aplicado los conceptos emitidos al campo de la relación lingüística. Los resultados finales obtenidos nos han hecho modificar no sólo los conceptos lingüísticos de relación establecidos anteriormente, sino también todas las relaciones culturales y raciales.

Hemos tenido otra guía más propia y que ponemos como base fundamental de todas nuestras investigaciones; ella consiste en la tesis de que todas las invenciones y descubrimientos han tenido un origen único, tesis que hemos aplicado hasta el extremo de que uno de nuestros amigos no ha vacilado en definirnos como "el más hiperdifusionista de los autores hiperdifusionistas". Aceptamos el calificativo con agrado, y lo justificamos plenamente aquí al considerar inaceptable la posibilidad de que las particularidades existentes en las gramáticas americanas hayan podido ser producto de invenciones independientes.

Tal criterio fué aplicado siguiendo la clasificación de Lafone Quevedo, en quien hemos encontrado una de las mejores guías para nuestras investigaciones lingüísticas.

Para formular la tesis antedicha fué necesario interpretar de otra manera las culturas y las razas americanas. Así, lo que llamamos 'culturas' en el cuerpo de este trabajo, se han diferenciado notablemente, tanto en sus elementos específicos como en su antigüedad relativa, de todas las formas culturales que nos presentan las otras escuelas.

Algunas de las cuestiones planteadas no pueden resolverse todavía por falta de elementos para interpretarlos por completo, pero hemos preferido presentarlas para exponer el problema en toda su integridad. Deliberadamente no hemos estudiado en forma paralela con las de América, las capas lingüísticas de Oceanía, que proporcionan una amplia base de relación a todo lo que hemos dicho; de haberlo hecho nos hubiéramos enfrentado con otro problema no menos arduo y complejo que el de las lenguas americanas, por lo que preferimos dejarlo para otra obra más especializada.

Si echamos ahora una mirada de conjunto sobre los temas presentados, podríamos resumirlos en la forma siguiente:

Las poblaciones más antiguas de América proceden racial y culturalmente de las capas más antiguas de Asia, de una Asia pre-mongólica, al menos en los lugares de donde se produjeron esas migraciones hacia América. Sus representantes actuales serían los pueblos del Brasil oriental (de lengua *ge* y otros), los pampeanos desde el Chaco hasta la Patagonia, los pescadores de los canales magallánicos, la mayor parte de los pieles rojas y algunos pueblos de California. Además pequeños grupos aislados en distintas partes del territorio.

Lingüísticamente se caracterizan por hablar lenguas prefijadoras de varios tipos, no presentando entre ellos mayor uniformidad ni caracteres comunes que nos permitan agruparlos a todos en un mismo tipo originario, ni siquiera dentro de las agrupaciones raciales hasta el momento reconocidas. Al respecto basta recordar el grupo 'multiforme' de Lafone Quevedo, quien reune parte de los pueblos pámpidos con un grupo de láguidos, previamente separados de su propio conjunto. Quizás se deba esto a mezclas lingüísticas y a mutuas influencias realizadas en época muy antigua, y que sólo ahora empiezan a investigarse.

Los sistemas de numeración correspondientes a estos grupos primitivos son varios y relativamente muy pobres, por lo cual en gran parte de las regiones en donde se han utilizado no se presentan en sus formas claras y puras, sino que frecuentemente se tomaron de vecinos más cultos numeraciones más elevadas, que deformaron y hasta hicieron desaparecer los sistemas primitivos. Si bien esto complica la investigación, el hecho de que la gramática de sus lenguas sea más difícil de

aculturarse nos permite a veces deducir sus verdaderas formas primitivas.

La capa lingüística y racial representada por los esquimales, aparece culturalmente relacionada con los pueblos paleoasiáticos y con todos los demás del borde boreal del Viejo Mundo; pero lingüísticamente son distintos y poseen un sistema de numeración adoptada de pueblos que han llegado a América por el camino oceánico; lo cual es manifiesto por el hecho de que varias de las palabras que utilizan para expresar los números son de origen austroasiático-oceánico. Lo más probable es que estuvieran en contacto íntimo con los pueblos de Columbia, de los cuales tomaron esos elementoes que luego difundieron por los territorios árticos.

Sobre estas capas primitivas aparecen otras nuevas de procedencia oceánica, las cuales también corresponden a razas y culturas distintas. Los pueblos de la Amazonia, los de la región andina, los de Centroamérica hasta Nuevo México, algunos pieles rojas orientales y los pueblos de Columbia y parte de California, proceden de Oceanía. La mayoría de estos pueblos son braquicéfalos, de estatura más bien baja; pero se pueden señalar otros tipos bastante distintos y que en parte están mezclados.

Estas migraciones hacia América deben haberse producido en forma continuada durante largo tiempo; por el lado de Oceanía parecen haber sido interrumpidas por una última expansión —la de los malayo-polinesios— que malayizaron las poblaciones de los innumerables archipiélagos de esa parte del mundo. Las migraciones hacia América habrían continuado, aunque en muy escasa escala, hasta época muy posterior. Los mismos polinesios, en tiempos más recientes, difundieron algunos de sus objetos culturales y palabras de su lengua por diversas regiones americanas, pero en ninguna parte del Nuevo Mundo se presentan ya masas de población a las cuales podemos atribuir un origen oceánico del grupo malayo-polinesio.

Los pueblos que desempeñaron el papel principal en los territorios oceánicos de donde partieron sus migraciones hacia América, fueron de origen austroasiático. Procedentes de la India e Indochina, habrían ocupado en época muy antigua el archipiélago malayo, Micronesia y Melanesia; desde Micronesia se habrían producido las principales migraciones hacia América. Los malayo-polinesios, desprendidos de los anteriores en una evolución divergente de sus lenguas, ocuparon posteriormente todos sus territorios, absorbiéndolos cultural y lingüísticamente. Las lenguas austroasiáticas en su plenitud perduraron en la India e Indochina, pero restos muy claros de ellas quedan en las Molucas y en Melanesia; creemos que más de una familia lingüística americana, por ejemplo la chibcha, debe ser incluída directamente entre los austroasiáticos.

En América, los pueblos de origen oceánico anteriores a los malayo-polinesios y aun a los austroasiáticos, son los que poseen lenguas sufijadoras; se encuentran en la zona andina, en grupos aislados en América Central, en la Columbia inglesa y en algunas lenguas algonquinas. Su numeración característica sería la senario-decimal, pero ella se ha extendido hacia muchos otros pueblos con los que han estado en contacto. En realidad, la ubicación cronológica de las lenguas de este tipo no está clara; pueden ser muy posteriores y corresponden a una época primaria de la decimalización de los números. Nuestros últimos estudios nos inclinan hacia esta última interpretación. Restos de lenguas de este tipo quedan en Oceanía y han entrado en la región sureste de Australia, además de influir profundamente sobre las lenguas polinesias.

Posteriores a aquéllas son las que llamamos lenguas de sílabas simples, caracterizadas porque en la composición fonética de sus sílabas no entra ninguna consonante final, exceptuando a veces una *n* de nasalización de la vocal anterior. Su difusión en América es muy irregular, encontrándose importantes núcleos en la zona central y sur de México, pero se extienden también por América Central, la Florida y la mayor parte de la Amazonia. Proceden de una capa cultural muy primitiva de Oceanía, como lo demuestra el hecho de conservar algunas de esas lenguas el sistema bi-quinario en su numeración. Lenguas de este tipo se conservan en la actualidad aunque mezcladas en toda Melanesia y las lenguas polinesias son también lenguas de sílabas simples, pero más malayizadas en su vocabulario. Otros restos perduran en las Filipinas. En el interior de Nueva Guinea se encuentran en estado puro.

Interpretamos estos hechos de la siguiente manera: los pue-

blos con lenguas de sílabas simples ocuparían primero una región dada de Oceanía, teniendo una cultura relativamente baja; luego llegaron a Oceanía los austroasiáticos, con lenguas bi-quinario-vigesimal. La nueva cultura se difundió entre los pueblos precedentes y ambos pueblos emigraron hacia América con breve intervalo.

Las lenguas de Colombia, América Central, gran parte de México, Columbia y parte de California, poseen un mismo sistema numeral y gramáticas prefijadoras. Varias familias de estas regiones expresan sus numerales con palabras de origen netamente austroasiático, pudiéndose relacionar tanto entre sí en América como con los restos que quedan en Oceanía y también con las lenguas completas de la India e Indochina. La decimalización posterior de estas regiones, particularmente en América Central, Colombia y Columbia, aportan nuevas palabras austroasiáticas y aún malayas primitivas. Gran parte de estas lenguas presentan, como uno de sus caracteres típicos, la clasificación de las cosas contables mediante los numerativos; el fenómeno se advierte en toda la Micronesia actual, en lenguas malayizadas, apareciendo también en las lenguas malayo-polinesias como naturales descendientes de las austroasiáticas, pero en ellas el sistema está reducido y ha perdido importancia.

La decimalización se produce con el último proceso expansivo hacia América; los portadores de ella son todavía austroasiáticos, los mismos que en sus primeras emigraciones trajeron lenguas con numeraciones bi-quinario-vigesimales. Esto se ve claramente en las lenguas de la familia chibcha. Aparte de ello aparece en el territorio andino la lengua quichua, completamente distinta y posiblemente de un grupo antiguo en la región, cuya numeración se decimaliza y llega a adquirir el numeral más alto que hallamos en América, cosas que debe haber hecho a través de lenguas desaparecidas, tal vez las de la costa ecuatoriana, pues no presenta relaciones en sus palabras con las de las numeraciones centroamericanas.

Todas estas migraciones oceánicas no las concebimos como etapas sucesivas y completamente independientes entre sí, viniendo en una sola vez y en una capa continua. Ya hemos aclarado esto al tratar de las lenguas de sílabas simples. En la región oceánica de donde procedían las migraciones hacia América, cada nuevo grupo de lenguas invasoras no eliminaba por completo a las anteriores; más de una vez se habrá mezclado con ellas, pero también quedarían otras que se asimilaban a la nueva cultura y luego podían emigrar hacia América, de tal modo que aquí se presentan lenguas con las mismas características en las posteriores capas de cultura.

La región de Oceanía de donde se han producido todas estas migraciones hacia América es principalmente la Micronesia, y el principal lugar de llegada es la América Central, siendo un lugar secundario y tal vez más reciente la Columbia inglesa. La zona costera suramericana no presenta casi rastros de haber recibido migraciones oceánicas en sus lenguas, pero hay que considerar las numerosas lenguas desaparecidas, algunas desde antes de la conquista española, que podían tal vez relacionarse, como las de Centroamérica, con las lenguas oceánicas. Pequeños contactos con los polinesios parecen haberse realizado en épocas más recientes.

El camino seguido por estas migraciones es, sin duda, la contracorriente ecuatorial que comunica directamente a Micronesia con América Central, corriente que ofrece un camino 'hecho' para llegar hasta América. El camino más generalmente aceptado por los autores que han tratado las migraciones oceánicas hacia América —desde la Polinesia y la isla de Pascua como jalón intermedio— no lo encontramos justificado en ninguna parte de las capas lingüísticas que hemos estudiado en Oceanía, y además se aparta por completo del punto de llegada que es la América Central y no las costas suramericanas del Pacífico.

133

BIBLIOGRAFIA

ADAM, Lucien: *Examen grammatical comparé de seize langues américaines.* Extrait du Compte rendu des travaux du Congr. Int. Amér., sess. 2, Luxemburg, 1877. París, 1878.

— *Matériaux pour servir à l'établissement d'une grammaire comparée des dialectes de la famille Tupi.* Bibl. Ling. Amér. París, 1896.

ADELUNG, Hohann Christopher: *Mithridates oder Allgemeine sprachenkunde, mit dem Vater Unser als sprachprobe in beynahe funf hundert Sprachen und Mundarten.* Berlín, 1806-17.

AMBROSETTI, Juan B.: *Materiales para el estudio de las lenguas del grupo Kainguengue (alto Paraná).* "Boletín Academia Nacional de Ciencias". Córdoba, 1894.

BALBI, Adrien: *Atlas ethnographique du Globe, ou Classification des peuples anciens et modernes d'après leurs langues.* París, 1826.

BANCROFT, Herbert Howe: *The native races of the Pacific States of North America.* Tomo III. New York, 1874-76.

BERTOLASO STELLA, Jorge: *Monogenismo lingüístico.* San Pablo, 1927.

BRINTON, Daniel: *The American Race: a linguistic classification and ethnographic description of the native tribes of North and South America.* New York, 1891. Traduc. *La Raza Americana.* Ed. Nova. Buenos Aires, 1946.

BUSCHAN, Georg (Editor): *Illustrierte Völkerkunde.* Stuttgart, 1922.

CHAMBERLAIN, Alexander Francis: *Linguistic stocks of South American Indians, with distribution-map.* American Anthropologist, N. S., vol. 15. 1913.

FARABEE, William Curtis: *Indian tribes of Eastern Peru.* Peabody Mas. Archaeol. Ethnol. Harvard University. 1922.

FERNÁNDEZ Y GONZALES, Francisco: *Los lenguajes hablados por los indígenas del norte y centro de América.* Madrid, 1893.

GARCILASO DE LA VEGA (El Inca): *Comentarios Reales de los Incas.* Madrid, 1723.

HERVÁS Y PANDURO, Lorenzo: *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas, y numeración, división, y clases de éstas según la diversidad de sus idiomas y dialectos.* Madrid, 1800-05.

HRDLIÇKA, Aleç: *The origin and antiquity of the American Indians.* Ann. Rep. Smithsonian Inst., Washington, 1928.

IBARRA GRASSO, Dick Edgar: *Origen de las numeraciones indígenas americanas.* "La Nación", 20 de abril de 1941. Buenos Aires.

— *Las numeraciones indígenas americanas.* "Boletín de la Academia Argentina de Letras", t. VI. Buenos Aires, 1938.

— *Las numeraciones cuaternarias.* "Boletín de la Academia Argentina de Letras", t. VII. Buenos Aires, 1939.

— *La escritura indígena andina.* Biblioteca Paceña. Alcaldía Municipal. La Paz, 1953.

— *La cuenta por resta en la América indígena.* Universidad Mayor de San Simón. Publicaciones del Departamento de Cultura. Cochabamba, 1954.

IMBELLONI, José: *La Esfinge Indiana.* Buenos Aires, 1926.

— *Lenguas indígenas del territorio argentino.* En: "Historia de la Nación Argentina", Junta de Historia y Numismática Americana, t. I. Buenos Aires, 1936.

— *Epítome de culturología.* Apéndices. Monografía IV: *Toki,* la primera cadena isoglosemática establecida entre las islas del Océano Pacífico y el continente americano. Addenda: *"Toki" del Perú.* Buenos Aires, 1936.

JIJÓN Y CAAMAÑO, Jacinto: *El ~~educador~~ ecuador interandino y occidental.* Quito, 1939.

LAFONE QUEVEDO, Samuel A.: *Las lenguas de tipo guaycurú y chiquito comparadas.* "Revista del Museo de La Plata", t. XVII. 1910.

— *La raza americana de Brinton.* Estudio crítico. "Boletín del Instituto Geográfico Argentino", t. XIV. Buenos Aires, 1894.

— *La raza pampeana y la raza guaraní: los indios del Río de la Plata en el siglo* XVI. Congreso Científico Latinoamericano de 1898, t. V. Buenos Aires, 1900.

— *Tesoro de catamarqueñismos, con etimología de nombres de lugares y de personas en la antigua provincia de Tucumán.* "Anales de la Sociedad Científica Argentina", vol. 46. Buenos Aires, 1898.

LA GRASSERIE, Raúl de: *Les langues de Costa Rica et les idiomes apparantés.* Jorn. Soc. Amér. París, 1904.

LEFEBRE, André: *Las lenguas y las razas.* Biblioteca Científico-Filosófica. Madrid, 1910.

LEHMANN-NITSCHE, Robert: *El grupo lingüístico Tshon de los territorios* magallánicos. "Revista del Museo de La Plata", vol. 22. 1913.

MACHONI DE CERDEÑA, Antonio: *Arte y vocabulario de la lengua lule y tonocoté.* Buenos Aires, 1877.

MITRE, Bartolomé: *Catálogo razonado de la sección lenguas americanas, Museo Mitre.* Buenos Aires, 1909-10.

MARTÍNEZ DEL RÍO, Pablo: *Los orígenes americanos.* México, 1943.

PALAVECINO, Enrique: *Elementos lingüísticos de Oceanía en el quechua.* Addenda en "La Esfinge Indiana", de J. Imbelloni, cit.

PAULY, Antonio: *Ensayo de etnografía americana. Viajes y exploraciones.* Buenos Aires, 1928.

PEREA Y ALONSO, S.: *Coincidencias gramaticales y lexicográficas de las lenguas precolombinas de América.* Montevideo, 1932.

PERICOT Y GARCÍA, Luis: *América indígena. El hombre americano. Los pueblos de América.* Barcelona, 1936.

PORNOY, Antonio: *Estado actual del estudio de las lenguas indígenas.* Buenos Aires, 1936.

RIVET, Paul: *Les melano-polynésiens et les australiens en Amérique.* Apartado de "Anthropos", t. XX. Viena, 1925.

— *Los orígenes del hombre americano.* "Cuadernos Americanos". México, 1943.

— *Langues américaines.* En: "Les Langues du Monde" de Meillet et Cohen. París, 1924.

— *Les australiens en Amérique.* "Bulletin de la Société de Linguistique", t. XXVI. París, 1925.

SERRANO, Antonio: *Contribuciones al estudio de lenguas indígenas en la Argentina.* "Boletín de la Academia Argentina de Letras", t. IV. Buenos Aires, 1936.

TARDE, G.: *Las leyes sociales.* Barcelona, s/f.

TESSMANN, Günter: *Die Indianer Nordost-Perus.* Hamburg, 1930.

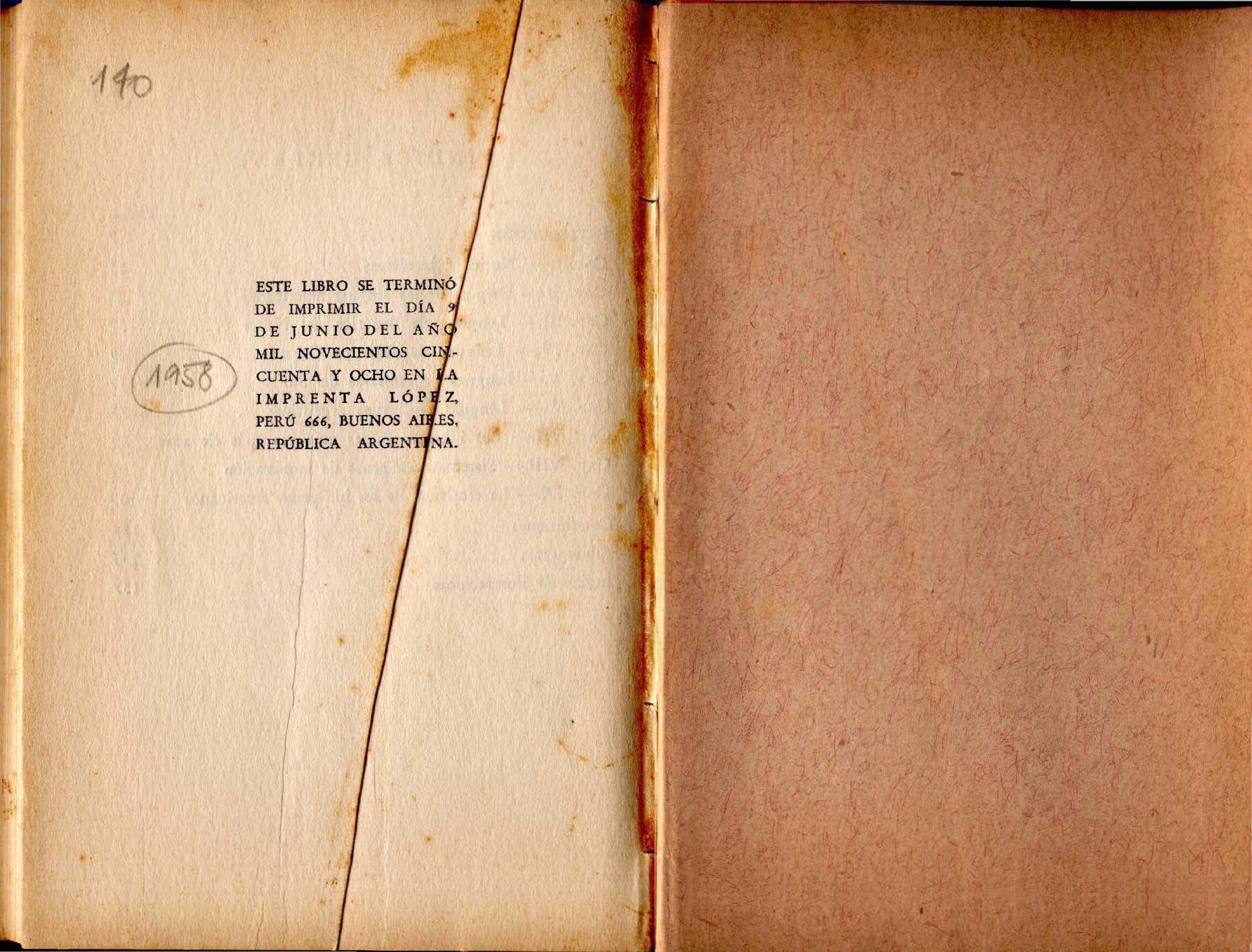
VEGA, Carlos: *La flauta de Pan andina.* Separata, s/f.

VENDRYES, J.: *El lenguaje. "Evolución de la Humanidad"*, Barcelona, 1925.

137

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

ÍNDICE GENERAL



ESTE LIBRO SE TERMINÓ
DE IMPRIMIR EL DÍA 9
DE JUNIO DEL AÑO
MIL NOVECIENTOS CIN-
CUENTA Y OCHO EN LA
IMPRENTA LÓPEZ,
PERÚ 666, BUENOS AIRES,
REPÚBLICA ARGENTINA.